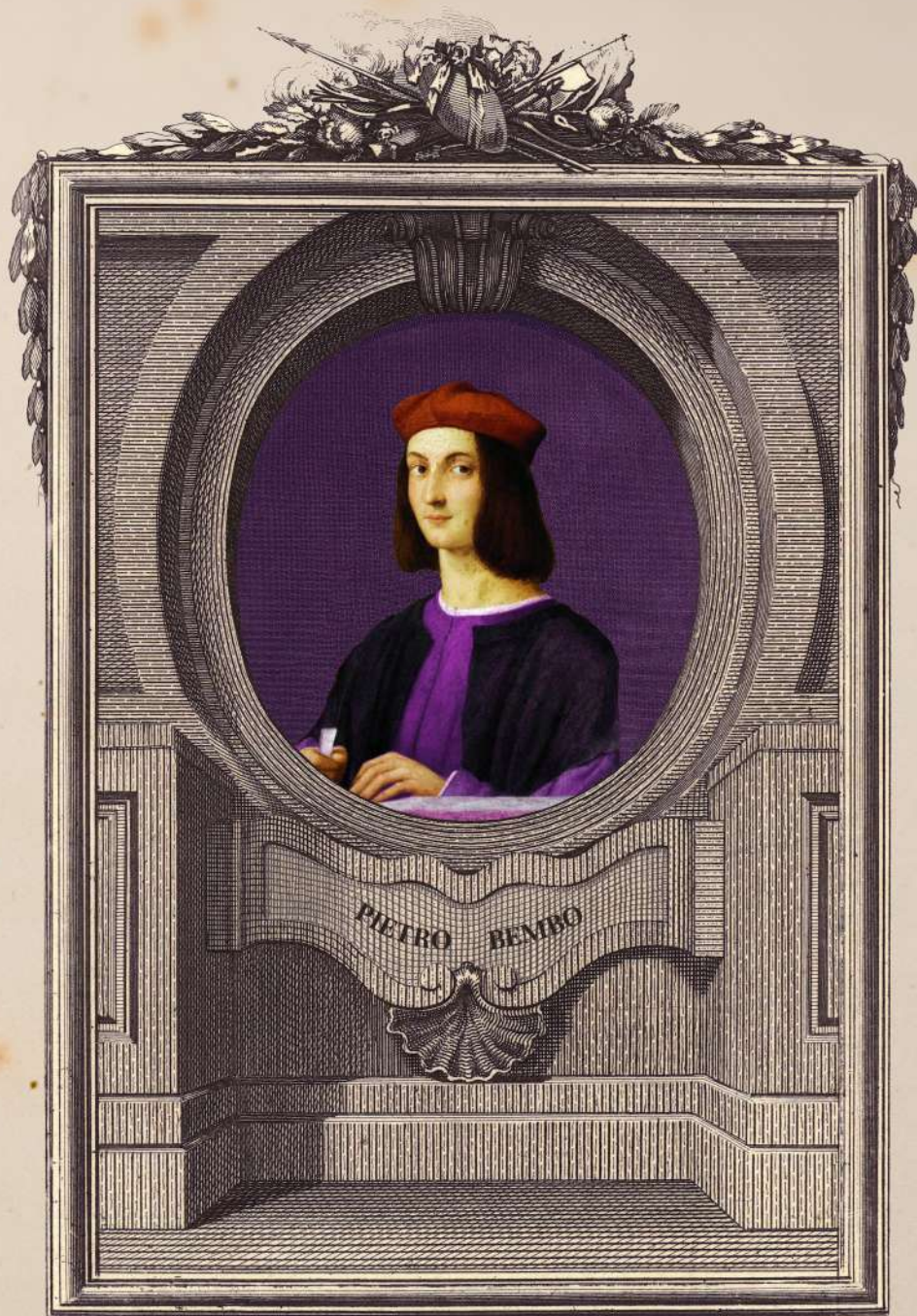


Los Asolanos



Edición crítica y traducción de
Alessandra Sanna, Anna Suadoni y Carmen García Blanco

Colección

MenForWomen. Voces Masculinas en la Querrela de las Mujeres

Vicente González Martín

Mercedes Arriaga Flórez

Daniele Cerrato

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Prosenč, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Alessandro Ferraro, Universidad de Génova

Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles

Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma "Tor Vergata"

Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria

Anna Suadoni, Alessandra Sanna y Carmen García Blanco
(eds.)

LOS ASOLANOS

GLI ASOLANI
Pietro Bembo

Dykinson, S.L.

2024

**Los Asolanos
Gli Asolani
Pietro Bembo**

Alessandra Sanna, Anna Suadoni y Carmen García Blanco (Eds.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”.

Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L. El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, Anna Suadoni y Alessandra Sana
© De la edición crítica bilingüe y traducción: Anna Suadoni, Alessandra Sanna y Carmen García Blanco.

© Del texto: Pietro Bembo

© De la presente edición: Dykinson S.L.
© Diseño portada: Belén Abad de los Santos
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-970-5

LOS ASOLANOS

GLI ASOLANI

Pietro BEMBO

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE Y TRADUCCIÓN

ANNA SUADONI, ALESSANDRA SANNA Y CARMEN GARCÍA BLANCO

SOBRE LAS AUTORAS

Anna Suadoni es licenciada por la Università La Sapienza de Roma, se doctoró en 2014 en el Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada. En la actualidad, es profesora ayudante doctora en el Departamento de Filologías Románica, Italiana, Gallego-Portuguesa y Catalana de esta universidad, en el área de italiano. En el ámbito literario, ha realizado varias publicaciones sobre literatura en perspectiva de género, con especial interés en la narrativa sentimental de las escritoras italianas de la primera mitad del siglo xx, y en las relaciones literarias y culturales entre Italia y España, y ha llevado a cabo diversas traducciones de textos italianos al castellano. Forma parte de los grupos de investigación “*Men for Women. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres*” y “*Literatura prohibida. Estudio de la censura de libros italianos en la España de los siglos XVI y XVII y su incidencia en Andalucía*”.

Alessandra Sanna es licenciada en Letras por la Universidad de Sassari (Italia) en la actualidad es profesora de lengua y literatura italiana de Universidad de Granada, donde se doctoró en Filología Italiana en 2013 con una tesis sobre la narrativa breve de la escritora Grazia Deledda. Ha asistido como ponente a diversos congresos internacionales y publicado varios trabajos sobre autoras italianas a caballo entre los siglos xx y xxi. Es miembro de varios grupos de investigación y sus intereses giran especialmente en torno a la literatura desarrollada dentro de la *Querella de las Mujeres*, a la traducción y a la censura literaria.

Carmen García Blanco es licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Complutense de Madrid —con una estancia de un año en la Università La Sapienza de Roma— y en Física por la Universidad de Sevilla; posee un máster en edición por la Universidad Complutense y se formó como profesora de español en el Instituto Cervantes. En la actualidad, es editora en Oxford University Press y participa en el grupo de investigación “*Men for Women. Voces masculinas en la Querella de las Mujeres*”. Sus intereses investigadores se centran en los estudios comparados entre arte, literatura y educación, sobre los que lleva a cabo estudios predoctorales a título independiente.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

PIETRO BEMBO, *GLI ASOLANI* Y LA QUERELLA DE LAS MUJERES 7

1. Biografía y obras de Pietro Bembo.....	8
2. <i>Gli Asolani</i>	11
2.1. Las redacciones de <i>Gli Asolani</i>	14
2.2. <i>Los Asolanos</i> : primera traducción	16
2.3. <i>Gli Asolani</i> en la Querella de las mujeres. Una perspectiva de género	17
3. Las mujeres de Bembo	19
3.1. Maria Savorgnan	21
3.2. Lucrecia Borgia	25
3.3. Vittoria Colonna y Veronica Gambará	26
4. Premisa a la traducción	28
5. Referencias bibliográficas	35

OBRA (SELECCIÓN DE FRAGMENTOS)

LOS ASOLANOS	41
Libro primero	43
Libro segundo	53
Libro tercero	72
GLI ASOLANI	77
Libro primo	79
Libro secondo	89
Libro terzo	107

PIETRO BEMBO, *GLI ASOLANI* Y LA QUERELLA DE LAS MUJERES¹

Anna SUADONI
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Alessandra SANNA
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Esta monografía ha sido realizada en el ámbito del proyecto I+D *Men for Women. Voces Masculinas en la Querella de las Mujeres* (ref. PID2019-104004GB-I00). El proyecto tiene como objetivo estudiar textos escritos por hombres, entre los siglos XIII y XVII, que proporcionan una aportación fundamental a la querella de las mujeres, además de completar la historia de las relaciones literarias italo-españolas a través de traducciones al castellano y ediciones críticas.

Para ello, se ha realizado un estudio en perspectiva de género de *Gli Asolani* de Pietro Bembo. A lo largo del tiempo han sido muchos los trabajos dedicados a este diálogo amoroso. Sin embargo, las referencias bibliográficas se reducen notablemente si nos centramos en aquellas reflexiones sobre la función de las figuras femeninas² en el desarrollo de la obra.

La presente monografía se articula en dos partes. En la primera se recogen información y reflexiones, tanto biográficas como literarias, sobre Bembo y *Gli Asolani*. La segunda parte está constituida por una selección de fragmentos de la obra, significativos para reconstruir el rol de las protagonistas y, más en general, la actitud del autor hacia el papel de las mujeres en la sociedad de su tiempo.

¹ El presente trabajo es fruto de la estrecha colaboración de las autoras. Sin embargo, los párrafos 2, 3 y 3.1 de la Parte I han sido desarrollados por Alessandra Sanna y los párrafos 3.2, 3.3, 4, 4.1, 4.2 y 4.3 por Anna Suadoni.

² Sobre las figuras femeninas en la literatura renacentista, se tendrán en especial consideración varios trabajos de Cox (1992, 2000, 2006, 2008), Casella (2017), Zancan (1983, 1986, 1989) y De Maio (1987).

Como se verá, son varios los elementos que permiten vislumbrar en Bembo posiciones contrarias al antifeminismo habitual en la época renacentista (véase cap. 3.3, Dionisotti, 2013).

1. BIOGRAFÍA Y OBRAS DE PIETRO BEMBO

Pietro Bembo nació en Venecia el 20 de mayo de 1470. Por lo tanto, desde un punto de vista biográfico, pertenece “a la generazione di quelli che all'alba del Cinquecento si affacciarono uomini fatti, con una educazione quattrocentesca, e furono pertanto pienamente corresponsabili o comunque partecipi degli eventi del primo trentennio” (Dionisotti, 1999: 67)³. Su procedencia veneciana tendrá un peso notable en la revolución lingüística de la que Bembo fue protagonista indiscutible.

Tanto su madre, Elena Marcello, como su padre, Bernardo Bembo, hombre de formación humanística, pertenecían a familias nobles e influyentes de la República veneciana. Desde muy joven, Pietro Bembo acompañó a su progenitor, que desempeñaba el papel de diplomático de la ciudad de Venecia, en sus viajes a ciudades como Bérgamo o Florencia, donde conoció, entre otros, a Lorenzo de Médici.

En 1491, Angelo Poliziano, después de Bolonia, Ferrara y Padua, incluyó la ciudad de Venecia en un viaje de estudios que realizaba por la Italia septentrional y permaneció una temporada en casa de los Bembo, donde cotejó un antiquísimo códice de las comedias de Terencio perteneciente a la familia (ahora Vat. lat. 3226) con una edición impresa. En ella anotó una postilla en la que aparecía: “Petrus Bembus venetus patricius [...] studiosus litterarum adulescens”. Este episodio tiene cierta importancia ya que, como señala Dionisotti (2013: 7), no se trata solo de la primera aparición del nombre de Bembo en el panorama

³ Las dos citas proceden de *Geografia e storia della letteratura italiana* (edición de 1999) de Dionisotti, uno de los principales estudiosos de la figura de Bembo.

literario, sino que, de alguna manera, anuncia simbólicamente su destacado papel futuro.

Entre 1492 y 1494, Bembo estuvo en Mesina, donde completó sus estudios aprendiendo griego con el renombrado helenista Costantino Lascaris. Describió la estancia siciliana como un momento de intenso trabajo y plena felicidad; fruto de ella fue su primera obra, titulada *De Aetna* (un breve diálogo en latín entre el joven Bembo y su padre Bernardo) y publicada en Venecia por el editor Aldo Manucio en 1496.

En Ferrara, entre 1497 y 1499, perfeccionó su formación filosófica en la escuela de Niccolò Leonicensi y, unos años más tarde, en la refinada corte de los Duques de Este conoció y se enamoró de Lucrecia Borgia, hija del papa Alejandro VI y esposa del poderoso Alfonso, Duque de Este (véase 4.2).

En 1500 volvió a la Serenísima y entró a formar parte del selecto círculo de literatos liderado por Manucio, con el que empezó una fructífera colaboración. Entre 1501 y 1502, Bembo fue invitado por el impresor a hacerse cargo de unas nuevas ediciones de *Le Rime* de Petrarca y de la *Commedia* de Dante y, a la vez, comenzó a sentar las bases para la posterior redacción de su obra maestra, *Prose della volgar lingua*.

El joven Bembo se había estado preparando desde su niñez para emprender la carrera diplomática que le correspondía por nacimiento, sin embargo, fue rápidamente consciente de que su vocación literaria era cada vez más sólida y el encuentro con Manucio marcó un momento decisivo en la vida del escritor.

Venecia es además la ciudad que vio nacer su relación amorosa con Maria Savorgnan, de la que hay constancia en un interesante epistolario que influyó notablemente en la redacción de *Gli Asolani*, como se verá más adelante (cap. 4.1).

Posteriormente, entre 1506 y 1512, Bembo se estableció en uno de los centros culturales más prestigiosos de la Italia del Renacimiento: la corte de los Montefeltro, en la ciudad de Urbino. A lo largo de estos seis años escribió un número considerable de rimas, entre las cuales destacan una canción fúnebre en memoria de su hermano Carlo, fallecido en 1503, titulada *Alma cortese, che dal mondo errante* y *Le Stanze*, cincuenta octavas recitadas en ocasión del carnaval de 1507.

En 1512, como señala Dionisotti (2013), ya circulaban en el grupo de las amistades venecianas del autor los primeros dos libros de *Le Prose*, y ese mismo año Bembo dejó la corte de Urbino para asentarse en Roma como secretario de breves pontificios —cartas oficiales del pontífice en latín— del papa León X. Aquí es donde intentó escribir el tercer libro de su obra más destacada, algo que, sin embargo, no consiguió porque el lugar no era propicio para la redacción de una obra en vulgar, ya que en la capital predominaba todavía un ambiente más favorable al humanismo latino (Dionisotti, 2013). Durante su estancia en Roma intercambió correspondencia con el filósofo Giovan Francesco Pico, cartas en las que polemizaba sobre la legitimidad de la imitación en la práctica de la lengua y que constituirán el *De imitatione*.

A partir de 1520, viajó entre Padua y Venecia, donde fue nombrado cronista oficial de la ciudad; gracias a la experiencia de este cargo, redactó en latín los doce libros que componen las *Rerum venetarum historiae*, traducidos más tarde al vulgar. En Padua retomó y llevó a cabo su proyecto literario más ambicioso, considerado unánimemente su obra maestra: *Prose della volgar lingua*, que se publicó en Venecia en 1525. Con este tratado en tres libros, Bembo se convirtió en el mayor defensor del clasicismo del vulgar, basado en el principio de imitación de la lengua de los dos escritores italianos más ilustres: Francesco Petrarca y Giovanni Boccaccio.

A pesar de haber tomado las órdenes menores en 1522 (entró en la orden de los jerosolimitanos) mantuvo una larga relación con Ambrogina Faustina della Torre, apodada La Morosina, con la que tuvo tres hijos.

En 1530 recopiló y publicó por primera vez todas sus *Rime* y la segunda edición de *Gli Asolani*. La Morosina murió de repente en 1535 y en 1539 Bembo fue nombrado cardenal por el papa Paulo III.

Pietro Bembo falleció el 18 de enero de 1547 en Roma, donde pasó los últimos años de su vida dedicado a sus deberes eclesiásticos y sin dejar de lado la actividad literaria, ya que siguió corrigiendo y elaborando la edición definitiva de su extensa obra.

2. *GLI ASOLANI*⁴

En sus comienzos, *Gli Asolani* fue su obra más notable. Este tratado filosófico en forma de diálogo está ambientado en el jardín de la villa de Caterina Cornaro, en Asolo, cerca de Venecia. Caterina Cornaro había sido reina de Chipre de 1473 a 1489 y se había retirado a Asolo tras haber cedido la isla a la República veneciana. Los protagonistas del diálogo son tres jóvenes —Gismondo, Perottino e Lavinello— y tres damas —Berenice, Lisa y Sabinetta—, que disertan sobre la naturaleza del amor.

Son varios los estudios⁵ (Ordine, 1988; Vianello, 1993) que han identificado los modelos que debió tener presente el autor a la hora de plantearse el proyecto de *Gli Asolani*. Dividido en tres libros, este tratado se estructura en torno a un marco literario representado por la fiesta que organiza la exreina de Chipre en la ciudad de Asolo, que cumple la misma función que la conocida descripción de la peste con la que se inicia el *Decamerón* de Boccaccio. El título, *Gli Asolani*, hace referencia a las *Tusculanae Disputationes* de Cicerón.

En el tema del amor utilizado con una clara intención didáctica confluyen, como es sabido, diferentes tendencias culturales: desde el modelo del ideal neoplatónico hasta la tendencia mística de Ficino (Lorenzetti, 1920; Croce, 1945; Garin, 1952; Rinaldi, 1993; Pozzi, 2007).

Respecto a la estructura de *Gli Asolani*, la forma dialéctica es el género más apropiado para esta obra por su flexibilidad para enmarcar la descripción de las dinámicas del mundo cortesano al que Bembo perteneció y que quería mostrar al lector del momento (en este sentido la obra también podría pertenecer al género de “literatura de comportamiento” encabezado por *Il libro del cortegiano* de Baldassar Castiglione, obra publicada en 1528, pero ideada en 1503). La forma dialéctica permite mostrar a la vez tanto su carácter literario-filosófico como el filo-

⁴ Véase Suadoni, Sanna (2021).

⁵ Citamos a continuación algunos estudios fundamentales sobre el diálogo renacentista: Wyss Morigi Di Rohrbach (1947), Ferroni (1985), Batkin (1990), Cox (1992, 2006), Forno (1992), Pignatti (1999) y Ledo (2009).

gráfico: las conversaciones que giran alrededor del ideal del amor platónico sirven también de apoyo al proyecto lingüístico de dignificación del vulgar toscano arcaizante que Bembo teorizará y más tarde divulgará en *Prose della volgar lingua*. Como afirmaba Dionisotti en la introducción a su primera edición de *Gli Asolani*:

[...] il Bembo non è guidato nella stesura dall'ansia del problema che egli tratta, problema già risolto nel proposito e nel disegno prestabilito dell'opera, ma dalla preoccupazione della stesura stessa, come espressione nuova, stile nuovo del volgare (Dionisotti, 1932: 8).

La obra tiene la estructura tradicional del diálogo ciceroniano: en los dos primeros libros se exponen dos opiniones antitéticas que se rebaten en el tercero.

En el primer libro, Perottino, el amante desdichado, sostiene la teoría de la negatividad de la experiencia amorosa y condena el amor, origen de todas las penas y los dolores humanos. En el segundo libro, Gismondo, amante feliz, exalta el amor, el más humano y alegre de los sentimientos, siempre bueno porque deriva de un impulso natural que proviene de Dios. En el tercer libro, Lavinello refuta los argumentos de Perottino y de Gismondo distinguiendo entre el amor como tendencia natural, siempre bueno, y el amor como acto de la voluntad libre, que puede ser bueno o malo. Sin embargo, la solución está en las palabras de un ermitaño que presenta el amor como contemplación de la belleza ideal y divina.

Hay cierta unanimidad entre los críticos al considerar escaso el valor filosófico y especulativo de la obra (Dionisotti, 2013; Fortini, 1984; Ordine, 1988; Berra, 1996). En la introducción a la edición de 1966⁶, Dionisotti afirma lo siguiente:

Gli Asolani sono opera di un poeta e di un retore, non di un filosofo... un esperimento in lingua volgare di dialogo ciceroniano con le stesse riserve eclettiche, con la stessa

⁶ La edición de 1966 ha sido consultada en su versión electrónica publicada por UTET en 2013 (Dionisotti, 2013).

retorica disponibilità a esprimere successivamente e con pari efficacia dottrine discordanti (Dionisotti, 2013: 18).

Según Ordine, en cuanto diálogo diégetico (donde es el mismo autor el que presenta el desarrollo del diálogo), *Gli Asolani* “[...] non presentano affanno dei percorsi di ricerca della verità: il loro compito è quello di esaltare valori già condivisi dalla comunità a cui si rivolgono, per accrescere ancora di più attorno ad essi l’adesione e il consenso” (Ordine, 1988: 20). La fragilidad del razonamiento filosófico de esta obra fue objeto de críticas incluso durante el *Cinquecento*, años después de la primera publicación del texto:

Il lettore mediocinquecentesco, in effetti, non poteva non constatare che, a fronte della forma raffinatissima, la dottrina degli *Asolani*, avanguardistica alla data della princeps, era ormai divenuta obsoleta a fronte dei trattati d’amore successivi [...] (Berra, 1996: 2).

Muchas fueron las obras del Renacimiento italiano que gozaron de éxito en toda Europa debido a que proponían, como señala Asor Rosa “una serie di modelli ideologici e letterari estremamente raffinati e compiuti” (Asor Rosa, 2013: 185), y *Gli Asolani* tiene una indudable importancia histórica además de constituir el punto de partida “de una abundante literatura a la que aportarán su contribución hombres como Minturno, Varchi, Speroni, Firenzuola, Tasso y tantos otros” (Sapegno, 1964: 154).

A pesar de las veleidades filosóficas claramente malogradas, la obra juvenil de Bembo tuvo una enorme importancia y una profunda influencia en el panorama literario del *Cinquecento*, y el tema del amor, central en el tratado-diálogo, fue “un veicolo potente per l’imporsi di una norma linguistica per adesso solo operativa” (Malato, 1996: 536).

2.1. LAS REDACCIONES DE *GLI ASOLANI*⁷

La obra tiene un historial compositivo y editorial muy articulado (Patota, 2019; Berra, 1996; Casapullo, 1994; Dilemmi, 1991; Vianello, 1993).

Parece probable que el autor empezara su redacción entre mayo de 1496 y mayo de 1497, llegando aproximadamente a su mitad a finales de 1498 (véase 3.4.1), y puede que hubiera concluido una primera versión provisional en 1502.

La primera parte del trabajo está documentada en un manuscrito autógrafo de 1499, conservado en la Biblioteca Queriniana de Venecia en el que aparece solo el primer libro (Patota, 2019). En 1505, vio la luz la *editio princeps*, impresa en la editorial de Aldo Manucio en Venecia. Después de la publicación de *Prose della volgar lingua* en 1525 Bembo, que, citando a Dionisotti (2013: 41), “aveva aperto a tutti la strada, ma voleva dimostrare anche come egli sapesse percorrerla per primo”, sometió su obra a una profunda revisión lingüística y una segunda edición apareció en 1530.

Sin embargo, la *vulgata* de *Gli Asolani*, la edición Scotto, se publicó en 1553, póstuma, y ha sido durante siglos la única conocida, leída y estudiada, así como utilizada en las ediciones modernas que la han reconocido unánimemente como expresión de la última voluntad del autor. Dionisotti la utiliza en las ediciones de 1932 y 1966, Marti en 1961, Dilemmi en la edición crítica de 1991.

No todos los estudios coinciden en reconocer en esta primera versión impresa de *Gli Asolani* la huella del proyecto lingüístico que habría llevado, veinte años más tarde, a la publicación de *Prose della volgar lingua* (Dionisotti, 2013; Patota, 2019). Sin embargo, ya desde el principio, Bembo planteó una solución original, rigurosa y coherente al problema de la escritura prosística en vulgar que habría convertido la última versión de *Gli Asolani* en una obra maestra del clasicismo literario universal.

Vianello profundiza en el recorrido de las diferentes redacciones de *Gli Asolani* poniendo de manifiesto cómo las

⁷ Véase Suadoni, Sanna (2021).

fases de la redacción pudieron dar lugar, en líneas generales, a dos textos completamente distintos:

I primi Asolani risentono delle esigenze della società cortese sia nel servizio della poesia amorosa, sia nella più decisa presenza di Boccaccio, sia nel naturale rapporto intrecciato fra l'Amore e le lettere. Nei secondi Asolani Bembo, atteggiandosi a maestro del classicismo, sopprime ogni negazione di un rassicurante equilibrio e tutto ciò che, compromesso con il presente e le vicissitudini personali, impedisce al letterato una sublimazione diacronica dei contenuti eterni dell'esistenza umana (Vianello, 1993: 46).

El articulado proceso de escritura de *Gli Asolani* nos plantea la primera cuestión filológica importante. Si bien la elección de la versión de 1553 como base para una nueva edición de la obra estaría justificada históricamente por respeto a la última voluntad del autor, hay dos factores que podrían avalar la candidatura de la primera versión impresa.

Por un lado, está su reconocimiento, debido también a la edición crítica de Dilemmi de 1991 (que ha devuelto visibilidad también a la redacción *queriniana*), reconocimiento que había sido alentado por el mismo Dionisotti en el Apéndice a la segunda edición de *Le Prose, Gli Asolani e Le Rime* de 1966:

Mi pare che la presentazione editoriale nostra sia giuridicamente ineccepibile e storicamente giustificata. Ciò nonostante bisogna rendersi conto del rischio che essa comporta e augurarsi che nuove ricerche sulla tradizione manoscritta e a stampa provvedano illuminare le zone rimaste in ombra (Dionisotti, 2013: 588).

Según Claudia Berra, gracias a la edición de Dilemmi:

Oggi, Gli Asolani meno conosciuti, finalmente leggibili, ci appaiono come un testo vivacemente e genialmente sperimentale, che merita apprezzamento autonomo; inoltre, possono restituirci un prezioso “ritratto dell'artista da giovane”: la redazione queriniana e la princeps riportano allo scorcio del Quattrocento, un periodo della vita e dell'attività di Bembo

ancora piuttosto oscuro, a fronte dei molti studi che illustrano gli anni successivi (Berra, 1996: 7).

Por otro lado, como veremos en el siguiente apartado, la única traducción al castellano de *Gli Asolani* utiliza como original la redacción de 1505.

2.2. LOS ASOLANOS: PRIMERA TRADUCCIÓN AL CASTELLANO⁸

La primera y única versión integral al castellano de *Gli Asolani*, de la que se conservan dos ejemplares en la Biblioteca Nacional de Madrid, se publicó en Salamanca en 1551, impresa por Andrea de Portonaris y dedicada al “Muy Magnífico Señor Don Pedro Rodríguez Nieto de Fonseca, Señor del Cubo y Quechigal”. La traducción se realizó utilizando la primera edición de *Gli Asolani*, es decir, la que Aldo Manucio publicó en Venecia en 1505. Este texto es el que fue publicado de nuevo en 1990 por la editorial catalana Bosch con introducción y notas de José María Reyes Cano. Esta última edición es bilingüe y ofrece la obra en castellano de 1551, sometida por parte del editor a una serie de cambios para hacerla más asequible al lector contemporáneo y, como original, la versión de *Gli Asolani* de Dionisotti de 1966 (que, sin embargo, no toma como referencia la *editio princeps* de 1505 sino la tercera de Bembo, es decir, la de 1553, póstuma pero ampliada y revisada por su autor antes de morir en 1547).

La autoría de la traducción de *Gli Asolani* al castellano es todavía tema de debate. Si bien Reyes Cano en su edición de 1990 se limitaba a observar que la llevó a cabo un traductor anónimo, “[...] quizá el mismo editor, pero no hay más datos que el ser firmante de la dedicatoria [...]” (Reyes Cano, 1990: 35), en los últimos años la identidad del autor de la versión española de la obra de Bembo ha vuelto a despertar el interés de la crítica. Al respecto cabe mencionar dos artículos.

El primero, de 2015, en el que Valsalobre pretende demostrar que la traducción de 1551 impresa en Salamanca debe inscribirse en el ámbito de la corte de los condes valencianos de Centelles de Oliva y que corrió a cargo de don Luis de

⁸ Véase Suadoni, Sanna (2021).

Santángel. Según este estudioso, serían varios los indicios que hacen pensar que el traductor empezó a trabajar en la obra cuando entró a formar parte del círculo de filo-italianistas en la corte de los Centelles que se forjaba en aquellos momentos y que tenía como objetivo “[...] proyectar una especie de equivalente peninsular de la corte ferraresa de los Este” (Valsalobre, 2015: 491).

Por otro lado, en 2018, Navarro Durán argumenta que la autoría de *Los Asolanos* pertenece al poeta Jerónimo de Urrea. Este, como es sabido, tradujo al castellano el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto y la *Arcadia* de Jacopo Sannazzaro. La teoría de Navarro se sostiene precisamente en la comparación de fragmentos de estas tres traducciones: “[...] son dos los testigos que declaran que es su autor y no mienten: algunas raras palabras que él hace suyas y usa en las otras traducciones, y su indudable voluntad de ser poeta, que manifiesta en los versos que introduce en ellas” (Navarro Durán, 2018: 25).

2.3. *GLI ASOLANI* EN LA QUERRELLA DE LAS MUJERES. UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO⁹

En *Gli Asolani*, el diálogo se desarrolla entre seis jóvenes: tres hombres y tres mujeres. En el primer capítulo del tercer libro, Bembo argumenta por qué no le preocupa que muchos lo critiquen por involucrar a las mujeres en los temas tratados, defendiendo su rol en la nueva sociedad cortesana (Dionisotti, 2013: 411). Dionisotti, en nota a este pasaje, atribuye a Bembo, Ariosto y Castiglione una misma posición “[...] di contro all’antifemminismo prevalente nella cultura umanistica” (Dionisotti, 2013: 446). La decisión de Bembo de incluir a las mujeres como interlocutoras en el diálogo fue novedosa (Cox, 2008) y emulada, ya con cierta frecuencia, por otros escritores entre 1540 y 1560¹⁰.

⁹ Véase Suadoni, Sanna (2021).

¹⁰ Encontramos interlocutoras en *La Leonora y Raverta de Betussi*; en el *Dialogo dove si ragiona delle bellezze* de Niccolò Franco; en el *Dialogo d’amore* y el *Dialogo della dignità delle donne* de Sperone Speroni; en el *Dialogo della lontananza* de Lattanzio Benucci, y en *La nobiltà delle donne* de Lodovico Domenichi (Cox, 2008).

Sin embargo, aunque *Gli Asolani* es reconocido como un texto pionero en el planteamiento del tema de género, varios estudios disienten de la opinión de Dionisotti, al considerar la disposición favorable de Bembo hacia el público femenino más teórica que práctica. Según Cox (2000, citada en Favaro, 2013), el Renacimiento representa una etapa fundamental para la inclusión de personajes femeninos en las obras dialécticas, pero su papel es normalmente marginal con respecto al de los protagonistas masculinos. Cox (2000) cita como ejemplo a Castiglione, pero hay varios trabajos que adoptan la misma posición con respecto a *Gli Asolani*. Según Reyes Cano los personajes femeninos en *Gli Asolani* “[...] carecen de la entidad psicológica de los personajes masculinos” (Reyes Cano 1990: 22).

Ordine relega el papel de las jóvenes mujeres a una función meramente decorativa: “[...] Il ruolo delle donne in questi dialoghi diegetici rientra nella sfera della pura apparenza. La loro posizione di centralità assume soltanto una funzione di ornamento” (Ordine, 1990: 23).

En la misma línea crítica se encuentra Fortini, que define la presencia de las interlocutoras como “[...] pura decorazione retorica del dialogo [...] oggetto mai soggetto della scrittura amorosa” (Fortini, 1984: 392).

En cambio, sobre el involucramiento de las jóvenes en el sentimiento amoroso, la posición de Acciani es diametralmente opuesta. Según la estudiosa, Bembo considera a los personajes femeninos como “donne innamorate e non più oggetti d’amore” (Acciani, 1994: 38) y en esto residiría, en parte, la originalidad de la obra desde un punto de vista de género.

En Berra (1996) se recogen otras posibles interpretaciones de la presencia de las interlocutoras en el diálogo. Por un lado, estaría la voluntad de Bembo de adaptarse a la realidad cotidiana de la corte y reproducir en el diálogo la concepción renacentista de la unidad del ser humano en sus elementos, masculino y femenino, para atribuir valor universal a la obra. Por otro lado, Lisa, Sabinetta y Berenice tendrían un papel más activo y significativo, de reguladoras del desarrollo del diálogo, que, siguiendo el modelo de Boccaccio, aportan su “realismo sentimental” contra la técnica dialéctica de los hombres.

Coincidimos con Berra en que las intervenciones de las mujeres demuestran tanto su argucia como su capacidad de argumentación, además de competencia literaria. La presencia de las jóvenes, por lo tanto, responde a un doble objetivo: además de completar mediante las específicas características femeninas el modelo de sociedad ideal que conforma la corte, es clave también para la generación misma del propio diálogo.

En cualquier caso, es de esperar que a lo largo de la obra aparezcan varios elementos atribuibles a la extendida misoginia humanista, que había formado parte de la educación del autor. Se evidencia esto, por ejemplo, en algunos fragmentos del libro I en los que Perottino, al debatir acerca de los males derivados de Amor, se detiene en describir mayormente aquellos crímenes cometidos por mujeres.

Por otro lado, tal y como subraya Acciani (1994), las relaciones personales de Bembo con las mujeres parecen haberlo llevado a superar las posiciones más tradicionales sobre el mundo femenino.

3. LAS MUJERES DE BEMBO

En 1885, Borgognoni escribe:

Allorché qualcuno ricorda oggidì il nome del Bembo, l'immagine che a quel suono si forma nella nostra mente, è d'ordinario quella d'un maestoso prelado, inteso, negli ozi che intramezzarono il suo ufficio di segretario papale e l'altre sue cure politiche, a rotonsare in italiano e in latino periodi boccaceschi e ciceroniani e a porre insieme e a limare rime petrarchevolmente sottili e artifiziate, facendole passare, prima di darle al pubblico, per quaranta cassetti. In altre parole noi ci figuriamo un pretto e noioso pedante, pieno di sussiego e di grammatica sin sopra i capelli. Ma questo Bembo che così ci immaginiamo è ben altro dal Bembo vero [...]. La sua era un'anima raffaellesca, non avrebbe potuto vivere senza amare (Borgognoni, 1885: 633-34).

Con “facendole passare, prima di darle al pubblico, per quaranta cassetti” Borgognoni hace referencia al constante

proceso de perfeccionamiento lingüístico al que fueron sometidos todos los escritos del humanista, sobre todo a partir de la publicación de *Prose de la volgar lingua* en 1525. No se escapó al *labor limae* el epistolario, a cuya recopilación y organización Bembo dedicó muchos años con vistas a su publicación.

El proyecto de un epistolario en sentido literario se define en el autor antes de 1535, como se puede deducir por las manipulaciones textuales y los cambios cronológicos en el orden de las cartas que, probablemente, buscaban alejar los textos de las circunstancias en las que se habían redactado y así, de alguna forma, de su valor documentario, para elevarlos a obra literaria (Caiazza, 2017: 128).

Sin embargo, solo los documentos pontificios se dieron a la imprenta bajo la directa supervisión del autor, en 1539. La edición definitiva de las demás cartas tuvo un epílogo póstumo, como la de *Gli Asolani*. Después de la recopilación de los breves, la publicación de las epístolas, en la que Bembo trabajaba con la preparación de dos códigos, se suspendió, verosímilmente porque el autor fue nombrado cardenal en 1539. Es posible que Bembo considerara su nueva posición incompatible con algunos pasajes de sus cartas y momentos de su vida personal (Travi, 1972; Berra, 1996; Berra, 2016).

No obstante, el proyecto no fue abandonado ya que el humanista confió a sus albaceas, Carlo Gualteruzzi y Girolamo Querini, el cometido de publicar el epistolario.

Así que la primera edición de las cartas privadas vio la luz en Venecia cinco años después de la muerte de Bembo, en 1552. En esta edición, a cargo del impresor Scotto, las cartas en vulgar aparecen organizadas en cuatro volúmenes. El último, *Lettere a Pricipesse et Signore et altre Gentili Donne*, incluye las epístolas para las mujeres y está dividido en dos partes: en la primera se indican las distintas destinatarias¹¹, entre las cuales

¹¹ Los nombres de las destinatarias, según aparecen en la edición de 1552, son: Artusina degli Aleotti; Badessa del Monistero di S. Pietro di Padova; Camilla Gonzaga; Emilia Pia; Costanza Fregosa, Contessa di Lando; Giulia Ionga; Hippolita Chiara; Helena Bemba; Lucrecia Borgia, Duchessa di Ferrara; Lisabetta Gonzaga, Duchessa d'Urbino; Leonora Gonzaga, Duchessa d'Urbino; Lucrecia R.; Lisabetta Quirina; Prefetessa di Sinigaglia;

se encuentran Lucrecia Borgia, Veronica Gambara y Vittoria Colonna; la segunda contiene las cartas *giovenili*, misivas de amor que Bembo escribió a unas mujeres de las que no indica el nombre¹². Los núcleos principales de esta sección están formados por las cartas a Maria Savorgnan y a Lucrecia Borgia (Suadoni, 2022).

3.1. MARIA SAVORGNAN

Como es sabido, el contexto histórico-cultural propicia la redacción de *Gli Asolani*. Hay distintos factores que influyeron de manera notable tanto en la inspiración como en la estructura de esta obra. Bembo fue un humanista en el sentido más amplio del término: apasionado admirador de los clásicos y a la vez conocedor de sus contemporáneos, que aunó en esta obra todas sus inquietudes literarias, marcadas además por su vida personal. De hecho, es opinión compartida por varios críticos que las personales relaciones amorosas del autor tuvieron gran influencia en la elección del tema y la redacción de *Gli Asolani* (Suadoni, Sanna, 2021; Suadoni, 2022).

Sabemos con seguridad que el veneciano estuvo dedicado a la escritura de *Gli Asolani* entre 1500 y 1501, época de su relación con Maria Savorgnan, y que la retomó entre 1503 y 1504, tiempo de su amor hacia Lucrecia Borgia (véase 3.4.2), a quien dirige la primera dedicatoria de la *editio princeps* de 1505 (Fortini, 1984; Berra, 1996; Patota, 2019).

La primera referencia al trabajo de composición de *Gli Asolani* aparece en una carta de Bembo escrita en latín a su amigo Trifone Gabriele, cuya datación, aunque no segura,

Susanna Gonzaga, Contessa di Colifano; Veronica Gambara, y Vittoria Colonna, Marchesa di Pescara.

¹² Bembo recoge únicamente en estas secciones del epistolario sus propias cartas, excluyendo las de sus interlocutoras y, en consecuencia, la dimensión dialógica. Según Caiazza (2017: 127), la separación de la sección amorosa y la denominación de *giovenili* indica que el autor quería evocar un paralelismo con la poesía amorosa petrarquista y, al mismo tiempo, relegar estas experiencias a la época de formación, propedéutica a su evolución cultural y literaria.

debería aproximarse a diciembre de 1497¹³. Si bien esta es la primera atestación, es probable que en esta época el autor ya llevase un tiempo dedicándose a la escritura del diálogo. En esta primera carta y en una siguiente, de enero de 1498, al mismo Trifone, esta vez en vulgar, Bembo habla de una pérdida y un alejamiento doloroso de una mujer, de la que indica solo las iniciales, M. G., que Dilemmi (1991) identifica con la dedicataria de la primera versión del diálogo, la Queriniana.

El origen de *Gli Asolani* está por lo tanto vinculado con un amor infeliz cuya identidad sigue siendo desconocida. Sin embargo, es sobre todo la relación con Maria Savorgnan la que marcará la historia de la primera redacción del diálogo amoroso (Suadoni, 2022).

El nombre de esta mujer de la nobleza feudal friulana¹⁴ salió a la luz tras el hallazgo en 1923 por parte de Monseñor Grammatica, prefecto de la Biblioteca Ambrosiana, de un paquete de cartas escritas por una mujer (ahora el Vat. lat. 14189), que presentaban, en la parte posterior, notas redactadas por mano de Pietro Bembo. Se trataba de las cartas que el misterioso segundo amor de Bembo le había enviado en respuesta a las recopiladas en la edición de 1552 en la sección *Lettere giovanili*: “Eccomi quindi di fronte agli scritti di colei che, comunemente designata come la seconda amante di Bembo, ha suscitato tanto interesse e per conocer la quale tante ricerche furono fatte e tante congetture escogitate” (Cit. en Dionisotti, 1950: X). Monseñor Grammatica no pudo llevar a cabo, como habría querido, la edición del *Carteggio* y esta tarea pasó a Vittorio Cian y de este a Carlo Dionisotti, que, entre las cartas de la mujer, descubrió dos (n.ºs 70 y 76) firmadas con el nombre de Maria Savorgnan. Así fue como después, de quinientos años desde la primera publicación del epistolario, el famoso segundo amor de Bembo tuvo, por fin, un nombre.

¹³ Para una reconstrucción de la cronología de las redacciones de *Gli Asolani*, véanse: Tamburini, 1914; Travi, 1987; Dilemmi, 1991, y Berra, 1996.

¹⁴ Los Savorgnan eran una noble y poderosa familia friulana cuyos servicios a la Serenísima habían sido recompensados en 1385 con la anexión al patriciado de la República (Casella, 2003).

Maria Savorgnan era probablemente la hija de Matteo Griffoni, condotiero de Urbino a sueldo de Venecia, y de la aristocrática Leonarda de los Condes de Carpegna. Su fecha de nacimiento se sitúa entre 1498 y 1473. En la época del epistolario con Bembo, 1500-1501, había perdido a su marido, Giacomo Savorgnan, año y medio antes (Casella, 2003; Zapperi, 2005; Pucci, 2013).

En un ensayo de 1989, Marina Zancan la elige, junto con Gaspara Stampa, como figura ejemplar de la intelectualidad veneciana durante las primeras décadas del siglo XVI, años en los cuales se perfila una corriente laica de escritoras femeninas.

La presencia no solo ocasional de la mujer como sujeto de escritura en ese momento fue favorecida por circunstancias históricas y sociales, como la difusión de la imprenta basada en tipos móviles de la que derivó el proceso de modernización de la cultura y la ampliación de público y operadores literarios. También la codificación del vulgar literario y la centralidad del concepto de amor en la literatura en vulgar contribuyeron a que se necesitaran figuras intelectuales femeninas.

La centralidad de la figura de Bembo tanto en el proceso de normativización del italiano vulgar como en la difusión de los temas y las formas petrarquistas es bien sabida. Braden (1996: 402) recuerda que el contexto literario en el que, en la época de Bembo, encontramos ejemplos más numerosos y significativos de lirica femenina son los círculos literarios de la Italia septentrional, en los que la presencia y el prestigio de Petrarca son más profundos. Aquí es donde Vittoria Colonna, Veronica Gambara, Tullia d'Aragona, Laura Terracina, Gaspara Stampa y Veronica Franco, entre otras, escribieron y publicaron sus obras, a veces en numerosas ediciones.

Los textos literarios escritos por mujeres en las primeras décadas de siglo XVI se publicaron en su mayoría en Venecia que, a través de sus estructuras editoriales, favorecía la difusión de un modelo de femineidad culta capaz de componer textos para un público amplio (Zancan, 1989: 45-46). La mayoría de estas publicaciones se concentraron entre 1540 y 1570. En esta época, la revolución lingüística y literaria comenzada por Bembo dejó de ser prerrogativa de un círculo intelectual selecto y llegó a alcanzar un sector cultural más abierto a nuevas

presencias. Las mujeres encontraron espacio en el mercado editorial gracias también a los tratados sobre el amor y comportamiento para los cuales tanto *Gli Asolani* como *Il libro del cortegiano* de Baldassare Castiglione eran textos de referencia.

Las cartas destinadas a Pietro Bembo son los únicos textos que nos han llegado de Maria Savorgnan. Se trata, por lo tanto, de una escritura relegada al ámbito privado, que no estaba destinada a su publicación. Sin embargo, las epístolas de Savorgnan revelan su profunda ambición literaria: en las 77 cartas que intercambió con Bembo, Maria le envió tres *sonetti*, dos *strambotti* y un poema, incompleto, en octosílabos. De hecho, nuestro autor se dio cuenta de que el amor de ella empezaba a menguar porque ya no le escribía versos (Braden, 1996).

Sabemos que Bembo no sometió las cartas de la mujer amada al proceso de revisión lingüística que llevó a cabo con sus propios escritos, aunque sí modificó la datación. En la introducción al *Carteggio*, Dionisotti (1950: XXI) escribe:

Perché qui non occorrono dubbi: a riscontro delle lettere di lei, così impetuose e sensibili, anche si fa trasparente la vernice spessa delle lettere già note del Bembo, e la struttura stessa, calcolata e compatta, di questa corrispondenza, evidentemente cresciuta sul tronco stesso degli *Asolani*, rivela i nodi e le articolazioni di una esperienza umana imprevedibile, fugace, con altro risalto.

En Pucci (2013) se analizan las cartas de Maria Savorgnan en vista de su condición de viuda, que ha sido descubierta recientemente¹⁵ (Zapperi, 2005). Pucci (2013) concuerda con Zancan (1989) en que, además del sentimiento amoroso que la une a Bembo, las cartas demuestran que Maria Savorgnan tenía un buen conocimiento de las letras y que, aunque no escribiera

¹⁵ En la introducción al *Carteggio*, Dionisotti afirma que casi no posee información sobre la biografía de Maria Savorgnan: “Perché storie e genealogie dei Savorgnan, dove altre Marie occorrono, ignorano questa e lasciano nell’ignoranza noi circa la sua età al momento dell’amore, la durata della sua vita, la sua stessa situazione familiare” (Dionisotti, 1950: XIX).

en previsión de una publicación, sí utilizaba la escritura como ocasión y medio para autoafirmarse.

La de Maria Savorgnan con Bembo es una relación en la que el interés y la atracción intelectual y literaria acompañan al vínculo sentimental. Hay una correspondencia paritaria y equilibrada entre los dos autores del *Carteggio*, paridad declarada por el lema de su relación: *di pari*.

Sapiate che giorni e note altro che di voi non penso, ed in tal pensieri ardendo, io mi consumo per trovar tempo e loco che parlar vi posi: dicho di cose che importino asai. E perché questo senza il pasar di molte hore non mi è concesso, queste poche parole siano da voi raccolte con quella fede che merita l'amor mi, ché così facendo, andrem *di pari* all'amorosa facie (carta 3 de Maria Savorgnan, en Dionisotti 1950: 4).

Alla quale se la mia primiera tinse di lacrime le belle guancie, fu per far quello in voi, che la prima vostra in me avea già fatto forse non meno abondevolmente. Che altramente non avrebbe luogo il nostro dolce *di pari* (carta 13 de Pietro Bembo, en Dionisotti 1950: 8).

Además de la igualdad y del equilibrio entre los sentimientos de ambos, el *di pari*, según Zancan (1989), representa en Bembo también la coincidencia entre la forma poética y el amor sublimante. En cambio en Maria Savorgnan:

[...] la tensione al *di pari* è riferita direttamente al sentimento d'amore, mentre la posta in gioco è la possibilità di realizzare una affermazione di sé forte e, in qualche modo, pubblica. Nella società colta e aristocratica veneziana, Bembo è un intellettuale di fama e di prestigio: la passione che li lega, l'“ardendo andar di pari” (29; 16) —“el nostro singular de pari” (65; 36), ricorderà da Ferrara— le consente e le garantisce la possibilità di rappresentarsi, e di essere rappresentata, in figure di valore (Zancan, 1989: 61).

3.2. LUCRECIA BORGIA

También en el caso de la correspondencia de Bembo con Lucrecia Borgia, que empezó a principios de junio de 1503 y se mantuvo, aunque cada vez menos frecuente, hasta 1517, el

intercambio de poemas fue una parte significativa¹⁶. De hecho, la primera carta de Bembo respondía a una de Lucrecia en la que ella le había enviado una lírica de Lope de Stúñiga.

También en esta relación, como en la que tuvo con Maria Savorgnan, la poesía y la escritura para las que Bembo es referencia en esa época, constituyen fuente de intensa atracción y el contenido de las cartas sugiere una fuerte intención literaria en ambas partes. El pasaje que sigue es la respuesta de Borgia a un famoso soneto de Bembo¹⁷, enviado a la duquesa el 19 de junio de 1503 en el que el poeta invoca un corazón de cristal para que su enamorada pueda ver todo lo que él no tiene valor de decir¹⁸. Lucrecia Borgia acoge el *leitmotiv* del *crystallo* demostrando una vez más la naturaleza metapoética, así la define Feng (2017: 185), de su relación. La carta concluye con la célebre elección del *senhal* FF. con el que ella define su identidad:

Miser Pietro mio, circha el desiderio tenite intender da me lo incontro del vostro o nostro crystallo, che cusì meritamente se po reputar e chiamare, non saperìa mai che altro posserne dire o trovarçe salvo una estrema conformità, forsi mai per nusun tempo igualata. E questo basti, e risti per evangelio perpetuo. Questo da qui avante serrà el mio nome : FF. (carta de Lucrecia Borgia, en Raboni, 1989).

3.3. VITTORIA COLONNA Y VERONICA GAMBARA

Aparte de lo referente a los años en los que se dedicó a la redacción de *Gli Asolani* y a sus relaciones sentimentales, la información que proporcionan las cartas privadas de Bembo permite reconstruir el retrato de un hombre que mantuvo una

¹⁶ Para la relación entre el humanista y la Duquesa de Ferrara hacemos referencia al ensayo que Maria Bellonci publicó en 1935 en la revista *Pan* (Bellonci, 1935).

¹⁷ “È il primo esempio in queste rime, che va oltre l’imitazione lessicale del Petrarca e assurge a un ripensamento e a un dominio sintattico di quella tradizione lirica: è il petrarchismo cinquecentesco che di un soffio disperde l’anarchica baldanza della lirica cortigiana del Quattrocento” Dionisotti (2013: 509, en nota).

¹⁸ El cristallo aparecía también en el Carteggio con Maria Savorgnan (Dionisotti, 1950: 90 y 164).

intensa relación con algunas de las protagonistas más destacadas de la vida cultural de su época, relaciones amistosas basadas claramente en los comunes y recíprocos intereses intelectuales y literarios (Suadoni, 2022).

Entre las destinatarias de las cartas de Bembo se encuentran también Veronica Gambarà (Pertile, 1998), que algunos estudios identifican con la Berenice de *Gli Asolani*¹⁹, y Vittoria Colonna, Marquesa de Pescara (Ranieri, 1983). También con ellas hubo un intercambio de poemas y el autor de *Gli Asolani* reconoció la calidad del trabajo de estas poetas animándolas a seguir componiendo.

En la siguiente carta, de 1530, Bembo expresa a Vittoria Colonna, a través de Paolo Giovio²⁰, su aprecio hacia sus rimas:

A me pare non aver veduto alcuna rima di S. S. piú bella di questa tra molte bellissime che vedute ho, e tengomene buono grandemente. È grave, e gentile, e ingeniosa, et è in somma eccellentemente e pensata e disposta e dettata: m'ingegnerò di risponderle, se io potrò, ché assai temo di non potere (carta de Pietro Bembo a Paolo Giovio, en Dionisotti, 1981).

¹⁹ “La finzione dei nomi segue, anche per il modo com’è giustificata, l’esempio dato da Boccaccio [...]” Dionisotti, 2013: 328 (nota). Según Dionisotti, los nombres ficticios de los personajes esconden modelos reales cuya identificación no ha sido posible: “Solo per una delle donne, Berenice [...] esiste una traccia documentaria (cfr. TAMBURINI, *La gioventù di P. Bembo* cit., 44-5) ed è certo che, scrivendo nel 1505, anno di pubblicazione degli *Asolani*, a Uberto Gambarà, il Bembo gli chiedeva di aver notizie “de sorore tua suavissima lepidissimaque virgine Berenice, amoribus et delitiis meis” (*Opere*, ed. 1729, IV, 192). Ma l’identificazione che di qui sembra emergere di Berenice con Veronica Gambarà, la poetessa, urta in difficoltà cronologiche quanto almeno alla prima ideazione del personaggio, e certo importa una trasformazione radicale dei dati reali. Delle altre due donne, Lisa [...] e Sabinetta, la più giovane [...], nulla si sa. Così dei tre giovani, nei quali è però probabile che il Bembo abbia in sostanza suddiviso sé stesso. Qui è presentato il malinconico Perottino, omonimo col grande musicista medioevale; più innanzi [...] Gismondo, e terzo [...] Lavinello” Dionisotti (2013: 328). Para una panorámica sobre este tema y, más en general, sobre la presencia de elementos autobiográficos en *Gli Asolani*, véase también Clough (1963).

²⁰ En la correspondencia entre Bembo y Colonna hubo siempre un intermediario (en muchos casos, Paolo Giovio) por deseo de la Marquesa de Pescara.

4. PREMISA A LA TRADUCCIÓN

Para la presente monografía se ha llevado a cabo un trabajo de selección y posterior traducción de aquellos fragmentos del tratado, circunscritos a la prosa, que en nuestra opinión ofrecen una aportación significativa a la hora de estudiar la obra desde una perspectiva de género. Si bien existe una traducción de *Gli Asolani* de 1551 (véase cap. 3.2), que además ha sido actualizada a finales del siglo XX, dicha traducción se hizo, como se ha recordado anteriormente, sobre la *editio princeps* del texto original, es decir, la edición de 1505. Sin embargo, ya que varios estudios señalan que la edición que mejor expresa la última voluntad del autor es la póstuma, de 1553, llamada *vulgata*, hemos considerado fundamental hacer una nueva traducción de las partes que se analizarán, también para que sean más asequibles al lector moderno.

El texto de partida ha sido la edición de Carlo Dionisotti de 1966, que aportamos en nota al final de cada fragmento, y que presenta los tres libros divididos en capítulos (treinta y seis capítulos el primero, treinta y cuatro el segundo y veintidós el tercero). En los tres libros que conforman el tratado, la presencia de las figuras femeninas es variable y cumple funciones distintas. Es evidente que en el primero, por ejemplo, el número de intervenciones de las mujeres es notablemente superior y esto explica en parte por qué hemos decidido traducir más fragmentos de este libro.

Así, del primer libro se han traducido íntegramente los capítulos 1, 2, 6 y fragmentos de los capítulos 7, 9, 10, 15, 19, 21, 22, 25, 29 y 30. Del segundo libro se han traducido en su totalidad los capítulos: 1, 2, 4, 11, 12, 14, 22, 24 y fragmentos de los capítulos 3, 5, 10, 15, 18, 21. Del tercero, los capítulos 1 y 2, ambos íntegramente.

El capítulo 1 del primer libro abre la obra y sitúa la acción en su contexto. Hay que subrayar que desde el primer momento las mujeres se presentan como protagonistas del diálogo al igual que los hombres:

Por eso he querido recoger algunas reflexiones que hace pocos días tres capaces e ingeniosos jóvenes, junto con un grupo de

tres valiosas damas, a las que se unió la reina de Chipre, hicieron sobre Amor”. La elección del adjetivo *valiosas* parece también significativa: son mujeres dignas de estima y aprecio porque son capaces de opinar sobre los asuntos tratados.

La presencia de las tres damas se reafirma también en el capítulo 2, donde Bembo, además de describir el banquete y sus invitados, explica la relación que las une a los tres jóvenes: “también por ser parientes y por tener una larga amistad con ellas y con sus maridos [...] siempre con placer se demoraban juntos en dulces y honestos razonamientos y alegres pláticas”. En este caso, también los adjetivos elegidos por el autor muestran una especial admiración hacia las tres damas “hermosas, agraciadas y de buenas costumbres”, adjetivos que además se repiten de manera constante a lo largo de la obra.

En la edición Scotto se justifica la ausencia de los maridos de las tres interlocutoras, que se encontraban en Venecia por negocios. Esta información falta en la primera edición y podría formar parte de esa revisión de los contenidos debida al nombramiento de Bembo como cardenal. Posiblemente, el autor quisiera eliminar cualquier ambigüedad sobre la honestidad de las tres damas, algo inoportuno para su nuevo cargo (véase Dionisotti, 2013: 327, nota).

El capítulo 6 tiene cierta importancia porque en él, como se verá, toma por primera vez la palabra Berenice, que es la mayor de las tres jóvenes y por eso considerada como una guía por las demás. De hecho, es la única del grupo a quien se dirigen utilizando el *voi*²¹ como tratamiento de cortesía. Su intervención es bastante extensa y, además, la joven comienza su discurso sin pedir permiso a nadie, dirigiéndose directamente a Gismondo. El intercambio entre los dos revela cómo él tiene en cuenta su opinión, que considera fundamental, y le muestra su respeto. Así mismo, hay que destacar que exhorta al mismo tiempo tanto a los hombres como a las mujeres presentes, involucrando a ambos en la misma medida a participar activamente en el razonamiento: “si una de vosotras, hermosas señoras, o de nosotros —que sé que los hay— cree, como la primera doncella,

²¹ Se ha respetado esta elección del autor traduciendo el *voi* con vos.

que Amor no es cosa buena, diga lo que siente, que yo le responderé, y me atreveré a demostrarle lo mucho que está engañado”.

La propuesta de Gismondo no consigue animar a sus interlocutoras que, de hecho, no intervienen. El joven afirma que si lo hicieran, alabarían seguramente a Amor, pero que las retiene cierta “honesta vergüenza siempre loable en las mujeres”. Ya en Boccaccio, en la primera jornada del *Decameron*, quinto cuento, aparece el *onesto rossore*, reacción esperada y legítima de las mujeres (Alfano, 2000: 118).

En el capítulo 9, Perottino lleva a cabo su discurso contra Amor, dirigiéndose directamente a las damas, avisándolas de que “en el futuro podrá ser una virtud para vosotras, que muy jóvenes sois, conocer de alguna forma la esencia de esta fiera cruel” y concluyendo su reflexión con una de las sentencias más conocidas de la obra: “amar no se puede sin amargura, ni jamás se sufre o padece amargura si no es por amor”.

Es aquí, en el capítulo 10, según la opinión de Dionisotti (2013: 289), donde se produce la primera intervención activa en la conversación de Berenice. Al comentar las últimas palabras de Perottino, la dama estima “innecesario e inconveniente” considerar que toda amargura deriva de Amor y su participación se abre con una fórmula retórica que podríamos calificar de falsa modestia ya que ruega que no se la tome por irrespetuosa o engreída. Por el contrario, Gismondo anima tanto a Berenice como a las otras damas a que intervengan libremente en la conversación, puesto que según él dichos razonamientos les pertenecen tanto a ellos como a ellas.

La especificidad de la experiencia vital femenina repercute claramente en el tipo de aportación que las tres jóvenes damas otorgan a la conversación con respecto a las intervenciones de sus interlocutores masculinos, y que resulta de índole diversa a la de estos.

Después de que Perottino, en el capítulo 14, recite su canción, otra intervención de Berenice, en el 15, lo invita a compartir más versos para que ellas puedan disfrutar como sus amigos, que ya los han podido escuchar en otras ocasiones.

En *Gli Asolani*, también las mujeres, al igual que los hombres, pueden considerarse como *soggetti d'amore* a pesar de

que experimenten el amor de forma distinta —más intensa y dolorosa—, según reitera el mismo Perottino en el capítulo 19.

Más adelante, en el capítulo 21, el joven afirma que los silogismos no son adecuados para un público femenino, con el cual convendrá razonar de una forma más directa: “Dejando, o señoras, por lo tanto, los silogismos a Gismondo, [...] seguiré razonando más abiertamente con vosotras por otro camino”. Según Berra, estas palabras evidenciarían un contraste entre “la dottrina e la tecnica dialettica degli uomini rispetto al realismo sentimentale femminile” (Berra, 1996: 63). Además, las damas aparecen claramente como reguladoras del diálogo y tienen derecho a conceder la palabra a uno o a otro.

A lo largo de la obra, aparecen varios elementos que pueden atribuirse a la habitual misoginia que imperaba en la época humanista. En el capítulo 22, Perottino debate acerca de los males derivados de Amor y se detiene en describir mayormente aquellos crímenes cometidos por mujeres, tal y como resume en la pregunta retórica: “¿Cuántas mujeres arrastradas por el apetito han buscado la muerte de sus maridos?”.

En un fragmento del capítulo 25, Bembo —a través de Perottino— presenta las historias de mujeres desdichadas que sufrieron por culpa de Amor. Artemisia, esposa del rey de Caria, es citada como ejemplo de un amor conyugal tan intenso que a la muerte de su marido, después de erigir en su memoria una tumba extraordinaria, murió de dolor. Las otras dos son Elisa (Dido) y Níobe. La primera, después de ser abandonada por Eneas, según cuenta Virgilio, se suicidó, y Níobe, cuyos hijos fueron asesinados por Apolo y Diana, enloqueció por el dolor y se convirtió en estatua.

Hacia el final de su discurso contra Amor, Perottino menciona la mayor debilidad femenina en la relación amorosa: “Porque por naturaleza soléis ser más sumisas y dóciles frente a los asaltos de Amor que nosotros”. Además, el joven se disculpa y aclara que él no está hablando de ellas sino con ellas, demostrando una vez más considerarlas interlocutoras, y no simplemente oyentes pasivas.

El segundo libro repite, según señala Dionisotti (2013: 393, nota), el comienzo del tercer libro de las *Tusculanas Disputationes* de Cicerón. El autor reflexiona sobre lo

equivocados que están muchos seres humanos esforzándose todo lo posible en satisfacer el cuerpo, sin preocuparse de cuidar del alma con igual esmero.

A continuación, en el capítulo 2, se presenta la peroración de Gismondo en favor de Amor y a la vez su intento de destruir los argumentos utilizados por Perottino. En todo momento, Gismondo se dirige al público femenino, y al final de su discurso pide la atención de Berenice, ya que piensa merecerla él más que su compañero el día anterior.

En el capítulo 3, toma por primera vez la palabra Lisa, que desea con expectación que Gismondo empiece a confutar la tesis en contra de Amor que Perottino había expuesto anteriormente. Gismondo, por su parte, da comienzo a su defensa acusando a Perottino de haber utilizado argumentos frágiles como las similitudes entre las palabras: “No sabía ni pensaba yo que no se tuviese que ponderar y valorar la sustancia de los hechos sino las semejanzas de las palabras”. Y, dirigiéndose a las damas para demostrar el poco acierto de su compañero al mencionar como ejemplo que *amor* y *amargura* proceden de la misma raíz, las invita a reflexionar sobre el hecho de que también *doña* y *daño* guardan cierta semejanza, pero que, sin embargo, Perottino nunca diría que las mujeres provocan sufrimiento.

En el capítulo 4, toma la palabra Sabinetta, la más joven de las tres damas, que hace uso también de juegos de palabras para desafiar a Gismondo al preguntarle qué mujeres les harán daño; “Ciertamente según tu argumentar”, añade la muchacha, “solo podrás opinar de las jóvenes que son joviales, puesto que *Jóvenes* y *Joviales* tienen entre sí la misma semejanza que *Doñas* y *Daño*”. Por lo que Gismondo afirma preferir las jóvenes “con cuyos corazones, felices y alegres y llenos de cálidas esperanzas, se halla siempre a gusto el mío”. El grupo sigue intercambiando comentarios divertidos y solo Perottino está apartado y en silencio.

En el capítulo siguiente, Gismondo reconduce a los interlocutores y las interlocutoras del diálogo hacia uno de los argumentos expuestos por Perottino en el primer libro: “amar no se puede sin amargura”.

Los capítulos 10, 11 y 12 son los más interesantes desde la perspectiva de género. En el capítulo 10 Bembo describe el

estado de ánimo de Gismondo y adelanta la disertación que el joven llevará a cabo más adelante. Berenice lo invita a comentar la conclusión a la que llegó Perottino, es decir, que no se puede amar a alguien sin una pasión constante. Gismondo, para demostrar que cuando un hombre ama a una mujer, y viceversa, en realidad no hace otra cosa que amarse a sí mismo, trae a colación el *mito del andrógino* presente en *El Banquete* de Platón. En él, se cuenta que en un principio el hombre y la mujer eran una sola cosa, pero que Zeus, al verse amenazado, para disminuir su poder decidió separarlos, partiéndolos en dos con un rayo. Por lo tanto, según el joven, la relación amorosa entre hombre y mujer sería para el ser humano la única manera de completarse encontrando esa mitad que le falta. Además, afirma que esta unión es imprescindible para que, repartiéndose todas las tareas (cada sexo se encarga de una necesidad distinta), puedan sobrellevar juntos “esta fatigosa caza que es vivir”.

Luego, Gismondo recuerda que Amor es cosa natural y para demostrarlo hace referencia a los laureles que rodean al grupo en el jardín. Interviene en la conversación Lavinello, en el capítulo 15, que para refutar el razonamiento de Gismondo cita el mito de Dafne. Gismondo, por su parte, señala que el punto de partida de Lavinello es erróneo, ya que los laureles se parecen al tronco en el que se convirtió Dafne y no a la mujer, cuya metamorfosis sí fue contra natura.

En el capítulo siguiente Gismondo, después de haber retomado la palabra, arremete de nuevo contra Perottino y lo acusa de no sentir realmente amor: “Perottino, tú no amas, no es amor el tuyo, Perottino; sombra eres de amante, más que amante, Perottino”. Le sugiere además que se resigne a no tener a su enamorada y que se conforme con amarla, aunque no sea correspondido, y que ella valore por encima de todo su “honestidad, supremo y especialísimo tesoro de cualquier persona sabia”.

Entre los capítulos 18 y 22 se produce un alegre intercambio entre Gismondo, Berenice y Lisa. Esta última toma la palabra en el capítulo 17, manifestando no haber sido convencida por los razonamientos aportados por Gismondo. Este le contesta que no volverá al principio de sus reflexiones para intentar demostrarle lo que ya está probado a no ser que ella se obstinara, y al hacerlo

mostraría terquedad, defecto a veces de las mujeres hermosas como también puede serlo de los hermosos caballos.

Berenice sale en defensa de Lisa, que poco antes se había callado frente a la respuesta de Gismondo, enfrentándose dialécticamente a él y preguntándole “si Amor es causa de todas las cosas, como tú nos dices, y que de ello se sigue que él es también razón de todas las cosas buenas, que por él todas las cosas se hacen, ¿por qué no nos dices también que así mismo es causa de todas las cosas malas que se hacen?”. A lo que el joven contesta rechazando la propuesta de seguir hablando de algo que ya fue tratado, además de subrayar que él en ningún momento ofendió a Lisa.

En el capítulo 22 Gismondo relata la diferencia entre la mirada de los que están enamorados y de los que no lo están. Afirma son distintas ya que a aquel que está bajo los efectos de Amor “le parece que mil jardines de rosas se le abren delante, y en un punto siente llenarse el corazón de una tal abundancia de dulzura que todas sus venas reciben un alivio capaz de espantar cualquier gran enfado”. Al describir detalladamente el cuerpo de una mujer hermosa en los ojos de un enamorado utilizando el léxico codificado por Petrarca y Boccaccio parece estar inspirándose en Sabinetta que, sintiendo las miradas de los invitados, se avergüenza. Interviene de nuevo Berenice, reprendiendo a Gismondo porque su enamorado “mira en verdad muy atrevida y minuciosamente, [...] hasta dentro del pecho que nosotras escondemos”. Gismondo, lejos de sentirse ofendido, añade que aunque las mujeres se escondan de otros hombres nunca podrán, ni deberían, esconderse de las miradas de sus enamorados.

El desencuentro dialéctico entre Gismondo y Berenice llega a su ápice cuando el joven, en el capítulo 24, dice que el enamorado siente un sumo deleite viendo a su amada llorar. Estas palabras causan una nueva reacción de Berenice que no duda en contestarle de forma contundente que no quisiera que algo así le pasase a ella, y añade que entonces las mujeres también disfrutarían en la misma situación. A lo que Gismondo rebate: “Muy cruel debéis de ser vos, señora, y poco piadosa en semejante caso, ya que querríais hacer llorar a vuestro señor”, aunque acaba, al contrario, elogiándola: “Pero yo no os veo la

cara tan fiera, si no me engañáis; al contrario, mostráis ser la cosa más dulce y agradable que existe”. Berenice, resignada, concluye con estas palabras: “Vete con Dios, Gismondo, que hoy nos has llamado a tu antojo. Yo de aquí en adelante quiero quedarme muda”.

En el tercer libro, el autor vuelve a reflexionar sobre la búsqueda de la verdad, y en el capítulo 2 —en el que aparecen casi exclusivamente personajes femeninos—, involucra también a la exreina de Chipre. Caterina Cornaro le pide a Berenice que le cuente los razonamientos sobre Amor que animaron la reunión de los seis jóvenes los días anteriores. En el capítulo 1, Bembo, a través del narrador, había expresado claramente su postura sobre la necesaria presencia de las mujeres en el diálogo. Consciente de las críticas que dicha elección puede desencadenar, justifica y legitima el rol de las interlocutoras con estas palabras:

Aunque yo creo que habrá muchos que me critiquen porque en esta búsqueda involucro a las mujeres, que deberían dedicarse más a las tareas femeninas que a investigar sobre estos temas. Sin embargo, no me preocupo por ellos. Ya que no niegan que las mujeres, como los hombres, poseen un alma, no veo por qué sería más indecoroso para ellas que para nosotros indagar acerca de la esencia de dicha alma y sobre qué sería mejor evitar y qué perseguir por su bien.

Este pasaje, como ya hemos dicho (véase cap. 1), revela una posición disidente de Bembo con respecto a la misoginia imperante en su época.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACCIANI, Antonietta (1994). Quasi in uno specchio riguardando: l'io e l'altro negli Asolani del Bembo. En F. Pappalardo (ed.), *Scritture di sé. Autobiografismi e autobiografie* (pp. 21-56). Napoli: Liguori Editore.
- ALFANO, Giancarlo (2000). “Comico in progresso: la funzione poetica della cornice decameroniana”. *Nuova Rivista di Letteratura Italiana*. III, pp. 99-119.

- ASOR ROSA, Alberto (2013). *Breve storia della letteratura italiana. I. L'Italia dei Comuni e degli Stati*. Torino: Einaudi.
- BATKIN, Leonid Mikhaïlovich (1990). Il dialogo. En L. M. Batkin (ed.), *Gli umanisti italiani. Stile di vita e di pensiero* (pp. 123-176). Roma-Bari: Editori Laterza.
- BELLONCI, Maria (1935). “Lucrecia Borgia e Pietro Bembo”. *Pan.* 3, pp. 354-384.
- BEMBO, Pietro (1991). *Gli Asolani/Los Asolanos*. Barcelona: Editorial Bosch.
- BERRA, Claudia (1996). *La scrittura degli Asolani*. Firenze: La Nuova Italia.
- BERRA, Claudia (2016). “L’edizione Travi dell’epistolario bembiano”. En L. Fortini, G. Izzi, Ranieri, C. (Eds.), *Scrivere lettere nel Cinquecento. Corrispondenze in prosa e in versi* (pp. 17-34). Roma: Edizioni di Storia e Letteratura.
- BORGOGNONI, Adolfo (1885). “Il secondo amore di Bembo”. *Nuova Antologia*, 2 (XLIX), pp. 633-647.
- BRADEN, Gordon (1996). “Applied Petrarchism: The Loves of Pietro Bembo”. *Modern Language Quarterly.* 57(3), pp. 397-423.
- CAIAZZA, Ida (2017). “Metamorfosi editoriali di epistolari cinquecenteschi”. En V. Nigrisoli Wårnhjelm, A. Aresti, G. Colella, y M. Gargiulo (eds.), *Edito, inedito, riedito. Saggi dall’XI Congresso degli Italianisti Scandinavi*. Università del Dalarna, Falun (9-11 giugno 2016) (pp. 125-137). Pisa: Pisa University Press.
- CASAPULLO, Rosa (1994). “Appunti su un’edizione degli Asolani”. *Lettere Italiane*, XLVI, pp. 442-458.
- CASELLA, Laura (2003). *I Savorgnan: le famiglie e le opportunità di potere*. Roma: Bulzoni.
- CASELLA, Laura (2017) *Tullia d’Aragona*. Recuperado de <https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/64998/Tesis%20Letizia%20Casella.pdf?sequence=1&isAllowed=y> [Fecha de consulta: 20/04/2022].
- CLOUGH, Cecil H. (1963). “Pietro Bembo, Madonna G., Berenice and Veronica Gambarà”. *Commentari dell’Ateneo di Brescia*. CLXII, pp. 209-227.

- COX, Virginia (1992). *The Renaissance Dialogue. Literary Dialogue in Its Social and Political Contexts, Castiglione to Galileo*. Cambridge: Cambridge University Press.
- COX, Virginia (2000). "Seen but not Heard: the Role of Women Speakers in Cinquecento Literary Dialogue". En Panizza, L. (ed.), *Women in Italian Renaissance Culture and Society* (pp. 385-400). Oxford: Legenda.
- COX, Virginia (2006). "Ciceronian Rhetoric in Late Medieval Italy". En Cox, V. y Ward, J. O. (Eds.), *The Rhetoric of Cicero in its Medieval and Early Renaissance Commentary Tradition* (pp. 109-143). Leiden - Boston: Brill.
- COX, Virginia (2008). *Women's writing in Italy, 1400-1650*. Baltimora: Johns Hopkins University Press.
- CROCE, Benedetto (1945). "Trattati d'amore del Cinquecento". En Croce, B. (ed.), *Poeti e scrittori del pieno e tardo Rinascimento* (pp.187-197). Roma-Bari: Editori Laterza.
- DE MAIO, Romeo (1987). *Donna e Rinascimento*. Milano: Il Saggiatore.
- DILEMMI, Giorgio (ed.). (1991). *Pietro Bembo, Gli Asolani, Ediz. Critica*. Firenze: Accademia della Crusca.
- DIONISOTTI, Carlo (ed.) (1932): *Pietro Bembo, Gli Asolani e le Rime, introduzione e note di C. D. Casalone*, Torino: UTET.
- DIONISOTTI, Carlo (ed.). (1950). *Carteggio d'amore (1500-1501)*. Firenze: Felice Le Monnier.
- DIONISOTTI, Carlo (1981). "Appunti sul Bembo e su Vittoria Colonna". *Miscellanea Augusto Campana*. 1, pp. 257-26.
- DIONISOTTI, Carlo (1999). *Geografia e storia della letteratura italiana*. Torino: Einaudi.
- DIONISOTTI, Carlo (ed.). (2013). *Pietro Bembo. Prose e rime*. Torino: UTET. Versión digital.
- FAVARO, Maiko (2008). "Ariosto nella trattatistica amorosa del cinquecento e del primo Seicento". *Italianistica: Rivista di letteratura italiana*, pp. 133-146.
- FENG, Aileen A. (2017). *Writing Beloveds. Humanist Petrarchism and the Politics of Gender*. Toronto/Buffalo/Paris: University of Toronto Press.
- FERRONI, Giulio (ed.). (1985). *Il dialogo. Scambi e passaggi della parola*. Palermo: Sellerio.

- FORNO, Carla (1992). *Il "libro animatto": Teoria e scrittura del dialogo nel Cinquecento*. Torino: Tirrenia Stampatori.
- FORTINI, Laura (1984). "Itinerari di scrittura. Pietro Bembo e "Gli Asolani" (pp. 389-398). En *La rassegna della letteratura italiana*, 88 (3).
- GARIN, Eugenio (1952). "Platonismo e filosofia dell'amore". En E. Garin (ed.), *L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento* (pp.133-155). Roma-Bari: Editori Laterza.
- LEDO, Jorge (2009). "Estudios sobre el diálogo renacentista desde una perspectiva europea (1898-2005)". *Revista de Literatura*, LXXI (142), pp. 407-428.
- LORENZETTI, Paolo (1922). "La bellezza e l'amore nei trattati del Cinquecento". *Annali della Regia Scuola Normale Superiore di Pisa*. XXVIII, pp. 1-175.
- MALATO, Enrico (1996). *Storia della letteratura italiana. Il Primo Cinquecento* (pp.529-553). Roma: Salerno Editrice.
- MARTI, Mario (ed.). (1961). *Pietro Bembo, Opere in volgare*. Firenze: Sansoni.
- NAVARRO DURÁN, Rosa (2018). "Una traducción anónima con el sello de su autor. Jerónimo de Urrea traductor de Pietro Bembo". *Clarín. Revista de Nueva Literatura*. Año XXIII, N. 134, pp. 22-25.
- ORDINE, Nuccio (1988). "Il dialogo cinquecentesco tra diegesi e mimesi" (pp.155-179). *Studi e problemi di critica testuale*. 37.
- ORDINE, Nuccio (1990). "Teoria e situazione del dialogo nel Cinquecento italiano". En F. Tateo (ed.), *Il dialogo filosofico nel '500 europeo* (pp.13-33). Milano: Franco Angeli.
- PATOTA, Giuseppe (2019). *La grande bellezza dell'italiano: Il Rinascimento* Roma-Bari: Editori Laterza.
- PECORARO, M. (1963). "Rassegna bembiana". *Lettere Italiane*, (15) 4, pp. 446-484.
- PEROCCO, D. (1985). "Rassegna di studi bembiani (1964-1985)" *Lettere Italiane*, 37 (4), pp. 512-540.
- PERTILE, Lino (1998). "Un «roco» sonetto per Veronica. Come nasce il CXXIII delle Rime di Pietro Bembo". *Italique. Poésie italienne de la Renaissance*. I, pp. 9-24.

- PIGNATTI, Franco (1999). “Il dialogo del Rinascimento. Rassegna della Critica”. *Giornale Storico della Letteratura Italiana*. CLXXVI (575), pp. 408-443.
- POZZI, Mario (2006). I modelli e le regole. En Da Pozzo, Giovanni (ed.), *Storia letteraria d'Italia. Il Cinquecento, II. La normativa e il suo contrario* (pp. 845-901). Padova: Piccin Nuova Libreria.
- PUCCI, Paolo (2013). “«Come vi mando a dire una cosa fatela»: individualità e iniziativa femminili nelle lettere della vedova Maria Savorgnan”. *NeMLA Italian Studies*. XXXV, pp.72-99.
- RABONI, Giulia (1989). *La grande fiamma: lettere 1503-1517*. Milano, Archinto Editore.
- RANIERI, Concetta (1983). “Ancora sul carteggio tra Pietro Bembo e Vittoria Colonna”. *Giornale storico della letteratura italiana*. 14, pp. 133-151.
- RINALDI, Rinaldo (1993). “Umanesimo e Rinascimento” En G. Bárberi Squarotti (ed.), *Storia della civiltà letteraria italiana* (pp. 1717-1732). Torino: UTET.
- SAPEGNO, Natalino (1964). *Historia de la literatura italiana*. Barcelona: Editorial Labor.
- SUADONI, Anna, SANNA, Alessandra (2021). “*Gli Asolani* de Pietro Bembo: algunas consideraciones críticas sobre el estado de la cuestión”. *Cartaphilus*. 19, pp. 380-393.
- SUADONI, Anna (2022). “L’influenza dell’intellettualità femminile nella stesura de *Gli Asolani*: Pietro Bembo, Maria Savorgnan e Lucrezia Borgia”. *Labor Histórico* 8 (3), pp. 53-63.
- TAMBURINI, Mario (1914). *La gioventù di M. Pietro Bembo e il suo dialogo “Gli Asolani”*. Trieste: Stabilimento Tipografico G. Caprin.
- TRAVI, E. (1972). “Pietro Bembo ed il suo Epistolario”. *Lettere Italiane*. 24(3), pp. 277-309.
- TRAVI, Ernesto (ed.). (1987). *Pietro Bembo. Lettere (1492-1507). Vol. I*. Bologna: Commissione per i testi di lingua.
- VALSALOBRE, Pep (2015). “Autoría y contexto de la primera traducción castellana de *Gli Asolani* de Bembo (1551)”. *Hispanic Research Journal*. 16(6), pp. 489-506.

- VIANELLO, Valerio (1993). *Il "giardino" delle parole. Itinerari di scrittura e modelli letterari nel dialogo cinquecentesco*. Roma: Jouvence.
- WYSS MORIGI DE ROHRBACH, Giovanna (1947). *Contributo allo studio del dialogo all'epoca dell'Umanesimo e del Rinascimento*. Monza: Scuola Tipografica Artigianelli.
- ZANCAN, Marina (1983). *Nel cerchio della luna. Figure di donna in alcuni testi del XVI secolo*. Padova: Marsilio.
- ZANCAN, Marina (1986). "La donna" En AA. V.V. *Letteratura italiana. Volume quinto. Le Questioni* (pp.788-811). Torino: UTET.
- ZANCAN, Marina (1989). "L'intellettualità femminile nel primo Cinquecento: Maria Savorgnan e Gaspara Stampa". *Annali d'Italianistica. Women's Voices in Italian Literature*. 7, pp. 42-65.
- ZAPPERI, Roberto (2005). "Chi era Maria Savorgnan?". *Studi veneziani*. 49, pp. 281-83.

LOS ASOLANOS²²

Pietro BEMBO

²² Selección de fragmentos.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I.1

Suele ser grato a los navegantes, cuando en la noche, asaltados e impelidos por la oscura y tempestuosa borrasca, sin divisar estrella ni cosa alguna que les muestre el camino, volver a hallar la tramontana gracias a la calamita, de forma que, sabiendo cuál es el viento que sopla y bate, no se les arrebate el control y puedan dirigir vela y timón allá donde deseen llegar o, al menos, donde esperan encontrar su bien; y complace a aquellos que por parajes desconocidos caminan, si al llegar a un lugar de donde parten muchos caminos se paran dudosos y titubeantes, no sabiendo cuál escoger, encontrar a quien les muestre el adecuado, para que puedan llegar, acaso antes de que la noche les sobrevenga, sin error a su posada. Así que, habiendo yo advertido de lo que ocurre a diario que muy pocos son los hombres que en el peregrinaje de nuestra vida mortal, ahora impulsada por el ímpetu de las pasiones, ahora confundida por las muchas opiniones semejantes a la verdad, no necesiten casi de continuo guía y escolta, he juzgado siempre hermoso oficio el de aquellos que, gracias a lo que les haya ocurrido a ellos o lo que les haya sucedido a otros, a lo aprendido de los demás o a lo descubierto por sí mismos, muestran a los otros hombres cómo es posible, en alguna parte de este peligroso camino en el que es tan fácil perderse, no errar. Porque ¿qué cosa más hermosa hay que ayudar a los demás? O, dicho de otro modo, ¿qué puede hacerse en esta tierra, más provechoso para el hombre, que ser la causa del bien de muchos? Y, además, si ya es de por sí loable —que sin duda lo es y mucho— un hombre que sepa vivir solo sin errar —cosa no pretendida ni vista en persona alguna—, cuánto más debe elogiarse a otro que sepa llevar su vida sin falta y, además, enseñe y conceda a infinitos hombres que junto a él viven la forma de no equivocarse. Mas sucede que entre las muchas razones que perturban nuestro tranquilo navegar y convierten en sospechoso e incierto el sendero de la vida, suele estar entre las principales el no saber la mayoría de las veces distinguir amor bueno del malo, y el no saberlo hace que vivamos afligidos y perdidos, amando las

cosas que deberíamos evitar y huyendo de las que deberíamos amar, a veces aborreciéndolas o buscándolas más o menos de lo que sería conveniente. Por eso he querido recoger algunas reflexiones que hace pocos días tres capaces e ingeniosos jóvenes, junto con un grupo de tres valiosas damas, a las que se unió la reina de Chipre, hicieron sobre Amor, debatiendo de muy variadas formas durante tres jornadas, a fin de que el provecho que yo he sacado al escucharlas de quienes las hicieron pueda sacarlo todo aquel que quiera escucharlas, según las he recogido aquí. Para tal fin, como sea en cualquier edad bueno oír y leer cosas beneficiosas —y especialmente esta, puesto que no amar nunca no es posible, cuando se ve que, por naturaleza, a la par que vivir, a todos los hombres les es dado que cada uno siempre alguna cosa ame—, sin embargo, yo, que soy joven, es a los jóvenes y a las jóvenes a quienes me dirijo e invito mayormente. De forma que, con suerte, a muchos de ellos y a muchas de ellas ocurrirá que, habiendo oído lo que me dispongo a escribir, puedan discernir sobre Amor antes de que él los haya puesto a prueba. El cuánto deban ellos apreciarlo, no lo diré yo ahora, que mejor podrán ellos mismos juzgarlo en su madurez. Pero en verdad, así como en la mayoría de las cosas la experiencia es óptima e infalible maestra, así en algunas, y especialmente en aquellas que pueden causar no menos molestias que placer —como esta parece ser muestra— escucharlas o leerlas de otros antes de experimentarlas por uno mismo, sin duda les ha sido muchas veces a muchos hombres de mucho provecho. Por esta razón se ha de decir que hermosísimo descubrimiento han sido las letras y la escritura, en la que muchas cosas pasadas, que de otra forma no podrían haber llegado a nuestro conocimiento, vemos como en un espejo, y recogemos aquellas que nos son de más provecho para, instruidos por los ejemplos de otros, entrar en piélagos nunca antes surcados o en intransitados caminos de la vida, y así, más seguros, adentrarnos en ellos casi como experimentados capitanes o viandantes. Infinito placer nos ofrecen las distintas lecciones, de las cuales las almas de muchos hombres, no menos que el cuerpo de manjares, se alimentan muy a menudo, y al hacerlo reciben de ellas muy deleitoso alimento. Pero, dejando esto a un lado y volviendo a las reflexiones sobre Amor de las

que antes hablé, para que mejor se pueda entender cada parte de ellas según cada una fue razonada, considero apropiado, antes de seguir adelante, aclarar cómo tuvieron lugar estas reflexiones.

CAPÍTULO I.2

Pues bien, Asolo, encantadora y agradable villa, situada en los extremos cerros de nuestros Alpes, sobre el Trevisano, pertenece, como todo el mundo ha de saber, a la señora reina de Chipre, cuya familia, llamada Cornelia, muy honrada y conocida en nuestra ciudad, está enlazada con la mía no solo por amistad y confianza, sino también por parentesco. Encontrándose allí por su deleite el pasado mes de septiembre, en ese lugar casó a una de sus damas, la cual era muy querida y amada por ella, ya que era bella, comedida y gentil, y desde pequeña la había criado. Por lo cual mandó organizar una boda grande y magnífica, e invitó, de toda la comarca y también de Venecia, a todos los hombres más honrados y a sus mujeres; y pasaron un día tras otro de celebración entre cantares, bailes y solemnes banquetes, con gran placer de todos. Entre los invitados que se encontraban allí, había tres gentiles hombres de nuestra ciudad, jóvenes y de corazón generoso, los cuales, además de llevar años dedicados a los estudios literarios y en estos estar todavía ocupados la mayoría del tiempo, también tenían todas las virtudes que les corresponden a los nobles caballeros. Estos, aunque por la nobleza de su linaje, y mucho más por la fama de sus estudios y del valor de sus virtudes, fuesen requeridos por todas las mujeres que se encontraban en el banquete, conversaban sin embargo más a menudo y más familiarmente con tres de ellas, hermosas, agraciadas y de buenas costumbres, que con las otras, y, también por ser parientes y por tener una larga amistad con ellas y con sus maridos, los cuales habían regresado en esos días a Venecia por negocios, siempre con placer se demoraban juntos en dulces y honestos razonamientos y alegres pláticas. Aunque Perottino, que así es como me ha parecido bien nombrar a uno de ellos, hablase poco y raras veces y en todas aquellas fiestas nadie lo vio jamás con una sonrisa en la boca. Muchas veces huía él de los demás, como

hace el que siempre tiene el alma hundida en tristes pensamientos; ni siquiera hubiera ido allí si sus compañeros adrede no lo hubieran obligado para que, conversando entre gente alegre, se alegrase. Y no solamente a Perottino he llamado con un nombre ficticio, sino también a las tres mujeres y a los demás jóvenes; y no es por otra razón que para quitarle a los insensatos villanos la posibilidad de pensar cosas aun mínimamente indecorosas de sus honestísimas vidas. No sea que estos parlamentos, pasando de boca en boca, puedan en poco tiempo llegar a aquellos que, y no son pocos, tienen por costumbre mirar las cosas honestas con ojos deshonestos.

CAPÍTULO I.6

Este lugar les gustó sobremanera a las hermosas mujeres, y después de que cada una de ellas lo hubo elogiado, doña Berenice, que era mayor que las otras dos y por esto honrada como si fuese su guía, volviéndose hacia Gismondo, dijo:

—¡Qué mal hicimos en no venir aquí todos estos días pasados, Gismondo, ya que el tiempo sin la novia y sin la reina habría transcurrido mejor en este jardín que en nuestros aposentos! Mas ahora, puesto que a ti te tenemos que agradecer que aquí estamos, elige tú dónde quieres que nos sentemos, porque el sol nos impide ver otras partes del jardín, aunque su mirada, como ves, las alcanza todas.

A esto Gismondo respondió:

—Señora, si a vos os parece bien, yo creo que no deberíamos alejarnos de esta fuente, porque este rincón resulta más alegre y salpicado de flores que otros. También estos árboles detendrán el sol de tal forma que, por mucha fuerza que él tenga, hoy no llegará a acercársenos.

—Sentémonos —dijo doña Berenice— ahí donde tú quieras, y para que no dejemos de seguir tu consejo, con el ruido del agua que nos invita a razonar y con el frescor y silencio de estas sombras que nos escuchan, disponte a decirnos de qué te gustaría hablar y siempre con mucho gusto te escucharemos. La elección del tema de nuestros razonamientos debe recaer mercedamente en ti, ya que fuiste tú quien encontró un lugar tan ameno para ellos.

Después de que doña Berenice hubo dicho estas palabras y que las otras dos mujeres hubieran invitado a Gismondo a hablar, él respondió muy alegremente:

—Puesto que vosotras me entregáis hoy esta potestad, yo me la quedaré.

Y se sentaron todos en corro sobre la yerba, unos junto a la hermosa fuente y otros debajo de los laureles, cerca de una y de la otra orilla del arroyo. Gismondo, después de haberse sentado cómodamente, y de haber mirado a las hermosas mujeres, comenzó a hablar de esta manera:

—Gracias señoras, todos hemos oído a las dos jóvenes y a la hermosa doncella que delante de la reina, antes de que las mesas se levantasen, cantaron muy delicadamente las tres canciones, dos alabando a Amor y la otra doliéndose de él. Y puesto que estoy seguro de que cualquiera que se queja de Amor o le pone mal nombre no tiene conocimiento de la verdadera naturaleza de las cosas ni de su índole y va muy desviado del buen camino, si una de vosotras, hermosas señoras, o de nosotros —que sé que los hay— cree, como la primera doncella, que Amor no es cosa buena, diga lo que siente, que yo le responderé, y me atreveré a demostrarle lo mucho que está engañado. Si esto hicierais, como lo debéis hacer si queréis que sea mío lo que una vez me habéis dado, tenemos para hoy un tema hermoso y amplio para razonar.

Y dicho esto, calló.

CAPÍTULO I.7

Oída la propuesta de Gismondo, las honestas mujeres se quedaron reflexionando y doña Berenice empezaba a arrepentirse para sí de haberle dado tanta libertad sobre el tema del razonamiento. Sin embargo, considerando que, aun siendo un joven amable y divertido, Gismondo hablaba siempre respetuosamente, se tranquilizó y empezó a sonreír con sus compañeras, las cuales, junto con ella, se tranquilizaron después del breve arrepentimiento y se dieron cuenta, al escuchar sus palabras, de que Gismondo hostigaba la austera tristeza de Perottino y le instaba a hablar, porque sabían que él solo hablaba

mal de Amor. Pero nada respondió Perottino y como todos callaban, tornó a hablar Gismondo de esta manera:

—No es de maravillar, muy dulces señoras, si vosotras calláis, ya que creo que antes que difamar a Amor, querríais alabarlo, como personas a quienes él jamás puede haber fallado, si la honesta vergüenza, siempre loable en las mujeres, no os detuviese [...].

CAPÍTULO I.9

Dicho esto, habiendo respondido y contentado²³, y después de un breve silencio de todos, Perottino alzó el rostro hacia las mujeres como quien sale de un pensamiento muy profundo y dijo:

—Ahora quédese Gismondo con lo que gane y puesto que él ha roto el dique, no se arrepienta si por ventura le sobreviniera más agua de la que necesita y si de vosotras viniera algo distinto de lo que él se imaginó. Porque no espero, o señoras, poder contaros como es debido todo sobre Amor, este mal universal de los hombres, esta vergüenza tan común entre todos los seres humanos, ya que solo soy uno, y ni siquiera todos los que lo padecen, narradores listos y sensatos, bastarían para hablar de ello cumplidamente. Y, sin embargo, lo poco que podré decir, porque algo sí tengo que decir, le parecerá demasiado a Gismondo, que siempre ha creído lo contrario de la verdad, y en el futuro podrá ser una virtud para vosotras, que muy jóvenes sois, conocer de alguna forma la esencia de esta fiera cruel.

[...] Por esto, no deben quejarse los hombres, si amando tragan, como siempre pasa, mil amarguras y sienten cada día infinitos dolores, ya que esto es así y no puede ser de otra forma. Sin embargo, sí pueden quejarse siempre, y con razón, por amar, ya que amar no se puede sin amargura, ni jamás se sufre o padece amargura si no es por amor.

²³ Se refiere a las palabras pronunciadas por Lavinello en el capítulo 8 contestando a la pregunta de Lisa (N. de las T.).

CAPÍTULO I.10

Había dicho Perottino estas palabras cuando doña Berenice, que muy atenta las escuchaba, le dijo así:

—Perottino, mira bien desde ahora lo que dices, porque además de Gismondo, que se atreverá a contestar a tus proposiciones, como dijo antes, para nosotras tampoco es conveniente permitirte que digas cosas indecentes. A no ser que se nos prohíba entremeternos en vuestras disputas, en la cual cosa no querría errar o ser juzgada por vosotros por presuntuosa e irrespetuosa.

Respondió entonces Gismondo:

—Ni por irrespetuosa, señora, ni por presuntuosa podréis ser tenida hablando y razonando, ni tampoco vuestras compañeras, puesto que todos nosotros para esto hemos venido aquí; así que, intervenid cada una cuando os plazca, que estas no son más nuestras disputas que razonamientos vuestros.

—Luego —dijo doña Berenice— seguramente abriré yo el camino a mis compañeras.

Y dicho esto, se volvió hacia Perottino y prosiguió:

—Perottino, si solamente hubieras dicho que no se puede amar sin amargura, me quedaría callada y no me atrevería a hablar delante de Gismondo, pero el añadir que no se puede sentir amargura si no es por amor, me ha parecido innecesario e inconveniente. Porque de esa manera estás diciendo que cualquier dolor no procede de otra cosa sino de Amor, o yo no entendí bien tus palabras.

CAPÍTULO I.15

Las mujeres y los jóvenes alababan la canción recitada por Perottino, pero él, muy reacio a sus elogios, los interrumpió porque quería volver a tratar las cuestiones anteriores, sin embargo, doña Berenice, tomando otra vez la palabra, dijo:

—Perottino, ya que el ser elogiado tanto te incomoda, algo poco común en los hombres, te rogamos que, si razonando te vienen a la memoria algunos de tus versos, por lo menos no te cueste decírnoslos, porque, con un pequeño esfuerzo tuyo, disfrutaríamos sobremanera tanto nosotras tres, que solo

queremos alabarte, como tus compañeros, que, aunque hayan podido escuchar tus rimas otras veces, sé que te aman como a un hermano. [...].

CAPÍTULO I.19

Pero como yo he estado razonando contigo buena parte del camino, ya ha llegado el momento de volver a Gismondo, que dejé atraído por tus palabras casi al principio de nuestro recorrido, mientras me preguntaba cómo pudiera ser verdad que no se puede amar sin amargura. Aunque esto quede muy claro, por todas las razones que se han expuesto antes, a todo el que no quisiera meterse en un razonamiento sofisticado contra la verdad en detrimento de su propio interés, yo seguiré hablando de ello. Lo haré también por vosotras, damas, ya que por vuestra condición femenina estáis menos expuestas a la fortuna que nosotros y necesitáis más consejos. Y hablar largamente de mis males, cosa que ya he empezado a hacer, también me ayudará a mí, como le suele pasar a todos los desdichados. De esta manera, a veces me endeudaré²⁴ con vosotras razonando y otras veces me desendeudaré aconsejándoos, así como debatiendo y avisando sobre aquellas situaciones que pueden causar mucha infelicidad a quienes no las entiendan.

CAPÍTULO I.21

Dejando, o señoras, por lo tanto, los silogismos a Gismondo, a quien le tienen más respeto, en calidad de su defensor, que a vosotras que escucháis nuestras cuestiones, seguiré razonando más abiertamente con vosotras por otro camino. Al hablar sobre las pasiones del ánimo acabaremos conociendo más la amargura de este, así como la que el ánimo saca de ellas. Y como ya hemos empezado a razonar sobre las pasiones, y ya que a vosotras os apetece darme a mí hoy la palabra, al igual que hace poco se la habíais concedido a Gismondo, seguiré hablando de ellas, tirando de sus hilos para tejer una tela mayor [...].

²⁴ Se endeuda por el beneficio que saca hablando de sus males (N. de las T.).

CAPÍTULO I.22

[...] Por eso nacen las iras, las discusiones, las ofensas, seguidas más tarde por otros males mayores, que al principio nadie cree que puedan producirse. Y para que yo no cuente todos los detalles, ¿cuántas veces por esta razón se ha deseado la muerte de muchísimos hombres? ¿Y algunas veces, por desgracia, de sus seres queridos? ¿Cuántas mujeres arrastradas por el apetito han buscado la muerte de sus maridos? En verdad, o señoras, si yo pensara poder decir más cosas, bien seguiría hablando de esto. Pero ¿qué más se puede decir? El lecho sagradísimo de la mujer y del marido, testigo de la más secreta parte de su vida, conocedor de sus muy dulces amplexos, por un nuevo deseo de amor se mancha de la sangre inocente de uno de ellos, con la espada del otro.

CAPÍTULO I.25

Vosotras podéis ver, o señoras, a qué puerto nos conduce la buena suerte. Pero yo, aunque estimara la muerte más agradable, seguiría viviendo, fuese como fuese mi vida. Han sido muchos los que no han podido vivir: más intenso les llega el dolor a los hombres después de una gran alegría. La fortuna destruyó la felicidad de Artemisia con la muerte de su marido, y por esto pasó llorando lo que le quedaba de vida, y al final, llorando murió, cosa que no le hubiera sucedido si hubiera disfrutado en justa medida de sus placeres. Abandonada por el errabundo Eneas, la afligida Elisa tristemente se mató, abandonándose a sí misma, cosa que hubiera evitado si hubiese tenido menos suerte en sus deseos amorosos. Y a la infeliz Níobe no le habría parecido tan amarga la muerte de sus hijos si no fuera por la extrema felicidad que sintió al tenerlos [...].

CAPÍTULO I.30

[...] Y lo que digo de los hombres, suele pasar también a vosotras, mujeres, y tal vez, digo tal vez, mucho más. Jóvenes señoras, no os lo toméis a mal, ya que no hablo de vosotras sino con vosotras. Porque por naturaleza soléis ser más sumisas y dóciles frente a los asaltos de Amor que nosotros, y vuestras llamas abrasan más que las nuestras; aunque muchos sucesos que recaen sobre vosotras os hacen más prudentes y recatadas que nosotros.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO II.1

Cuando pienso de dónde viene esto, me parece asombroso que, habiéndole dado la naturaleza a los hombres espíritu y miembros, estos mortales y débiles, y aquel durable y sempiterno, cada uno de nosotros se esfuerza todo lo que puede para satisfacer el cuerpo y, sin embargo, no cuidamos tanto del alma o, mejor dicho, muy pocos atienden a sus necesidades y se preocupan por ellas. Por la misma razón, no hay nadie tan miserable que no tape su cuerpo con alguna vestimenta, y son muchos aquellos que lo envuelven en brillantes púrpuras, en delicadas sedas y en el tanpreciado oro, lo adornan con las más raras joyas y lo llevan así para darle más gracia y ornamento. Y son infinitos aquellos hombres que no solo no han vestido su alma de virtudes verdaderas y sólidas, sino que ni siquiera la visten ni la abrigan con algún velo o hilo de buenas costumbres. Además, también sucede que, por afición a esta carga terrenal, que en pocos años se disuelve y vuelve a ser polvo, buscamos con mucho esmero los alimentos más preciados, explotando los campos, los bosques, los ríos y el mismo mar, aunque serían suficientes para sustentarla solo las cosas sencillas que la naturaleza nos ofrece por todas partes. Y para alojarla y que esté cómoda, aunque le bastaría para defenderse de las nieves y del sol una pequeña cabaña, le construimos en varias regiones grandes palacios, acarreando de diversas partes del mundo los mármoles traídos de tierras lejanas. Y muchas veces no nos preocupamos de cómo se alimenta y dónde vive nuestra parte celestial, poniéndole delante las hojas amargas del vicio en lugar de los dulces frutos de la virtud, atrapándola en la práctica oscura y baja de aquel en lugar de invitarla a quedarse con el claro y alto ejercicio de esta otra. Y, así mismo, si ocurre que notamos una parte de nuestro cuerpo debilitada y enferma, intentamos de mil maneras devolverle la salud perdida; en cambio, si enferma nuestra alma nos preocupamos poco de darle cobijo y medicina. ¿Será tal vez porque creemos que el cuerpo necesita más cuidados ya que se ve más que el alma? Lo cual, sin embargo, no puede considerarse correcto, puesto que en

verdad no se ve más el cuerpo que el alma de los hombres, sino que es claramente al contrario. Es decir, que el alma tiene tantas caras como acciones, donde el cuerpo tan solo muestra una forma. Y en muchos años, muchos hombres casi no ven ni siquiera esta única forma, mientras que las otras se pueden dar a conocer en breve tiempo por todas partes. Y este mismo cuerpo no dura sino unos pocos días, mientras que el alma es sempiterna y permanece para siempre, y puede retener consigo, por largos siglos, aquello a lo que la acostumbramos mientras en nuestro cuerpo habitó. A estas reflexiones, se les podrían añadir infinitas más: si los hombres tuviesen esa consideración que deberían tener, vivir hoy en el mundo sería mucho más bello y dulce de lo que es, y si nosotros cuidáramos solo lo indispensable del cuerpo, encargándonos más de la cura del alma y de la mente, alimentándolas mejor y dándoles una mejor morada, seríamos más dignos de ellas de lo que somos, y nos esmeraríamos para preservarlas sanas; y si alguna vez enfermaran, con más empeño trabajaríamos para curarlas de aquellas enfermedades más de lo que hacemos. Entre estas dolencias, lo graves que parecen aquellas con las que nos carga Amor, lo hemos podido advertir muy bien por las palabras de Perottino en el libro anterior. Aunque Gismondo, en total desacuerdo con él, no comparta su opinión. Por lo que, al día siguiente, al llegar las bellas damas al jardín, así como habían pedido, después de comer con sus jóvenes, y una vez se hubieron sentado en el bonito prado cerca de la clara fuente y a la sombra de los laureles, después de que los dos compañeros y las mujeres dijeran unas cuantas palabras graciosas sobre los discursos de Perottino, cada uno esperaba que hablara Gismondo y él empezó a decir esto:

CAPÍTULO II.2

Sabias y hermosas señoras, ayer, Perottino, habló de forma muy sentimental y al final de su larga lamentación nos dejó llorando, para que con las lágrimas adquiriese aquello que no había conseguido con las palabras, es decir, vuestro crédito hacia las cosas que él pretendía mostrar. Lágrimas que, sin embargo, yo no busco, a pesar del efecto que en vosotras

provocarían: en mí suscitaron tanta pena sus males, que, como pudisteis ver, no detuve las mías. Y esta pena la tuve no solo ayer, sino cada vez que pienso en sus muchas desgracias; me duelen siempre sus fatigas y, por ser un amigo tan querido, a lo mejor no me duelen menos que a él. Pero estas mismas lágrimas que pueden ser merecidamente alabadas en mí, como las que salen de un sentimiento tierno de fraternidad, tenga cuidado Perottino que no sean en él vergonzosas. Ya que a un hombre como él, que desde pequeño se ha dedicado a las letras con mucho provecho, le corresponde más reírse y burlarse de los juegos de la fortuna enemiga, aplastándola valerosamente, que no dejarse someter por ella, llorar y quejarse por cobardía como un niño azotado. Y si, aun así, no ha aprendido todavía de los antiguos maestros a seguir los sabios avisos o bien no ha traído consigo de la cuna bastante fortaleza para defenderse y ampararse de los golpes de una fémica, porque fémica parece ser la fortuna si creemos a su propia voz, Perottino habría hecho cosa mucho mejor y más adecuada a un hombre libre, si, confesando su debilidad, se hubiera dolido de sí mismo, cosa que no ha hecho al quejarse y culpar a otro²⁵. Y sin embargo, él mismo lo ha querido así, y para mejor disimular su mentira y su defecto, quejándose de Amor, acusándolo, condenándolo, reprochándole todas las faltas y echándole a él todas las culpas, se ha esforzado en volverlo rapaz ladrón de sosiego, cruelísimo acarreador de penas, malvado asesino de hombres, donde en cambio él siempre ha donado generosamente reposo, ha proporcionado dulce felicidad, ha sido santísimo conservador de las gentes, y como si Amor fuese la sentina del mundo, ha vertido en él toda la inmundicia de nuestra vida, reprendiéndolo con voces tan altas y diversas, que quiero creer que Perottino, más precavido de lo que nosotros pensamos, ha hablado de este tema en este modo no tanto para escondernos sus culpas, sino para demostrarnos su elocuencia. Por lo que, a mí me parece difícil pensar que él haya querido darnos a entender a nosotros, que sabemos distinguir entre un durazno y una manzana, que Amor, sin el cual ningún bien entre los hombres puede tener lugar, sea para nosotros causa de todo mal. Y seguramente,

²⁵ Amor (N. de las T.).

estimadas señoras, ha derivado en un solo canal tantas mentiras, encaminándolas tan bien a donde le convenía, con la corriente de aparentes verdades, que sin duda me habría arrojado encima tanta agua, así como habían anunciado sus primeras amenazas²⁶, si yo no hablase delante de tan sabias oyentes, como sois vosotras, capaces no solo de resolver asuntos enmarañados, sino también de juzgar cuestiones resueltas como será esta dentro de poco. Para lo cual, sin entreteneros más, paso a los hechos, en cuanto me prestéis atención. No os pese, o señoras, prestármela, ya que me la merezco más yo hoy que Perottino ayer. Puesto que desatar nudos ajenos me habría sido mucho más complicado que atarlos, os pondré delante de los ojos la verdad y haré que conozcáis lo que es más apropiado decir para vuestra joven edad y sin lo cual todo nuestro vivir se puede llamar muerte más que vida. En cambio él, utilizando la mentira, os mostró una cosa que, aunque fuese verdadera, no sería conveniente para vuestra edad, sino que sería más adecuada para los muertos que para los vivos.

CAPÍTULO II.3

Gismondo había hablado de esta manera y ya se había callado, cuando Lisa, mirando osadamente hacia doña Berenice, dijo:

—Señora, puesto que sus palabras nos deberían ser de tanto provecho, tendremos que escuchar a Gismondo con atención, y si cumple del todo, tal y como tan animosamente nos promete, estoy segura de que hoy Perottino necesitará defensor no menos fiero de lo que ayer fue él duro agresor.

Doña Berenice contestó algo a estas palabras de Lisa y feliz y expectante se dispuso a escuchar, por lo que Gismondo empezó a hablar así:

—Tan solo una cosa y muy simple, amables señoras, tengo que haceros entender hoy, que es sabida no solo por mí y por la mayor parte de nuestras jóvenes, que han dado argumento a nuestros razonamientos, sino también por todos aquellos que viven, a mi parecer, excepto Perottino, si él siente como nos

²⁶ Véase libro I, cap. I.9.

cuenta. Y esta es la bondad de Amor, a la que ayer Perottino echó la culpa,²⁷ equivocándose, como pudisteis ver entonces y como ahora veréis²⁸.

[...] Y si los animales se duelen al perder algunos de sus cachorros, se quejan por el destino infeliz que les toca, y no por el amor que la naturaleza les enseña. Sobre estas cosas, ¿qué más puedo hoy decir yo que no sobre, excepto que mientras con estas nubes estás escondiendo tu mentira, en ningún momento has esbozado la verdad? Si ya no quisiéramos encontrar un argumento sobre la amargura de Amor más sólido que el tuyo, es decir que Amor fue llamado muy oportunamente así por la palabra *Amargo* para que él mostrase claramente lo que realmente era. No sabía ni pensaba yo que no se tuviese que ponderar y valorar la sustancia de los hechos sino las semejanzas de las palabras. Que aunque las semejanzas fuesen argumento de las sustancias, me duele ciertamente por vosotras, señoras, de las que Perottino sin duda no dirá que dañáis la vida de los hombres, puesto que en comparación estas dos palabras, *Doña*²⁹ y *Daño*, son conformes a estas otras dos, *Amor* y *Amargo*, son semejantes.

CAPÍTULO II.4

²⁷ [...] tanto di rio pose [...] (véase libro I, cap. I.9).

²⁸ Avea così detto Gismondo e tacevasi, quando Lisa verso madonna Berenice baldanzosamente riguardando: —Madonna, —disse— egli si vuole che noi Gismondo attentamente ascoltiamo, poscia che di tanto gioventuto ci hanno a dovere essere i suoi sermoni; la qual cosa se egli così pienamente ci atterrà, come pare che animosamente ci prometta, certa sono che Perottino abbia oggi non men fiero difenditore ad avere, che egli hieri gagliardo assalitore si fosse. —Rispose madonna Berenice a queste parole di Lisa non so che, e rispostole, tutta lieta e aspettante d'udire si taceva; là onde Gismondo così prese a dire: —Una cosa sola, leggiadre donne, e molto semplice oggi ho io a dimostrarvi, e non solamente da me e dalla maggior parte delle nostre fanciulle, che a questi ragionamenti argomento hanno dato, ma da quanti ci vivono, che io mi creda, almeno in qualche parte, solo che da Perottino, conosciuta, se egli pure così conosce come ci ragiona; e questa è la bontà d'Amore, nella quale tanto di rio pose hieri Perottino, quanto allora voi vedeste e, sì come ora vederete, a gran torto.

²⁹ Donna en el original (N. de las T.).

Estas últimas palabras de Gismondo habían causado una dulce sonrisa en las mujeres que estaban escuchando, y doña Berenice, todavía sonriendo, se dirigió a las otras dos y dijo:

—Nos hemos buscado un problema, queridas compañeras, ya que sus disputas recaen sobre nosotras.

A lo que Sabinetta, cuya joven edad y gran belleza hacían más sabrosas y queridas sus palabras, muy feliz y contenta contestó:

—Señora, no os molestéis por ello, las disputas ni siquiera nos tocan. Por lo que dime tú, Gismondo, ¿qué mujeres queréis que os hagan daño en vuestra vida: las jóvenes o las viejas? Ciertamente según tu argumentar solo podrás opinar de las jóvenes que son joviales³⁰, puesto que *Jóvenes* y *Joviales* tienen entre sí la misma semejanza que *Doñas* y *Daño*. Si me concedes esto, para nosotras es más que suficiente y que sean tuyas las viejas.

—Que sean de Perottino —respondió riéndose Gismondo—, cuya tibieza y llorosas quejas, puesto que hablamos de semejanzas, son muy conformes a la fría y penosa vejez. Yo me quedo con las jóvenes, con cuyos corazones, felices y alegres y llenos de cálidas esperanzas, se halla siempre a gusto el mío, ahora más que nunca, y estoy convencido de que ellas son siempre joviales, así como tú dices.

A estas palabras fueron añadidas muchas otras más por las mujeres y por los jóvenes, intercambiándose jocosamente apacibles respuestas en la graciosa conversación. Y pasando de una broma a otra como en una competición, la alegre compañía, en la que solo Perottino callaba, habría seguido adelante pero Gismondo puso fin a esta diversión hablando de esta manera:

CAPÍTULO II.5

—Graciosas jóvenes, nos han desviado mucho del buen camino de nuestros razonamientos las semejanzas de Perottino, que hoy dejaremos atrás, ya que no nos traen más provecho a nosotros de lo que le han sido útiles a él, así que sigamos con sus quejas. Y como habéis visto claramente lo falsa que es una

³⁰ Giovano en el original.

de sus propuestas, cuando él dice que toda amargura viene de Amor, veamos ahora cuán verdadera es la otra, en la que afirma que no se puede amar sin amargura [...].

CAPÍTULO II.10

Gismondo, pronunciadas estas palabras, se calló y, recordando rápidamente lo que tenía que decir después, antes de volver a hablar, comenzó a sonreír para sí mismo; al verlo las mujeres, que todavía esperaban que hablase, se volvieron aún más deseosas de oírlo. Y doña Berenice, incorporándose y aliviando de su peso un joven laurel que había crecido en el extremo del bosque cerca de una fuente marmórea, casi más vigoroso que los otros, con dos troncos derechos como si fuesen dos columnas para su hermosa cadera, dijo:

—Está bien, Gismondo, ya que sonríes cuando yo pensaba que tuvieses que estar preocupado. Por lo que, si no me equivoco, ahora has llegado a esa parte de los razonamientos de Perottino en los que él, reflexionando sobre el alma, concluyó que no se puede amar a alguien sin una pasión constante. Y ese nudo, como quiera que esté, mucho me gustaría que pudieses desatar tan fácilmente, y que Perottino me perdona, como le fue fácil a la antigua Penélope destejer la tela que había tejido poco antes. Pero me temo que no puedas, ya que esos argumentos me parecen estar muy envueltos y asegurados alrededor de la rueca [...].

CAPÍTULO II.11

¿Pero qué dirías si yo, dándote toda la razón de forma amistosa y dando por bueno también todo eso que tú argumentas, es decir, que no se pueda amar a alguien sin sufrir, te dijese que lo de amar a las mujeres que hacemos nosotros los hombres, y que las mujeres hacen con nosotros, no es amar a otro sino a una parte de sí mismo, o, mejor dicho, a la otra mitad de sí mismo? ¿Nunca oíste decir que al principio los hombres tenían dos caras y cuatro manos y cuatro pies, y lo mismo pasaba con las demás parejas de miembros de nuestros cuerpos? Y luego, después de ser partidos por la mitad por Júpiter, al que

le querían quitar el mando, los hicieron tales y como son ahora. Pero ya que habrían querido volver a su anterior unidad, puesto que de esa manera tenían doblado su poder y se valían dos veces más de lo que luego pudieron valerse, en cuanto se ponían de pie cada uno se aferraba a su mitad. Cosa que luego han hecho todos los hombres en todos los tiempos y eso es lo que hoy día nosotros llamamos Amor y amarse. Porque si alguien ama a su mujer, busca su mitad, y lo mismo hacen las mujeres, si aman a sus señores. Si yo te hablase así, tú, Perottino, ¿qué me contestarías? A lo mejor, lo mismo que yo hace poco te respondía sobre tus milagros, es decir, que esos son juegos de los hombres, pinturas y fábulas, simples invenciones y pensamientos más que otra cosa. No son simples pinturas de los hombres, ni simples invenciones, Perottino. Es la naturaleza misma que habla y razona sobre lo que yo te he dicho, y no algún hombre. Nosotros no somos completos, ni la unidad de nosotros mismos está con nosotros, si somos solo machos o solo hembras. Porque no es entero lo que no puede estar sin el otro, sino solo la mitad, y nada más, así que vosotras, mujeres, no podéis estar sin nosotros, hombres, ni nosotros sin vosotras. Que esto es verdad se deduce de que nuestro ser no puede crearse solo por nosotros ni solo por vosotras por separado. Y si bien pudiéramos nacer separadamente, en verdad no podríamos vivir separadamente. Porque si se piensa bien, esta vida que nosotros vivimos está llena de fatigas innumerables que ninguno de los dos sexos podría soportar por sí solo y moriría bajo su peso; de la misma manera que hacen, más allá de Alejandría, alguna vez los camellos que llevan nuestras mercancías desde tierras lejanas por las fatigosas arenas, cuando por ventura sus dueños echan la carga de dos encima de uno y, no pudiendo aguantar, se caen y se quedan a medio camino. Porque ¿cómo podrían los hombres arar, edificar, navegar, si también tuvieran que hacer esas otras tareas que hacéis vosotras? Y ¿cómo podríamos nosotros al mismo tiempo dar las leyes a los pueblos y amamantar a los hijos y escuchar, entre los llantos, las disputas de las gentes? ¿O dentro de nuestras casas descansando, en la comodidad de la cama, llevar la pesadez del embarazo y, al mismo tiempo, ir a cielo abierto contra los asaltantes, para defendernos a nosotros mismos y a nuestras cosas, y con la

espada en mano recubiertos de armadura de hierro correr a combatir? Que si nosotros los hombres no podemos abarcar nuestros oficios y los vuestros, menos aún podríais vosotras, que tenéis generalmente menos fuerzas que nosotros. Esto es lo que vio la naturaleza, o señoras, ella lo sabía desde el principio, y habiendo podido darnos más fácilmente una sola forma, como los árboles, nos dividió en dos casi como se parte una nuez, y plasmando entonces en una mitad nuestro sexo y en la otra el vuestro, nos envió al mundo de esta manera, hábiles en unas tareas y en las otras, asignándoos aquella parte que más soportable resulta para vuestros débiles hombros, e imponiéndonos a nosotros la otra, que por ser más fuertes, puede ser sobrellevada mejor por nuestros hombros que por los vuestros. En todo caso, encomendándonos a ella con tal ley y mezclando la dura necesidad de ambos, de forma que vosotras necesitáis de lo nuestro y nosotros de lo vuestro, el uno no puede estar sin el otro. Casi como dos compañeros que salen a cazar, de los cuales uno lleva la cesta del pan y el otro una taza para beber, y a pesar de que, caminando, lleven las cosas por separado, no por esto después, cuando llega el momento de descansar, actúan de esta forma, cada uno con lo suyo, sino al contrario, reposando debajo de alguna sombra, se intercambian el uno al otro de comer y de beber. Así que los hombres y las mujeres destinados a sobrellevar distintas cargas, entran en esta fatigosa caza que es vivir, y por su propia naturaleza, cada sexo se ocupa de una necesidad, y tienen tan poca fuerza que ninguno de ellos puede también con la otra mitad de la carga; así como sufrieron un gran daño las antiguas mujeres de Lemnos y las guerreras amazonas, que intentaron probar y que quisieron ser al mismo tiempo hombres y mujeres, y a pesar de utilizar todo su poder, acabaron con el otro sexo y con el suyo.

CAPÍTULO II.12

Porque si ni los hombres ni las mujeres pueden cambiar o mantenerse en estado alguno el uno sin el otro, ni ninguno de los dos sexos tiene consigo más de la mitad de aquello que le es necesario o para poder vivir o para nacer, puesto que aquello que no puede estar sin el otro no es el todo, como dije, sino que

es solo la mitad, no puedo entender, o señoras, cómo nosotros somos más que mitades y vosotras otro tanto, ni cómo vosotras no sois nuestra mitad y nosotros la vuestra y, finalmente, cómo la hembra y el macho no son sino uno entero. Así que en verdad ¿no os parece, simplemente mirando y pensando, que vuestros maridos lleven siempre consigo una parte de vosotras? ¿No os parece también que de vuestros corazones sale algo y acaba en los de ellos y que siempre, donde quiera que ellos vayan, hay algo parecido a una cadena que os une en un vínculo indivisible? Esto es así sin duda: ellos son vuestra mitad y vosotras la de ellos, así como yo soy la mitad de mi señora y ella la mía. Y si yo la amo, y sin duda la amo y siempre la amaré, el que yo la ame a ella y ella a mí, no significa, sin embargo, que alguno de nosotros ame a otro sino a sí mismo; y así acontece en los otros amantes, y siempre acontecerá. Ahora, para no alargar más este debate, si los amantes que se aman entre ellos se aman a sí mismos, ellos deben poder gozar de lo que aman sin falta alguna, si es cierto lo que tú³¹ argumentabas, que solo lo ajeno no se pueda totalmente gozar. Y si pueden gozar de aquello que aman, ya que solo el no poder gozar es lo que nos perturba, no considero que se llegue a aquella conclusión que tú sacabas, es decir que Amor tenga el corazón de los hombres preocupado y, como decías, perturbado. Este es el nudo, doña Berenice, que hace poco dudabais que yo pudiese desatar; esta es la tela de Perottino aferrada a aquella fuerte rueca, como dijisteis, la cual en verdad me parece más semejante a una de las de Aracne que a la de Penélope. Pero, o señoras, no por todo esto se arrepiente Perottino ni se detiene en parte alguna, refrenando la impetuosa vanidad de sus razonamientos; es más, se escapa como si fuese un jumento indomable por la pradera del ánimo, con la fuerza de las palabras hace carreras cada vez más largas e insensatas, complaciéndose de su propio mal. Pero como le suele pasar a veces al caminante que, habiendo llegado a elegir entre dos caminos, mientras piensa escoger el suyo se mete en otro que lo lleva a otras tierras, y cuanto más se apresura para llegar a su destino, tanto más de este se va alejando, así le ocurre a Perottino al hablar de Amor ya inmerso en las pasiones del

³¹ Perottino

ánimo, apresurándose y creyendo a lo mejor llegar a la verdad, cuanto más intenta razonar sobre ella, tanto más, adentrándose en un camino tortuoso, de ella se aleja. Y a pesar de que esto podría ser demostrado por cualquiera con simples palabras, sin embargo, ya que por un lado conviene que yo reflexione más detalladamente sobre las artificiosas historias de Perottino y ya que por el otro el argumento requiere hablar de esta manera, con vuestro permiso, hablando más ordenadamente empezaré a esclarecer cuál es su error.

CAPÍTULO II.14

Acababa de decir esto Gismondo, cuando Lavinello, que había estado callado durante mucho tiempo, se le acercó pronunciando estas palabras:

—Gismondo, si estos laureles hablasen, habrías hallado malos testigos para lo que pretendes demostrar. Porque si ellos se parecen a su primera cepa, así como está en la naturaleza de las plantas, ellos no amaron jamás. Ya que tampoco amó aquella mujer, que al principio dio forma al tronco, de los que todos estos son tallos, si es cierto lo que se escribe.

—Te equivocas, Lavinello, y mal unes cosas separadas por la naturaleza —respondió enseguida Gismondo—. Ya que estos laureles sí se parecen a su primera cepa, como tú dices, pero no a la mujer, que se dejó a sí misma apenas cogió la corteza de él. Estos, como también hizo aquel, aman la tierra y son a su vez amados por ella, y preñados de tal amor, según el momento, paren ahora tallos, ahora bayas y ahora ramas, como paría aquel del que todos nacieron, y su amor nunca tiene fin, si no llega al final también su vida. Quisiera Dios que fuese así también para los hombres, que quizá Perottino no tendría que llorar tan amargamente como hace mucho más a menudo de lo que yo querría. Sin embargo, la mujer no amó siendo amada, así como tú afirmas; por ser esto contra natura mereció, tal vez, convertirse en tronco, como cuentan. Y ¿qué otra cosa es mudarse en árbol y madera, dejando los miembros humanos, sino tomar los afectos no naturales, que son tan ásperos y tan duros, abandonando los naturales, blandos y dulces? Y si estos laureles hablasen y hubiesen escuchado nuestras palabras, a mí

me gusta pensar que nosotros ahora oiríamos que ellos no querrían volver a ser hombres, porque nosotros actuamos contra la misma naturaleza, cosa que no les pasa a ellos. Así que, según lo que acabo de decir, no es que ellos, Lavinello, no sean buenos testigos.

CAPÍTULO II.15

Así que, o señoras, no hace falta que yo defienda que Amor es el natural afecto de nuestros ánimos y que es necesariamente bueno, sensato y templado. Por lo que todas las veces que sucede que el afecto de nuestro ánimo no es templado, no solo no es bueno ni sensato, sino que deja de ser Amor. ¿Podéis oír vosotras lo que digo? ¿Podéis ver a dónde me ha traído la pura y simple verdad? Entonces, me podríais decir: Si no es Amor, ¿qué es? ¿Tiene algún nombre? Sí, claro que lo tiene, y muchos, y quizá aquellos mismos que le dio Perottino casi al principio de sus razonamientos, hablando él también de esto mismo, cuando creía que estaba hablando de Amor: fuego, furor, miseria, infelicidad y si, además de estos, puedo añadir otro, se puede más oportunamente que cualquier otra cosa llamar todo mal, porque el Amor, como quedará claro dentro de poco, contiene todo bien. ¿Qué más os puedo decir? Que no os engañen, o señoras, estas simples palabras que sin esfuerzo salen de la boca de algunos, amor, amante, enamorado, que no creáis que el verdadero Amor es todo a lo que se le llama Amor, que son amantes todos aquellos que dicen estar enamorados. Y este nombre se lo suelen atribuir sobre todo con los deseos del principio, que no pueden ser otra cosa que templados, y una vez tomado el nombre, vaya como vaya, siguen manteniéndolo, con la ayuda de la boba y estúpida convicción humana que, sin hacer ninguna distinción entre los nombres, llama amantes tanto a aquellos que mal emplean los afectos de su ánimo en las cosas deseadas y buscadas, como a aquellos que lo hacen bien. Ay, qué fácil es engañar a los corazones mezquinos de los hombres, y cuán voluble y vana es la falsa y desdichada opinión de los mortales. Perottino, tú no amas, no es amor el tuyo, Perottino; sombra eres de amante, más que amante, Perottino. Porque si amases, tu amor sería templado y, siendo este templado, no te

dolerías de las cosas que han acontecido, ni desearías, ni buscarías alcanzar jamás lo que no puedes tener. Puesto que además de ser el dolor de por sí excesivo y vano, es algo muy insensato y más allá de toda razón seguir buscando y deseando lo que no se puede tener como si tenerse se pudiera. Y para enseñarnos esta locura, los poetas se inventaron que los Gigantes intentaron conquistar el cielo luchando con los Dioses, cuando ellos no tenían la misma fuerza. Que si la fortuna te ha quitado a la mujer querida, si tú quieres amarla, puesto que no puedes hacer otra cosa, no la sigas deseando, y lo que has perdido, considéralo perdido. Ámala simple y puramente, así como se pueden amar muchas cosas, aunque no se tenga ninguna esperanza de tenerlas. Ama su belleza, de la que antes te maravillaste y a la que alabaste con entusiasmo y, si se te ha impedido verla con tus ojos, confórmate con recordarla en el pensamiento, cosa que nadie te puede vetar. Y, en conclusión, ama de ella lo que hoy día poco se ama en el mundo por culpa del vicio, que toda buena costumbre ha alejado, es decir, la honestidad, supremo y especialísimo tesoro de cualquier persona sabia, que tendría que importarnos siempre mucho, y más aún si apreciamos a las mujeres que amamos; tal y como yo me esforcé para que me agradara la honestidad en la persona de mi señora no menos de cuanto me gustaba su belleza, pese a que en mis primeros deseos fuese para mi corazón duro y pesado soportarla, tal y como vemos todos los días en los caballos no acostumbrados a la silla y al freno [...].

CAPÍTULO II.18

[...] Entonces Lisa, antes de que él siguiera, dijo con mucha dulzura, más para tentararlo que por otra cosa:

—Gismondo, dejás inoportunamente para otro momento tus primeros razonamientos, después de habernos contado la historia que ahora nos tiene a todos expectantes. Puesto que, si esto que sentimos es dolor por haber visto a nuestro mísero animalito en las garras de su enemiga y amor aquello, que nos había prendado por su belleza, se deduce claramente que se puede amar y sufrir; y aquí se podrá decir contra ti lo que

llevamos diciendo todo el día: que muchas veces las palabras están lejos de los hechos.

Y entonces Gismondo se volvió hacia las mujeres sonriendo y dijo:

—Mirad su razonamiento. No será esto suficiente, Lisa, para quitarme la verdad de las manos tan fácilmente como hizo el águila con nuestra pobre paloma, porque yo la defenderé. Vuelves otra vez a aquellos cerros de los cuales antes salimos, cuando yo concluí que la razón por la que perdemos las cosas no es Amor, que hace que las deseemos, sino la fortuna, que nos las quita. Porque bien podemos amar y sufrir, como tú dices, pero no podemos sufrir por Amor. Además de que el amor que se mezcla entre las pasiones del ánimo no es amor, aunque se le llame amor y la mayor parte de la gente lo considere amor. Mas no estoy dispuesto a volver al principio, ni alargarme más de lo que ya hice, como si hubiera muchas más cosas que decir, en argumentos ya debatidos, sobre este tema o similares. Estas pueden ser más que suficientes, salvo que tú te obstines, que la terquedad puede ser a veces un defecto de las mujeres hermosas, así como también de los hermosos caballos.

—Si solo fuesen tercos los hermosos caballos —respondió Lisa, con el rostro muy encendido— yo que no soy hermosa, y sin embargo era bella como una bonita flor, creería poder hablar libremente, sin que tú me tomases por obstinada. Pero, puesto que este vicio todavía más a menudo suele presentarse en los feos que en los demás, has encontrado seguramente la forma de que hoy yo permanezca callada, pero me la habrás de pagar.

CAPÍTULO II.21

Aquí, antes de que se dijese algo más, se había interpuesto doña Berenice, y tomando con su mano izquierda de manera sororal³² la mano derecha de Lisa, que estaba sentada a su lado, y apretándola como si quisiese ayudarla en algo, se dirigió osadamente a Gismondo y le dijo así:

—Puesto que tú, Gismondo, supiste mordernos tan bien que Lisa ya no quiere tener jamás nada que lidiar contigo, y a lo

³² En el texto original sirochievolmente (de sorella) (N. de las T.).

mejor lo hiciste con este fin, para que nosotras te molestásemos lo menos posible, yo ahora quiero tomarla como compañera, aunque todavía no sea una maestra en el combate. Pero así te digo que si Amor es causa de todas las cosas, como tú nos dices, y que de ello se sigue que él es también razón de todas las cosas buenas, que por él todas las cosas se hacen, ¿porque no nos dices también que así mismo es causa de todas las cosas malas que se hacen? Cosa necesaria si quieres argumentar, porque si mis oraciones se deben atribuir a Amor, porque nací de Amor, entonces también lo malo que yo digo se debe imputar a él, porque si yo no hubiera nacido, no lo diría. Y llegaría a la misma conclusión para todos los hombres y para todas las cosas. Ahora bien, si Amor es origen de todos los males, no menos que fundamento de todos los bienes, no puedo ver yo que no sea tan dañino como útil.

—A mi parecer, lo sabéis bien, señora —contestó Gismondo— ya que no considero tan lábil vuestra memoria, como para que se os haya ido de la mente eso sobre lo que yo razoné hace poco. Pero vos queréis vengar a vuestra compañera de ofensa que no he cometido, haciendo que yo volviese a esas mismas disputas de las que habíamos salido [...].

CAPÍTULO II.22

Una vez dicho esto, Gismondo, después de un breve silencio para que quienes lo oían estuvieran más atentos, empezó así:

—O señoras, la vista de los amantes no es como la de los otros hombres, ni suelen los enamorados jóvenes mirar los objetos de sus luces con tan poco fruto como lo hacen los que no están enamorados. Porque Amor en los ojos de sus seguidores derrama con el movimiento de sus alas tanta dulzura que los depura de cualquier deslumbramiento, y hace que ellos que antes miraban con simpleza, cambien de actitud, volviéndose artificiosos en su oficio; al mirar ven las cosas dulces con un deleite muy grande, ahí donde los otros hombres al ver cosas muy dulces sienten poco deleite y la mayoría de las veces ninguno. Y aunque dulces son muchas cosas que miramos todos los días, dulcísimas destacan por encima de otras que cualquier ojo pueda ver las mujeres hermosas, como sois vosotras. Mas no

por eso ellas suscitan dulzura solo en los ojos de sus amantes, como los únicos a quien Amor otorga la virtud de mirar sus tesoros. Pero si ocurre que dulzura suscitan, aunque no es hombre el que no aprecie vuestra hermosa belleza al menos en parte, en comparación con la de los enamorados es como comparar una flor con la primavera. Por eso muchas veces sucede que alguna mujer hermosa pasa delante de los ojos de muchos hombres que la miran con agrado, pero, si entre ellos hay uno o dos que la miran con más deleite, luego son ciento los que no vuelven a enderezar su mirada hacia ella. Pero si entre esos cien, se encuentra su enamorado y la ve, que no suele ser el último, a él le parece que mil jardines de rosas se le abren delante, y en un punto siente llenarse el corazón de tal abundancia de dulzura que todas sus venas reciben un alivio capaz de espantar cualquier gran enfado que las posibles desventuras de la vida hubiesen allí traído y dejado. Él la mira y la vuelve a mirar con ojo que refleja su figura, y recorriendo todas sus formas, con deleite conocido solo por los amantes, ahora mira la hermosa trenza, más parecida a oro que a otra cosa, así, tal y como son las vuestras —y no os moleste que hablando de las hermosas mujeres os utilice como ejemplo en esta y otras partes—, la cual desde lo alto de su suave cabeza, se divide al nacimiento en partes iguales, marcando una raya recta, y se envuelven en círculos en la nuca; y delante, bajando por las sienes, caen en dos mechones que cuelgan dulcemente por las mejillas, y se mueven a cada sople de aire, que al verlos parecen un nuevo milagro de puro ámbar que palpita en una fresca capa de nieve. Ahora en cambio mira la serena frente, con alegre espacio que da muestra de segura honestidad, y las cejas de ébano sosegadas y tranquilas, por debajo de las cuales ve dos ojos negros y grandes llenos de dignidad, mezclados con natural dulzura, brillantes como dos estrellas en sus hermosos y atractivos giros, bendiciendo mil veces la suerte que le tocó el primer día que miró en ellos. Después de estos observa las suaves mejillas, su ternura y blancura, las compara a las de la leche, salvo cuando a veces compiten con la colorida frescura de las rosas matutinas. Tampoco deja de ver la boca que está algo más abajo, contenta con poco espacio, con dos pequeños rubies vivos y dulces que tienen la fuerza de encender el deseo de

besarlos a cualquiera, por más frío y desganado que fuese. Además de esto, mirando y alabando aquella parte del muy blanco pecho que se puede ver, alaba todavía más la otra que está cubierta, mirándola y juzgándola con vista aguda: por merced de la vestimenta cortés que no quita del todo a los que miran la belleza de sus dulces manzanas, las cuales, resistiendo al sutil velo, suelen muchas veces revelar su forma, a pesar de la costumbre que las esconde. Estas últimas palabras, llevaron los ojos de la alegre reunión a mirar el pecho de Sabinetta, que parecía que Gismondo había utilizado para pintar más que los otros, ya que la hermosa joven, que era muy mozuela, y por eso y por la calurosa estación, estaba cubierta de un velo liso y muy fino que enseñaba la forma de dos pequeños pechos redondos, duros y acerbos. Ella, viendo que la miraban, se avergonzó, y más lo hubiera hecho si no fuese porque doña Berenice, dándose cuenta de ello, dijo enseguida:

—Gismondo, este enamorado tuyo mira en verdad muy atrevida y minuciosamente, ya que nos mira hasta dentro del pecho que nosotras escondemos. A mí no me gustaría que me mirase tan intensamente.

—Señora, callad —respondió Gismondo— que vos en esto ganáis. Porque si yo quisiera decir algo más, diría que los amantes pasan con su vista por todas partes, y a través de lo que se enseña, ven fácilmente lo que está escondido. Así que señoras mías hermosas, ¡escondeos cuanto queráis y lo mejor que sepáis a los otros hombres, porque de los enamorados no podéis ni debéis esconderos! Y después Perottino dirá que los amantes son ciegos. Ciego es él, que no ve las cosas que hay que ver, y no sé qué sueños está no digo viendo, porque no se puede ver lo que no es, como lo que no puede ser, sino imaginándose: un garzón desnudo con alas, con fuego, con flechas casi figurándose una nueva quimera, de igual forma que si mirase por un cristal de los que suelen enseñar maravillas.

CAPÍTULO II.24

Pero ¿para qué voy yo alargando el tiempo y las palabras en cosas que, gusten poco o mucho, son de por sí mismas agradables en cualquier manera y siempre le gustan a quien las

mira, cuando hay otras que, al verlas, suelen causar dolor a algunas personas, mientras a los enamorados a veces resultan dulcísimas sobremanera? Oh, queridas y bellas jóvenes, ¡qué difícil es investigar, aunque solo sea con el pensamiento las fuerzas de Amor, y más aún contarlas! Sin duda, ¿qué puede ser más doloroso que ver llorar a los que más quieres? ¿Y quién tiene un corazón tan duro que cuando los ve derramar sus lágrimas, pueda alejar el dolor de sus ojos? Sin embargo, cuando este acto de llorar, tal como digo yo, el enamorado lo ve hacer a su señora, a la que él quiere más que al mundo entero, siente mucho más deleite del que los otros hombres suelen sentir por infinitas risas.

Apenas Gismondo hubo dicho esto, doña Berenice dijo así:

—No quisiera que me pasase eso a mí, que mi señor se divirtiese y alegrase por mis lágrimas. Y te digo además que, si lo descubriera, le desearía el mal y, a lo mejor, si pudiera, le daría a él ocasión de llorar y a mí, en cambio, de reírme.

A continuación de aquellas palabras fueron las dos jóvenes reafirmándole a Gismondo lo que ella le había dicho, y añadiendo a todo eso que le haría un favor a su señora si llorase a menudo delante de ella para agradarla, y todas juntas hablaban de ello bromeando, y aprovechando alegremente la nueva ocasión para burlarse de él. Sin embargo, él, que en este arte raras veces se dejaba ganar, después de dejar que se riesen y burlasen, mirando a la cara a doña Berenice le dijo:

—Muy cruel debéis de ser vos, señora, y poco piadosa en semejante caso, ya que queríais hacer llorar a vuestro señor. Pero yo no os veo la cara tan fiera, si no me engaáis; al contrario, mostráis ser la cosa más dulce y agradable que existe. Y estoy convencido de que si el ermitaño del escritor de Certaldo os hubiera visto cuando salió por primera vez de su celda, no pediría a su padre otro pato para llevar consigo y para cebar que no fuerais vos³³.

Calló a todo esto doña Berenice, mirando con un gesto entre vergüenza y maravilla a los rostros de sus compañeras. Y Lisa, riendo de cara a ella, como la que aún estaba esperando que

³³ Aquí se hace referencia al Decameron, IV jornada, Introducción (N. de las T.).

Gismondo picase a alguna otra con sus motes para tener compañía en sus males, viéndola de esa manera pasmada se le puso delante y le dijo:

—Señora, mucho me complace que hoy caiga sobre vos este granizo que antes cayó encima mía. Yo ya no me quejo de Gismondo, pues a vos tampoco os ha perdonado. Bien os digo, señora, que hoy él tiene cortado el frenillo de la lengua, por lo que os aconsejo que no lo tentéis más, que por todos los lados pica como un abrojo.

—Ya me he dado cuenta de que es tal como tú dices, Lisa —respondió doña Berenice—. Vete con Dios Gismondo, que hoy nos has callado a tu antojo. Yo de aquí en adelante quiero quedarme muda.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO III.1

Es imposible no sorprenderse de lo dificultoso que es hallar la verdad en las cuestiones acerca de las que se disputa todos los días. Porque sobre todas las que pueden engendrar alguna duda se puede discutir a favor y en contra verosímelmente, como se ha hecho en los libros precedentes en el enfrentamiento entre Perottino y Gismondo. Hubo en los tiempos pasados quienes se ofrecían a debatir sobre cualquier tema, y no faltaron ingenios capaces de disputar por ambas opiniones sobre cualquier materia propuesta. Tal cosa provocó que algunos filósofos antiguos creyeran que sobre ninguna cuestión podría conocerse la verdad y que no podría tenerse nada más que una simple opinión y juicio. Aunque esta idea en aquellos tiempos fuese rechazada por las mejores mentes y ahora, que yo sepa, ya no tenga seguidores, sin embargo, se ha quedado en las conciencias de infinitos hombres una queja callada y general contra la naturaleza por guardar y esconder la pura esencia de las cosas, envolviéndola con mil engaños como si de mil cortezas se tratara. Por lo cual hay muchos que, desconfiando de poder hallar la verdad en todas las cuestiones, en ninguna la buscan, y echando la culpa a la naturaleza, dejan de conocer las cosas y viven sin rumbo. Y muchos más, aunque menos culpables, son los que, desalentados por la dificultad de esta tarea, confían en lo que dicen otros, y se paran a escuchar cualquier sentencia como si fuese la roca a la que los ha llevado la ola, o bien buscan la verdad por su cuenta, con ligereza, y se quedan con lo primero que encuentran. Pero es mejor no hablar mucho de los primeros, ya que parece que les pesa haber nacido hombres y no brutos animales y, recusando aquella parte de los humanos que nos diferencia de las bestias, empobrecen el alma y despojan y menguan la vida de su mayor belleza. A los otros, bien se les puede decir que no tenemos que poner en riesgo nuestra fe con ligereza, sometiéndola al error ajeno, puesto que algunos dicen y escriben cosas no porque crean realmente que sea la verdad, sino por inclinación, o por educación o porque están cautivados, casi prisioneros, de sus estudios —sin mencionar que a menudo,

no sé cómo, acabamos creyéndonos las cosas que decimos y escribimos—. Lo segundo que se les puede decir es que, ya que están buscando la verdad, no basta tantear rápidamente y contentarse con cualquier cosa que se halle al principio; por un lado, porque no se puede creer todo lo que dicen los que ya han indagado sobre el tema, puesto que pueden haberse equivocado, ni deberíamos confiar en nosotros mismos, porque también podríamos engañarnos; por otro lado, porque la debilidad de nuestros razonamientos es grande y raras veces ocurre que una primera opinión, no muy documentada, y largamente debatida, sea sólida. Y si a la debilidad de nuestros razonamientos, le añadimos que la verdad es siempre oscura, y esa oscuridad parece que esté naturalmente presente en todas las cosas, les quedará claro que no hay diferencia entre ellos³⁴ y los que no tienen interés en la búsqueda de la realidad; la misma diferencia que hay entre quienes, acometidos por los vientos contrarios fuera de nuestro incomodo puerto, sin esperanza de poder volver, levantan la mano del timón y se abandonan a su merced, sin ni siquiera intentar alcanzar el puerto o la costa, y los que, esperando poder volver, se dirigen a tierra pero sin preocuparse de reparar en las luces que muestran la entrada. Cosa que no harán los hombres y mujeres que me escuchen; de hecho, cuanto más oscuras fuesen las cosas y menos penetrables a la mirada de nuestros juicios, tanto menos confiarán en todo lo que digan los demás sin antes haber reflexionado diligentemente sobre ello; ni tampoco, dudando de la verdad, se darán por satisfechos rápidamente, ni con lo primero que encuentren, sabiendo que si profundizan en la búsqueda, encontrarán más cosas que los satisfagan. Y no se irán quejando de la naturaleza, como hacen los otros, porque no ha puesto al descubierto la verdad, ya que tampoco lo ha hecho con el oro y con las gemas, que están escondidos en el vientre de la tierra, en las venas de los ásperos montes y bajo la arena de los cauces de los ríos y en el fondo de los mares, así como sepultados en las partes más recónditas. Y si

³⁴ Se refiere a los que “confían en lo que dicen otros, y se paran a escuchar cualquier sentencia como si fuese la roca a la que los ha llevado la ola, o bien buscan la verdad por su cuenta, con ligereza, y se quedan con lo primero que encuentran” (N. de las T.).

la naturaleza ha ocultado —como se puede ver— estos ornamentos de nuestra parte caduca y mortal, ¿qué tendría que hacer con la verdad, no tan solamente hermosura y ornamento, sino luz y guía y sustentación del alma, moderadora de los excesivos deseos, de las falaces alegrías, que aleja los vanos temores y apacigua nuestras mentes en los momentos dolorosos, y es enemiga y perseguidora de todos los males? Las cosas que todos pueden poseer fácilmente son despreciadas de la misma forma por todo el mundo, en cambio, las cosas raras son mucho máspreciadas. Aunque yo creo que habrá muchos que me critiquen porque en esta búsqueda involucro a las mujeres, que deberían dedicarse más a las tareas femeninas que a investigar sobre estos temas. Sin embargo, no me preocupo de ellos. Ya que no niegan que las mujeres, como los hombres, poseen un alma, no veo por qué sería más indecoroso para ellas que para nosotros indagar acerca de la esencia de dicha alma y sobre qué sería mejor evitar y qué perseguir por su bien. Y, entre todas las cuestiones estas son las menos claras alrededor de las cuales, como si fuesen ejes, ruedan todas las ciencias, señales e hitos de cada una de nuestras obras y pensamientos. Y no hay que preocuparse de lo que dirán muchos hombres, ya que, si ellas no descuidan aquellos oficios que esos hombres tienen por femeninos y pasan todos sus ratos libres en el estudio de las letras y en el conocimiento de estas cosas, el mundo las alabará en todo momento. Y ahora, escuchemos también los razonamientos de Lavinello, expuestos en la tercera jornada a un público más amplio que el de sus compañeros.

CAPÍTULO III.2

Como el día anterior buscaron a las tres mujeres otras con las que solían conversar en las fiestas, y al enterarse de que se encontraban en el jardín y por qué allí se habían reunido, la noticia pasó de boca en boca hasta los oídos de la reina, la cual, al percatarse de que en aquella reunión se razonaba sobre cosas interesantes y ya que nadie sabía aclararle más acerca de la cuestión, movida por la fama de valientes y sabios que tenían los tres jóvenes quiso enterarse de sus razonamientos. Así, por la tarde, después de cenar y tomar peladillas y sin otra cosa que

hacer que lo que mandara la reina, ya que tenía ella cerca a doña Berenice, le habló alegremente:

—¿Qué os ha parecido nuestro jardín, doña Berenice, estos días, y qué podéis decirnos de él? Hemos sabido que allí habéis estado con vuestras compañeras.

A estas palabras, la mujer se levantó y se inclinó respetuosamente:

—Muy bien, señora. Me ha parecido como tendría que parecerme por ser de Vuestra Majestad.

Entonces, después de haber dicho todo lo que podía con acatamiento e interviniendo a ratos Lisa y Sabinetta, que no estaban muy lejos de ella, Berenice hizo que todas las mujeres que la estaban escuchando y no habían visto el jardín se volvieran tan deseosas de verlo que les pareció largo el rato que la reina tardó en levantarse, porque querían ir al jardín con el sol que, sin embargo, se iba inclinando de prisa hacia el reino de Marruecos para esconderse.

La reina, al darse cuenta de ello, después de que doña Berenice terminase de hablar, dijo:

—En verdad, el jardín suele ser agradable y placentero. Y ya que llevamos varios días sin ir y a estas mujeres les encantaría tomar el aire, ahora podríamos ir todas a pasar un rato en la frescura.

Y así se levantó y cogió de la mano a doña Berenice, bajó las escaleras junto con todas las demás, entró en el hermoso jardín y dejó que muchas de ellas se fuesen de aquí para allá para un rato de esparcimiento. Entonces se sentó con doña Berenice junto a una de las ventanas que miran a la hermosa llanura y así le dijo:

—Vos nos habéis dicho muchas cosas de este jardín que ya sabíamos, pero las habéis hecho incluso más grandes de lo que son. Sin embargo, no nos habéis dicho nada de los razonamientos que aquí habéis llevado a cabo. Y a pesar de que no sabemos nada de ellos, entendemos que han sido bellos e interesantes. Nos encantaría que los compartierais con nosotras.

Así que Berenice, sin saber cómo negarse, después de haber alabado a los tres jóvenes y de haber dicho con dulzura en su disculpa que ella no se habría arriesgado a repetir ni siquiera a sí misma tales razonamientos y menos se habría visto capaz de contárselos a Su Majestad, empezó por relatar la potestad que el

grupo le concedió a Gismondo y del por qué lo hizo y no paró hasta haberle resumido todos los discursos de Perottino y de Gismondo y haberle expuesto lo mejor que pudo la suma de sus razonamientos, narrándolo sin olvidar nunca que se estaba dirigiendo a una mujer y reina.

La reina, escuchándola, creyó vislumbrar el esbozo de unas bellas pinturas y, al saber que Lavinello tendría que hablar al día siguiente, le dijo a Berenice que había decidido escucharlo y honrar con su presencia tan bella compañía.

Lo cual deleitó a la joven, ya que le parecía que la presencia de la reina habría alejado toda sospecha de que hubiera algo menos que conveniente en estas reuniones y razonamientos.

Cuando doña Berenice terminó de hablar, todas las luces del día habían dejado nuestro hemisferio y en el cielo empezaban a brillar las de las estrellas, así que, con las luces de las antorchas, la reina y las otras damas subieron las escaleras y se dirigieron a sus aposentos para descansar. Una vez allí, doña Berenice les contó a sus compañeras todo lo que había hablado con la reina durante tantas horas y lo que ella había decidido, y así mandaron llamar a los tres jóvenes. Cuando ellos llegaron, doña Berenice le dijo a Lavinello:

—Lavinello, se ha cumplido la amenaza de Gismondo: debes saber qué decir mañana de manera conveniente en presencia de la reina.

Y después de haberles explicado lo que había pasado y haber largamente razonado sobre el tema, se despidieron para que descansaran y durmieran.

GLI ASOLANI³⁵

Pietro BEMBO

³⁵ Brani scelti.

LIBRO PRIMO

CAPITOLO I.1

Suole a' faticosi navicanti esser caro, quando la notte, da oscuro e tempestoso nembo assaliti e sospinti, né stella scorgono, né cosa alcuna appar loro che regga la lor via, col segno della indiana pietra ritrovare la tramontana, in guisa che, quale vento soffi e percuota conoscendo, non sia lor tolto il potere e vela e governo là, dove essi di giugnere procacciano o almeno dove più la loro salute veggono, dirizzare; e piace a quelli che per contrada non usata caminano, qualora essi, a parte venuti dove molte vie faccian capo, in qual più tosto sia da mettersi non scorgendo, stanno in sul piè dubitosi e sospesi, incontrare chi loro la diritta insegni, sì che essi possano all'albergo senza errore, o forse prima che la notte gli sopraggiunga, pervenire. Per la qual cosa avisando io, da quello che si vede avvenire tutto dì, pochissimi essere quegli uomini, a' quali nel peregrinaggio di questa nostra vita mortale, ora dalla turba delle passioni soffiato e ora dalle tante e così al vero somiglianti apparenze d'openioni fatto incerto, quasi per lo continuo e di calamita e di scorta non faccia mestiero, ho sempre giudicato grazioso ufficio per coloro adoperarsi, i quali, delle cose o ad essi avvenute o da altri approximate o per se medesimi ritrovate trattando, a gli altri uomini dimostrano come si possa in qualche parte di questo periglioso corso e di questa strada, a smarrire così agevole, non errare. Perciò che quale più graziosa cosa può essere che il giovare altrui? O pure che si può qua giù fare, che ad uom più si convenga, che essere a molti uomini di lor bene cagione? E poi, se è lodevole per sé, che è in ogni maniera lodevolissimo, un uom solo senza fallimento saper vivere non inteso e non veduto da persona, quanto più è da credere che lodar si debba un altro, il quale e sa esso la sua vita senza fallo scorgere e oltre a ciò insegna e dona modo ad infiniti altri uomini, che ci vivono, di non fallire? Ma perciò che tra le molte cagioni, le quali il nostro tranquillo navicar ci turbano e il sentiero del buon vivere ci rendono sospetto e dubbioso, suole con le primiere essere il non saper noi le più volte quale amore

buono sia e qual reo, il che non saputo fa che noi, le cose che fuggire si dovrebbero amando e quelle che sono da seguire non amando, e tal volta o meno o più del convenevole ora schifandole e ora cercandole, travagliati e smarriti viviamo, ho voluto alcuni ragionamenti raccogliere, che in una brigata di tre nostre valorose donne e in parte di madonna la Reina di Cipri, pochi di sono, tre nostri aveduti e intendenti giovani fecero d'Amore, assai diversamente questionandone in tre giornate, affine che il giovamento e pro che essi hanno a me renduto, da loro che fatti gli hanno sentendogli, che nel vero non è stato poco, possano eziandio rendere a qualunque altro, così ora da me raccolti, piacesse di sentirgli. Alla qual cosa fare, come che in ciascuna età stia bene l'udire e leggere le giovevoli cose e specialmente questa, perciò che non amare come che sia in niuna stagione non si può, quando si vede che da natura insieme col vivere a tutti gli uomini è dato che ciascuno alcuna cosa sempre ami, pure io, che giovane sono, i giovani uomini e le giovani donne conforto e invito maggiormente. Perciò che a molti e a molte di loro per avventura agevolmente averrà che, udito quello che io mi profero di scriverne, essi prima d'Amore potranno far giudizio che egli di loro s'abbia fatto pruova. Il che, quanto esser debba lor caro, né io ora dirò, e essi meglio potranno ne gli altri loro più maturi anni giudicare. Ma di vero, sì come nel più delle cose l'uso è ottimo e certissimo maestro, così in alcune, e in quelle massimamente che possono non meno di noia essere che di diletto cagione, sì come mostra che questa sia, l'ascoltarle o leggerle in altrui, prima che a pruova di loro si venga, senza fallo molte volte a molti uomini di molto giovamento è stato. Per la qual cosa bellissimo ritrovamento delle genti è da dir che sieno le lettere e la scrittura, nella qual noi molte cose passate, che non potrebbero altramente essere alla nostra notizia pervenute, tutte quasi in uno specchio riguardando e quello di loro che faccia per noi raccogliendo, da gli altrui essempli ammaestrati ad entrare nelli non prima o solcati pelaghi o caminati sentieri della vita, quasi provati e nocchieri e viandanti, più sicuramente ci mettiamo. Senza che infinito piacere ci porgono le diverse lezioni, delle quali gli animi d'alquanti uomini, non altramente che faccia di cibo il corpo, si pascono assai sovente e prendono insieme da esse

dilettevolissimo nodrimento. Ma lasciando questo da parte stare e alle ragionate cose d'Amore, che io dissi, venendo, acciò che meglio si possa ogni lor parte scorgere tale, quale appunto ciascuna fu ragionata, stimo che ben fatto sia che, prima che io passi di loro più avanti, come il ragionare avesse luogo si faccia chiaro.

CAPITOLO I.2

Asolo adunque, vago e piacevole castello posto ne gli stremi gioghi delle nostre alpi sopra il Trivigiano, è, sì come ogniuno dee sapere, di madonna la Reina di Cipri, con la cui famiglia, la quale è detta Cornelia, molto nella nostra città onorata e illustre, è la mia non solamente d'amistà e di dimestichezza congiunta, ma ancora di parentado. Dove essendo ella questo settembre passato a' suoi diporti andata, avvenne che ella quivi maritò una delle sue damigielle, la quale, perciò che bella e costumata e gentile era molto e perciò che da bambina cresciuta se l'avea, assai teneramente era da lei amata e avuta cara. Per che vi fece l'apparecchio delle nozze ordinare bello e grande, e, invitatovi delle vicine contrade qualunque più onorato uomo v'era con le lor donne, e da Vinegia similmente, in suoni e canti e balli e solennissimi conviti l'un giorno appresso all'altro ne menava festeggiando con sommo piacer di ciascuno. Erano quivi tra gli altri, che invitati dalla Reina vennero a quelle feste, tre gentili uomini della nostra città, giovani e d'alto cuore, i quali, da' loro primi anni ne gli studi delle lettere usati e in essi tuttavia dimoranti per lo più tempo, oltre a ciò il pregio d'ogni bel costume aveano, che a nobili cavalieri s'appartenesse d'avere. Costor per aventura, come che a tutte le donne che in que' conviti si trovarono, sì per la chiarezza del sangue loro e sì ancora molto più per la viva fama de' loro studi e del lor valore fosser cari, essi nondimeno pure con tre di loro belle e vaghe giovani e di gentili costumi ornate, perciò che prossimani eran loro per sangue e lunga dimestichezza con esse e co' lor mariti aveano, i quali tutti e tre di que' di a Vinegia tornati erano per loro bisogne, più spesso e più sicuramente si davano che con altre, volentieri sempre in sollazzevoli ragionamenti dolci e oneste dimore traendo. Quantunque Perottino, che così

nominare un di loro m'è piaciuto in questi sermoni, poco e rado parlasse, né fosse chi riso in bocca gli avesse solamente una volta in tutte quelle feste veduto. Il quale eziandio molto da ogniuno spesse volte si furava, sì come colui che l'animo sempre avea in tristo pensiero; né quivi venuto sarebbe, se da' suoi compagni, che questo studiosamente fecero, acciò che egli tra gli allegri dimorando si rallegrasse, astretto e sospinto al venirvi non fosse stato. Né pure solamente Perottino ho io con infinta voce in questa guisa nomato, ma le tre donne e gli altri giovani ancora; non per altro rispetto, se non per tôrre alle vane menti de' volgari occasione, i loro veri nomi non palesando, di pensar cosa in parte alcuna meno che convenevole alla loro onestissima vita. Con ciò sia cosa che questi parlari, d'uno in altro passando, a brieve andare possono in contezza de' gli uomini pervenire, de' quali non pochi sogliono esser coloro che le cose sane le più volte rimirano con occhio non sano.

CAPITOLO I.6

Piacque maravigliosamente questo luogo alle belle donne, il quale poi che da ciascuna di loro fu lodato, madonna Berenice, che per età alquanto maggiore era dell'altre due e per questo da esse onorata quasi come lor capo, verso Gismondo riguardando disse: — Deh come mal facemmo, Gismondo, a non ci esser qui tutti questi di passati venute, ché meglio in questo giardino che nelle nostre camere aremmo quel tempo, che senza la sposa e la Reina ci corre, trapassato. Ora, poi che noi qui per lo tuo avedimento più che per lo nostro ci siamo, vedi dove a te piace che si segga, perciò che l'andare altre parti del giardin riguardando il sole ci vieta, che invidiosamente, come tu vedi, se le riguarda egli tuttavia. A cui Gismondo rispose: — Madonna, dove a voi così piacesse, a me parrebbe che questa fonte non si dovesse rifiutare, perciò che l'erba è più lieta qui che altrove e più dipinta di fiori. Poi questi alberi ci terranno sì il sole, che, per potere che egli abbia, oggi non ci si accosterà egli giamai — . — Dunque — disse madonna Berenice — sediamvici, e dove a te piace, quivi si stia; e acciò che di niente si manchi al tuo consiglio seguire, col mormorio dell'acque che c'invitano a ragionare e con l'orrore di queste ombre che ci ascoltano,

disponi tu a dir di quello che a te più giova che si ragioni, perciò che e noi volentieri sempre t'ascoltiamo e, poi che tu ad essi così vago luogo hai dato, meritamente dee in te cadere l'arbitrio de' nostri sermoni —. Dette queste parole da madonna Berenice, e da ciascuna dell'altre due invitato Gismondo al favellare, esso lietamente disse: — Poscia che voi questa maggioranza mi date, e io la mi prenderò —. E poi che, fatta di loro corona, a sedere in grembo dell'erbetta posti si furono, chi vicino la bella fonte e chi sotto gli ombrosi allori di qua e di là del picciol rio, Gismondo, accortamente rassettato e pel viso d'intorno piacevolmente le belle donne riguardate, in questa guisa incominciò a dire: — Amabili donne, ciascuno di noi ha udite le due fanciulle e la vagha damigiella, che dinanzi la Reina, prima che si levassero le tavole, due lodando Amore e l'altra di lui dolendosi, assai vezzosamente cantarono le tre canzoni. E perciò che io certo sono che chiunque di lui si duole e mala voce gli dà, non ben conosce la natura delle cose e la qualità di lui e di gran lunga va errando dal diritto camin del vero, se alcuna di voi è, belle donne, o di noi, che so che ce ne sono, che creda insieme con la fanciulla primiera che Amore cosa buona non sia, dica sopra ciò quello che ne gli pare, che io gli risponderò, e dammi il cuore di dimostrargli quanto egli con suo danno da così fatta opinione ingannato sia. La qual cosa se voi farete, e doverete voler fare, se volete che mio sia quello che una volta donato m'avete, assai bello e spazioso campo aremo oggi da favellare —. E, così detto, si tacque.

CAPITOLO I.7

Stettero alquanto sopra sé le oneste donne, intesa la proposta di Gismondo, e già mezzo tra se stessa si pentiva madonna Berenice d'avergli data troppa libertà nel favellare. Pure, riguardando che, quantunque egli amoroso giovane e sollazzevole fosse, per tutto ciò sempre altro che modestamente non parlava, si assicurò e con le sue compagne cominciò a sorridere di questo fatto; le quali insieme con lei altresì dopo un breve pentimento rassicurate, s'accorsero, raccogliendo le parole di Gismondo, che egli la fiera tristizia di Perottino pugneva e lui provocava nel parlare, perciò che sapevano che

egli di cosa amorosa altro che male non ragionava giamai. Ma per questo niente rispondendo Perottino e ogniuno tacendosi, Gismondo in cotal guisa riparlò: — Non è maraviglia, dolcissime giovani, se voi tacete; le quali credo io più tosto di lodare Amore che di biasimarlo v'ingegnereste, sì come quelle cui egli in niuna cosa può aver diservite giamai, se onesta vergogna e sempre in donna lodevole non vi ritenesse.

CAPITOLO I.9

Così detto e risposto e contentato, dopo un breve silenzio di ciascuno, Perottino, quasi da profondo pensiero toltosi, verso le donne levando il viso, disse: — Ora piglisi Gismondo ciò che egli si guadagnerà; e non si penta, poscia che egli questo argine ha rotto, se per aventura e a lui maggiore acqua verrà addosso che bisogno non gli sarebbe d'avere, e di voi altramente averrà che il suo avviso non sarà stato. Ché, come che io non spero di potere in maniera alcuna, quanto in così fatta materia si converrebbe, di questo universale danno de gli uomini, di questa generalissima vergogna delle genti, Amore, o donne, raccontarvi, perciò che non che io il possa, che uno e debole sono, ma quanti ci vivono, pronti e accorti dicatori il più, non ne potrebbero assai bastevolmente parlare; pure e quel poco che io ne dirò, da che io alcuna cosa ne ho a dire, parrà forse troppo a Gismondo, il quale altramente si fa a credere che sia il vero, che egli non è, e a voi ancora potrà essere di molto risguardo, che giovani sete, ne gli anni che sono a venire, il conoscere in alcuna parte la qualità di questa malvagia fiera—.

¹ Per la qual cosa non si debbono ramaricar gli uomini se essi amando tranghiottono, sì come sempre fanno, mille amari e sentono tutto 'l giorno infiniti dolori, con ciò sia cosa che così è di loro usanza, né può altramente essere; ma che essi amino, di questo solo ben si debbono e possonsi sempre giustamente ramaricare. Perciò che amare senza amaro non si può, né per altro rispetto si sente giamai e si pate alcuno amaro che per amore—.

CAPITOLO I.9

Avea dette queste parole Perottino, quando madonna Berenice, che attentissimamente le raccoglieva, così a lui incominciò traponendosi: —Perottino, vedi bene già di quinci ciò che tu fai; perciò che, oltra che a Gismondo dia l'animo di pienamente alle tue proposte rispondere, sì come egli testé ci disse, per aventura il non conciederti le sconcie cose eziandio a niuna di noi si disdice. Se pure non c'è disdetto il trametterci nelle vostre dispute, nella qual cosa io per me tuttavia errare non vorrei o esser da voi tenuta senza rispetto e presuntuosa. — Senza rispetto non potrete voi essere, Madonna, né presuntuosa da noi tenuta parlando e ragionando, —disse allora Gismondo— e le vostre compagne similmente, poi che noi tutti venuti qui siamo per questo fare. Per che tramettetevi ciascuna, sì come più a voi piace, ché queste non sono più nostre dispute che elle esser possano vostri ragionamenti. —Dunque —disse madonna Berenice— farò io sicuramente alle mie compagne la via—. E, così detto, a Perottino rivoltasi seguitò: —E certo se tu avessi detto solamente, Perottino, che amare senza amaro non si possa, i' mi sarei taciuta, né ardirei dinanzi a Gismondo di parlare; ma lo aggiugnervi che per altro rispetto amaro alcuno non si senta che per amore, soverchio m'è paruto e sconvenevole. Perciò che così potevi dire, che ogni dolore da altro che d'amore cagionato non sia; o io bene le tue parole non appresi.

CAPITOLO I.15

Lodavano le donne e gli altri giovani la canzone da Perottino recitata, e esso interrompendogli, soverchio delle sue lode schifevole, volea seguitando alle prime proposte ritornare, se non che madonna Berenice, ripigliando il parlare: —Almeno —disse— sii di tanto contento, Perottino, poi che l'essere lodato contra l'uso di tutti gli altri uomini tu pure a noia ti rechi, che, dove acconciamente ti venga così ragionando alcun de' tuoi versi ricordato, non ti sia grave lo sporloci; perciò che e noi tutte e tre, che del tuo onore vaghissime siamo, e i tuoi compagni medesimamente, i quali son certa che come fratello t'amino,

quantunque essi altre volte possano le tue rime avere udite, sollazzerai con tua pochissima fatica grandemente.

CAPITOLO I.19

Ma perciò che io buona via mi sono teco venuto ragionando, tempo è da ritornare a Gismondo, il quale io lasciai, dalla tua voce richiamato, già su ne' primi passi del mio camino, avendom'egli dimandato come ciò vero fosse, che io dissi, che amare senza amaro non si puote. Il che quantunque possa senza dubbio assai esser chiaro conosciuto per le precedenti ragioni da chi per avventura non volesse a suo danno farsi sofisticico contra 'l vero, pure sì perché a voi, donne, maggiore utilità ne segua, le quali, perciò che femine siete e per questo meno nel vivere dalla fortuna essercitate che noi non siamo, più di consiglio avete mestiero, e sì perché a me già nel dolermi aviato giova il favellare bene in lungo de' miei mali, sì come a' miseri suole avvenire, più oltre ancora ne parlerò; e così forse ad una ora a voi m'ubrigherò ragionando e disubrigherò consigliando e per le cose, che possono a chi non l'entendesse di molta infelicità esser cagione, discorrendo e avisando.

CAPITOLO I.21

Lasciando adunque da parte con Gismondo i silogismi, o donne, al quale più essi hanno rispetto, sì come a.llor guerriere, che a voi che ascoltatrici siete delle nostre quistioni, con voi me ne verrò più apertamente ragionando quest'altra via. E perciò che, per le passioni dell'animo discorrendo, meglio ci verrà la costui amarezza conosciuta, sì come quella che egli si trae dall'aloè loro, poi che in esse col ragionare alquanto già intrati siamo e a voi piace che il favellare oggi sia mio, il quale poco innanzi a Gismondo donato avevate, seguitando di loro vi parlerò, più lunga tela tessendovi de' lor fili.

CAPITOLO I.22

[...] Quinci le ire nascono, le quistioni, le offese, e troppo più avanti ne segue di male, che nel cominciamento non pare altrui

esser possibile ad avvenire. E affine che io ogni cosa minuta raccontando non vada, quante volte sono da alcuno state per questa cagione le morti d'infiniti uomini disiderate? E per avventura alcuna volta de' suoi più cari? Quante donne già dall'appetito trasportate hanno la morte de' loro mariti procacciata? Veramente, o donne, se a me paresse poter dire maggior cosa che questa non è, io più oltre ne parlerei. Ma che si può dir più? Il letto santissimo della moglie e del marito, testimonio della più secreta parte della lor vita, consapevole de' loro dolcissimi abbracciamenti, per nuovo disio d'amore essere del sangue innocente dell'uno, col ferro dell'altro, tinto e bagnato.

CAPITOLO I.25

Voi vedete, o donne, a che porto la seconda fortuna ci conduce. Ma io, quantunque la morte mi fosse più cara, pure vivo, chente che la mia vita si sia. Molti sono stati, che non sono potuti vivere: così viene a gli uomini grave dopo la molta allegrezza il dolore. Ruppe ad Artemisia la fortuna con la morte del marito la felicità de' suoi amori, per la qual cosa ella visse in pianto tutto il rimanente della sua vita, e alla fine piangendo si morì: il che avvenuto non le sarebbe, se ella si fosse mezzanamente ne' suoi piaceri rallegrata. Abandonata dal vago Enea la dolorosa Elisa se medesima miseramente abbandonò uccidendosi, alla qual morte non traboccava, se ella meno seconda fortuna avuta avesse ne' suoi amorosi disii. Né parve alla misera Niobe per altro sì grave l'orbezza de' suoi figliuoli, se non perciò che ella a somma felicità l'avergli s'avea recato.

CAPITOLO I.30

[...] E quello che io dico de' gli uomini, suole medesimamente di voi, donne, avvenire, e forse, ma non l'abbiate voi, giovani, a male, delle quali io non ragiono, come che io mi parli con voi, forse, dico, molto più. Perciò che da natura più inchinevoli solete essere e più arrendevoli a gli assalti d'Amore che noi non siamo, e voi le vostre fiamme più chiaramente ardono che noi le nostre non soglion fare; quantunque poi molti

particolari accidenti, che a ciascuna soprastanno, vie più, che noi non siamo, sopravvedute vi facciano e riguardose.

LIBRO SECONDO

CAPITOLO II.1

A me pare, quando io vi penso, nuovo, onde ciò sia che, avendo la natura noi uomini di spirito e di membra formati, queste mortali e deboli, quello durevole e sempiterno, di piacere al corpo ci faticiamo quanto per noi si può generalmente ciascuno, all'animo non così molti risguardano e, per dir meglio, pochissimi hanno cura o pensiero. Perciò che niuno è così vile, che la sua persona d'alcun vestimento non ricuopra, e molti sono coloro che, nelle lucide porpore e nelle delicate sete e nell'oro stesso cotanto pregiato fasciandola e delle più rare gemme illustrandola, così la portano, per più di grazia e più d'ornamento le dare; dove si veggono senza fine tutto il giorno di quegli uomini, i quali la lor mente non solo delle vere e sode virtù non hanno vestita, ma pure d'alcun velo o filo di buon costume ricoperta né adombrata si tengono. Oltre a ciò si avviene egli ancora che, per vaghezza di questo peso e fascio terreno, il quale pochi anni disciogliono e fanno in polve tornare, dove a sostenimento di lui le cose agevoli e in ogni luogo proposteci dalla natura ci bastavano, noi pure i campi, le selve, i fiumi, il mare medesimo sollecitando, con molto studio i cibi più preziosi cerchiamo, e per acconcio e agio di lui, potendo ad esso una capannuccia dalle nevi e dal sole difendendolo sodisfare, i più lontani marmi da diverse parti del mondo raunando, in più contrade palagi ampissimi gli fondiamo; e la celeste parte di noi molte volte, di che ella si pasca o dove abiti non curiamo, ponendole pure innanzi più tosto le foglie amare del vizio che i frutti dolcissimi della virtù, nello oscuro e basso uso di quello più spesso rinchiusa tenendola, che nelle chiare e alte operazioni di questa invitandola a soggiornare. Senza che, qualora avviene che noi alcuna parte del corpo indebolita e inferma sentiamo, con mille argomenti la smarrita sanità in lui procuriamo di rivocare; a gli animi nostri non sani poco curiamo di dare ricovero e medicina alcuna. Sarebbe egli ciò forse per questo che, perciò che il corpo più appare che l'animo non fa, più altresì crediamo che egli abbia di questi provvedimenti mestiero? Il che tuttavia è poco sanamente considerato. Perciò che non che il

corpo nel vero più che l'animo de gli uomini non appaia, ma egli è di gran lunga in questo da lui evidentemente superato. Con ciò sia cosa che l'animo tante faccie ha, quante le sue operazioni sono, dove del corpo altro che una forma non si mostra giamai. E questa in molti anni molti uomini appena non vedono, dove quelle possono in breve tempo essere da tutto 'l mondo conosciute. E questo stesso corpo altro che pochi giorni non dura, là dove l'animo sempiterno sempiternamente rimane, e può seco lunghi secoli ritener quello di che noi, mentre egli nel corpo dimora, l'avezziamo. Alle quali cose e ad infinite altre, che a queste aggiugner si potrebbero, se gli uomini avessero quella considerazione che loro s'apparterrebbe d'avere, vie più bello sarebbe oggi il viver nel mondo e più dolce che egli non è, e noi, con bastevole cura del corpo avere, molto più l'animo e le menti nostre ornando e meglio pascendole e più onorata dimora dando loro, saremmo di loro più degni che noi non siamo, e molta cura porremmo nel conservarle sane e, se pure alcuna volta infermassero, con maggiore studio ci faticheremmo di riparare a' lor morbi che noi non facciamo. Tra' quali quanto sembri grave quello che Amore addosso ci reca, assai si può dalle parole di Perottino nel precedente libro aver conosciuto. Quantunque Gismondo, forte da lui discordando, molto da questa opinione lontano sia. Perciò che venute il dì seguente le belle donne, sì come ordinato aveano, appresso 'l mangiare co' loro giovani nel giardino, e nel vago praticello accoste la chiara fonte e sotto gli ombrosi allori sedutesi, dopo alquanti festevoli motti sopra i sermoni di Perottino da' due compagni e dalle donne sollazevolmente gittati, aspettando già ciascuno che Gismondo parlasse, egli così incominciò a dire:

CAPITOLO II.2

Assai vezzosamente fece hieri, sagge e belle donne, Perottino; il quale nella fine della sua lunga querimonia ci lasciò piangendo, acciò che quello, che aver non gli pareva con le parole potuto guadagnare, le lagrime gli acquistassero, ciò è la vostra fede alle cose che egli intendea di mostrarvi. Le quai lagrime tuttavia, quello che in voi operassero, io non cerco: me veramente mossero elle a tanta pietà de' suoi mali, che io, come

poteste vedere, non ritenni le mie. E questa pietà in me non pure hieri solamente ebbe luogo; anzi ogni volta che io alle sue molte sciagure considero, duolmene più che mezzanamente, e sonomi sempre gravi le sue fatiche, sì come di carissimo amico che egli m'è, forse non guari meno che elle si sieno a lui. Ma queste medesime lagrime, che in me esser possono meritevolmente lodate, come quelle che vengono da tenero e fratellevole animo, veda bene Perottino che in lui non sieno per avventura vergognose. Perciò che ad uomo nelle lettere infin da fanciullo assai profittevolmente essercitato, sì come egli è, più si conviene calpestando valorosamente la nimica fortuna ridersi e beffarsi de' suoi giuochi, che, lasciandosi sottoporre a.lli, per viltà piagnere e ramaricarsi a guisa di fanciullo ben battuto. E se pure egli ancora non ha da gli antichi maestri tanto di sano avedimento appreso, o seco d'animo dalle culle recato, che egli incontro a' colpi d'una femina si possa o si sappia schermire, ché femina pare che sia la fortuna se noi alla sua voce medesima crediamo, assai avrebbe fatto men male e cosa ad uom libero più convenevole Perottino, se, confessando la sua debolezza, egli di se stesso doluto si fosse, che non è stato, dolendosi d'uno strano, avere in altrui la propria colpa recata. Ma che? Egli pure così ha voluto e, per meglio colorire la sua menzogna e il suo difetto, lamentandosi d'Amore, accusandolo, dannandolo, rimproverandolo, ogni fallo, ogni colpa volgendo in lui, s'è sforzato di farlovi in poco d'ora di liberalissimo donatore di riposo, di dolcissimo apportator di gioia, di santissimo conservatore delle genti, che egli sempre è stato, rapacissimo rubator di quiete, acerbissimo recator d'affanno, sceleratissimo micidiale de gli uomini divenire; e come se egli la sentina del mondo fosse, in lui ha ogni bruttura della nostra vita versata, con sì alte voci e così diverse sgridandolo, che a me giova di credere oggimai che egli, più aveduto di quello che noi stimiamo, non tanto per nasconderci le sue colpe, quanto per dimostrarci la sua eloquenza, abbia tra noi di questa materia in così fatta guisa parlato. Perciò che dura cosa pare a me che sia il pensare che egli ad alcun di noi, che pure il pesco dalla mela conosciamo, abbia voluto fare a credere che Amore, senza il quale niun bene può ne gli uomini aver luogo, sia a noi d'ogni nostro male cagione. E certamente, riguardevoli donne, egli ha

in uno canale derivate cotante bugie, e quelle così bene col corso d'apparente verità inviate dove gli bisognava, che senza dubbio assai acqua m'arebbe egli addosso fatta venire, sì come le sue prime minaccie sonarono, se io ora dinanzi a così intendenti ascoltatrici non parlassi, come voi sete, le quali ad ogni riviluppattissima quistione sciogliere, non che alle sciolte giudicare, come questa di qui a poco sarà, sete bastanti. La qual cosa, acciò che senza più oltre tenervi incominci ad aver luogo, io a gli effetti me ne verrò, solo che voi alcuna attenzion mi prestiate. Né vi sia grave, o donne, il prestarlami, ché più a me si conviene ella oggi che a Perottino hieri non fece. Perciò che oltre che lo snodare gli altrui groppi più malagevole cosa è che l'annodargli non è stato, io, la verità dinanzi a gli occhi ponendovi, conoscere vi farò quello che è sommamente dicevole alla vostra giovane etade e senza il che tutto il nostro vivere morte più tosto chiamar si può che vita; dove egli, la menzogna in bocca recando, vi dimostrò cosa, la quale posto che fosse vera, non che a gli anni vostri non convenevole, ma ella sarebbe vie più a' morti che ad alcuna qualità di vivi conforme.

CAPITOLO II.3

Avea così detto Gismondo e tacevasi, quando Lisa verso madonna Berenice baldanzosamente riguardando: —Madonna, —disse— egli si vuole che noi Gismondo attentamente ascoltiamo, poscia che di tanto giovamento ci hanno a dovere essere i suoi sermoni; la qual cosa se egli così pienamente ci atterrà, come pare che animosamente ci prometta, certa sono che Perottino abbia oggi non men fiero difenditore ad avere, che egli hieri gagliardo assalitore si fosse. —Rispose madonna Berenice a queste parole di Lisa non so che, e rispostole, tutta lieta e aspettante d'udire si taceva; là onde Gismondo così prese a dire: —Una cosa sola, leggiadre donne, e molto semplice oggi ho io a dimostrarvi, e non solamente da me e dalla maggior parte delle nostre fanciulle, che a questi ragionamenti argomento hanno dato, ma da quanti ci vivono, che io mi creda, almeno in qualche parte, solo che da Perottino, conosciuta, se egli pure così conosce come ci ragiona; e questa è la bontà d'Amore, nella

quale tanto di rio pose hieri Perottino, quanto allora voi vedeste e, sì come ora vederete, a gran torto.

[...] E se le tue fiere alcun de' loro poppanti figliuoli perdendo si dogliono, il caso tristo che le punge, non l'amore che la natura insegna loro, le fa dolere. D'intorno alle quali tutte cose, oggimai che ne posso io altro dire, che di soverchio non sia, se non che mentre tu con queste nuvole ti vai ombreggiando la tua bugia, niuna soda forma ci hai ritratta del vero? Se per avventura più forte argomento non volessimo già dire che fosse dell'amaritudine d'Amore quello dove tu di' che Amore da questa voce Amaro assai acconciamente fu così da prima detto, affine che egli bene nella sua medesima fronte dimostrasse ciò che egli era. Il che io già non sapea, e credea che non le somiglianze de' sermoni, ma le sustanze delle operagioni fossero da dovere essere ponderate e riguardate. Che se pure le somiglianze sono delle sustanze argomento, di voi, donne, sicuramente m'incresce, le quali non dubito che Perottino non dica che di danno siate alla vita de gli uomini, con ciò sia cosa che così sono inverso di sé queste due voci, Donne e D conformi, come sono quest'altre due, Amore e Amaro, somiglianti.

CAPITOLO II.4

Aveano a piacevole sorriso mosse le ascoltanti donne queste ultime parole di Gismondo, e madonna Berenice tuttavia sorridendo, all'altre due rivoltasi così disse: —Male abbiam procacciato, compagne mie care, poi che sopra di noi cadono le costoro quistioni. A cui Sabinetta, della quale la giovanetta età e la vaga bellezza facevano le parole più saporose e più care, tutta lieta e piacevole rispose: —Madonna, non vi date noia di ciò: elle non ci toccano pure. Perciò che dimmi tu, Gismondo, qua' donne volete voi che sien di danno alla vostra vita: le giovani o le vecchie? Certo delle giovani secondo il tuo argomentare non potrai dire, se non che elle vi giovino; con ciò sia cosa che Giovani e Giovano quella medesima somiglianza hanno in verso di sé che tu delle Donne e del Danno dicesti. Il che se tu mi doni, a noi basta egli cotesto assai: le vecchie poi sien tue. — Sieno pure di Perottino, —rispose tutto ridente Gismondo— la

cui tiepidezza e le piagnevoli querele, poi che le somiglianze hanno a valere, assai sono alla fredda e ramarichevole vecchiezza conformi. A me rimangano le giovani, co' cuori delle quali, lieti e festevoli e di calde speranze pieni, s'avenne sempre il mio, e ora s'avieni più che giamai, e certo sono che elle mi giovino, sì come tu di'. E di giuoco in giuoco per avventura garreggiando più oltre andata sarebbe la vaga compagnia, nella quale solo Perottino si tacea, se non che Gismondo in questa maniera parlando alla loro piacevolezza pose modo:

CAPITOLO II.5

— Assai ci hanno, mottegiose giovani, dal diritto cammino de' nostri ragionamenti traviati le somiglianze di Perottino, le quali, perciò che a noi di più giovamento non sono che elle state sieno utili a lui, oggimai a dietro lasciando, più avanti ancora de' suoi ramarichi passiamo. E perché avete assai chiaro veduto quanto falsa l'una delle sue proposte sia, dove egli dice che ogni amaro altro che d'Amore non viene, veggasi ora quanto quell'altra sia vera, dove egli afferma che amare senza amaro non si puote.

CAPITOLO II.10

Tacquesi, dette queste parole, Gismondo, e raccogliendo prestamente nella memoria quello che dire appresso questo dovea, prima che egli riparlasse, egli incominciò a sorridere seco stesso; il che vedendo le donne, che tuttavia attendevano che egli dicesse, divennero ancora d'udirlo più vaghe. E madonna Berenice, alleggiato di sé un giovane alloro, il quale nello stremo della sua selvetta più vicino alla mormorevole fonte, quasi più ardito che gli altri, in due tronchi schietti cresciuto, al bel fianco di lei doppia colonna faceva, e sopra se medesima recatasi, disse: —Bene va, Gismondo, poi che tu sorridi, là dove io più pensava che ti convenisse di star sospeso. Perciò che, se io non m'inganno, sì sei tu ora a quella parte de' sermoni di Perottino pervenuto, dove egli, argomentando dell'animo, ci conchiuse che amare altrui senza passione continua non si puote. Il qual nodo, come che egli si stia, io per me volentier vorrei, e perdonimi Perottino, che tu sciogliere così

potessi di leggiero, come fu all'antica Penelope agevole lo stessere la poco innanzi tessuta tela. Ma io temo che tu il possa; così mi parvero a forte subbio quegli argomenti avolti e accomandati.

CAPITOLO II.11

Ma che diresti tu ancora se io, tutte queste ragioni donandoti amichevolmente, e buono facendoti quello stesso che tu argomenti, che amare altrui non si possa senza dolore, ti dicessi che questo amar le donne, che noi uomini facciamo, e che le donne fanno noi, non è amare altrui, ma è una parte di sé amare e, per dir meglio, l'altra metà di se stesso? Perciò che non hai tu letto che primieramente gli uomini due faccie aveano e quattro mani e quattro piedi e l'altre membra di due de' nostri corpi similmente? I quali poi, partiti per lo mezzo da Giove, a cui voleano tôrre la signoria, furono fatti cotali, chenti ora sono. Ma perciò che eglino volentieri alla loro intrezza di prima sarebbero voluti ritornare, come quelli che in due cotanti poteano in quella guisa e di più per lo doppio si valevano che da poi non si sono valuti, secondo che essi si levavano in piè, così ciascuno alla sua metà s'appigliava. Il che poi tutti gli altri uomini hanno sempre fatto di tempo in tempo, e è quello che noi oggi Amore e amarci chiamiamo. Per che se alcuno ama la sua donna, egli cerca la sua metà, e il somigliante fanno le donne, se elle amano i loro signori. Se io così ti favellassi, che mi risponderesti tu, o Perottino? Per avventura quello stesso che io pure ora d'intorno a' tuoi miracoli ragionando ti rispondea, ciò è che questi son giuochi de' gli uomini, dipinture e favole e loro semplici ritrovamenti più tosto e pensamenti che altro. Non sono queste dipinture de' gli uomini, né semplici ritrovamenti, Perottino. La natura stessa parla e ragiona questo cotanto che io t'ho detto, non alcuno uomo. Noi non siamo interi né il tutto di noi medesimi è con noi, se soli maschi o sole femine ci siamo. Perciò che non è quello il tutto, che senza altrettanto star non può, ma è il mezzo solamente e nulla più, sì come voi, donne, senza noi uomini e noi senza voi non possiamo. La qual cosa quanto sia vera già di quinci veder si può, che il nostro essere o da voi o da noi solamente e separatamente non può aver luogo.

Oltre che eziandio quando bene separatamente ci nascessimo, certo, nati, non potremmo noi vivere separatamente. Perciò che se ben si considera, questa vita, che noi viviamo, di fatiche innumerabili è piena, alle quali tutte portare né l'un sesso né l'altro assai sarebbe per sé bastante, ma sotto esso mancherebbe; non altramente che facciano là oltre l'Alessandria tale volta i cameli, di lontani paesi le nostre mercatanzie portanti per le stanchevoli arene, quando avviene per alcun caso che sopra lo scrigno dell'uno le some di due pongono i loro padroni, che, non potendo essi durare, cadono e rimangono a mezzo camino. Perciò che come potrebbero gli uomini arare, edificare, navigare, se ad essi convenisse ancora quegli altri essercitii fare che voi fate? O come potremmo noi dare ad un tempo le leggi a' popoli e le poppe a' figliuoli e tra i loro vagimenti le quistioni delle genti ascoltare? o dentro a' termini delle nostre case, nelle piume e ne gli agi riposando, menare a tempo le gravose pregnenze e a cielo scoperto incontro a gli assalitori, per difesa di noi e delle nostre cose, col ferro in mano e di ferro cinti discorrendo guerreggiare? Che se noi uomini non possiamo e i vostri uffici e i nostri abbracciare, molto meno si dee dir di voi, che di minori forze sete generalmente che noi non siamo. Questo vide la natura, o donne, questo ella da principio conoscea e, potendoci più agevolmente d'una maniera sola formare come gli alberi, quasi una noce partendo ci divise in due, e quivi nell'una metà il nostro e nell'altra il vostro sesso fingendone, ci mandò nel mondo in quella guisa, abili all'une fatiche e all'altre, a voi quella parte assegnando, che più è alle vostre deboli spalle confacevole, e a noi quell'altra sopraponendo, che dalle nostre più forti meglio può essere che dalle vostre portata; tuttavia con sì fatta legge accomandandoleci e la dura necessità in maniera mescolando per amendue loro, che e a voi della nostra e a noi della vostra tornando huopo, l'uno non può fare senza l'altro; quasi due compagni che vadano a caccia, de' quali l'uno il paniero e l'altro il nappo rechi, che quantunque essi caminando due cose portino, l'una dall'altra separate, non perciò poi, quando tempo è da ricoverarsi, fanno essi ancora così, pure con la sua separatamente ciascuno, anzi sotto ad alcuna ombra riposatisi, amendue si pascono vicendevolmente e di quello del compagno

e del suo. Così gli uomini e le donne, destinati a due diverse bisogne portare, entrano in questa faticosa caccia del vivere, e per loro natura tali, che a ciascun sesso di ciascuna delle bisogne fa mestiero, e sì poco poderosi che, oltre alla sua metà del carico, nessun solo può essere bastante; sì come le antiche donne di Lenno e le guerreggevoli Amazone con loro grave danno sentirono, che ne fêr pruova, le quali mentre vollero e donne essere e uomini ad un tempo, per quanto le loro balie si stenderono, e l'altrui sesso affine recarono e il loro.

CAPITOLO II.12

Per che se a stato alcuno venire né in istato mantenersi, né gli uomini né le donne non possono gli uni senza gli altri, né ha in sé ciascun sesso più che la metà di quello che bisogno fa loro o al poter vivere o al poter venire alla vita, poi che non è il tutto quello, sì come io dissi, che senza altrettanto star non può, ma è il mezzo solamente, non so io vedere, o donne, come noi più che mezzi ci siamo e voi altresì, e come voi la nostra metà, sì come noi la vostra, non vi siate, e infine come la femina e il maschio sieno altro che uno intero. E certo non pare egli a voi, così semplicemente risguardando e estimando, che i vostri mariti l'una parte di voi medesime portino sempre con esso loro? Deh non vi pare egli tuttavia che da' vostri cuori si diparta non so che e finisca ne gli loro, che sempre, dovunque essi vadano, quasi catena gli vi congiunga con inseparabile compagnia? Così è senza fallo alcuno: essi sono la vostra metà e voi la loro, sì come io quella della mia donna e essa la mia. La quale se io amo, che amo per certo e sempre amerò, ma se io amo lei e se ella me ama, non è tuttavia che alcun di noi ami altrui, ma se stesso; e così avviene de gli altri amanti, e sempre avverrà. Ora per non far più lunga questa tenzone, se gli amanti amando tra loro amano se stessi, essi deono poter fruire quello che essi amano senza dubbio alcuno, se quello è vero che tu argomentavi, che fruire non si possa solamente dell'altrui. E se essi possono fruir quello che essi amano, poi che il non poter fruire è solo quello che c'impassiona, non veggo io che ne segua quella conchiusione che tu ne traevi, che Amore tenga l'animo de gli uomini sollecito e, come ci dicesti, perturbato. Cotale è il nodo, madonna

Berenice, che voi poco avanti come io sciogliere potessi dubitavate; cotale è la tela di Perottino a quel forte subbio, che voi diceste, accomandata; la qual nel vero a me pare che più tosto una di quelle d'Aragne, che a quella di Penelope stata conforme dire si possa che sia. Ma non per tutto ciò si pente, o donne, né si ritiene in parte alcuna, raffrenando la trascorrevole follia de' suoi ragionamenti, Perottino; anzi pure per questo medesimo campo dell'animo più alla scapestrata, quasi morbido giumento fuggendosi, con la lena delle parole vie più lunghi e più stolti discorrimenti ne fa, il suo male medesimo diletlandolo. Ma sì come suole alcuna volta del viandante avvenire, il quale alla scielta di due strade pervenuto, mentre e' si crede la sua pigliare, per quella che ad altre contrade il porta mettendosi, quanto egli più al destinato luogo s'affretta d'appressarsi, tanto più da esso caminando s'allontana, così Perottino a dir d'Amore per le passioni dell'animo già entrato, mentre egli si studia forse avisando di giugnere al vero, quanto più s'affanna di ragionarne, tanto egli più, per lo non diritto sentiero avacciandosi, si diparte e si discosta da lui. La qual cosa, quantunque con semplici parole così essere vi potesse da ciascuno assai apertamente venir dimostrata, nondimeno sì perché alle segnate historie di Perottino non pare disdicevole che io un poco più partitamente ne ragioni, e sì ancora perché il così fattamente favellarne alla materia è richiesto, dove con vostro piacer sia, alquanto più ordinatamente parlando, chente sia il suo errore m'accosterò di farvi chiaro.

CAPITOLO II.14

Di poco avea così detto Gismondo, quando Lavinello, il quale lungamente s'era taciuto, con queste parole gli si fe' incontro: —Cattivi testimoni aresti trovati, Gismondo, se questi allori parlassero, a quello che tu intendi di provarci. Perciò che se essi ritratto fanno al primo loro pedale, sì come è natura delle piante, essi non amarono giamai. Perciò che non amò altresì quella donna che primieramente diè al tronco forma, del quale questi tutti sono rampolli, se quello vero è che se ne scrive. — Male stimi, Lavinello, e male congiugni le cose da natura separate —rispose incontanente Gismondo—. Perciò che questi

allori bene fanno ritratto al primo loro pedale, sì come tu di', ma non alla donna, la quale se stessa lasciò, quando ella primieramente la buccia di lui prese. Questi, come ancho quello fece, amano e sono amati altresì, essi la terra e la terra loro, e di tale amor pregni partoriscono al lor tempo ora talli, ora orbache, ora frondi, secondo che esso, da cui tutti nacquero, partoriva, né mai ha fine il loro amore, se non insieme con la lor vita. Il che volesse Idio che fosse ne gli uomini, che Perottino non arebbe forse ora cagion di piagnere così amaramente, come egli

fa vie più spesso che io non vorrei. Ma la donna non amò già essendo amata, sì come tu ragioni; la qual cosa perciò che fu contro natura, forse meritò ella di divenir tronco, come si scrive. E certo che altro è, lasciando le membra humane, albero e legno farsi, che, gli affetti naturali abandonando molli e dolcissimi, prendere i non naturali, che sono così asperi e così duri? che se questi allori parlassero e le nostre parole avessero intese, a me giova di credere che noi ora udiremmo che essi non vorrebbero tornare uomini, poi che noi contro la natura medesima operiamo, la qual cosa non avviene in loro; non che essi buoni testimoni non fossero, Lavinello, a quello che io ti ragiono.

CAPITOLO II.15

È adunque, né bisogna che io ne quistioni, o donne, naturale affetto de' gli animi nostri Amore, e per questo di necessità e buono e ragionevole e temperato. Onde quante volte avviene che l'affetto de' nostri animi non è temperato, tante volte non solamente ragionevole né buono è più, ma egli di necessità ancora non è Amore. Udite voi ciò che io dico? Vedete voi a che parte la pura e semplice verità m'ha portato? Che dunque è, potrestemi voi dire, se egli non è Amore? ha egli nome alcuno? Sì bene che egli n'ha, e molti, e per avventura quelli stessi che Perottino quasi nel principio de' suoi sermoni gli diè, pure di questo medesimo ragionando quello, che egli d'Amor si credea favellare: fuoco, furore, miseria, infelicità e, oltre a questi, se io porre ne gli posso uno, egli si può più acconciamente che altro chiamare ogni male, perciò che in Amore, sì come poco appresso vi fie manifesto, ogni bene si rinchiude. Che vi posso io dire più avanti? Né v'ingannino queste semplici voci, o

donne, che senza fatica escono di bocca altrui, d'amore, d'amante, d'innamorato, che voi crediate che incontanente Amor sia tutto quello che è detto Amore, e tutti sieno amanti quelli che per amanti sono tenuti e per innamorati. Questi nomi piglia ciascuno per lo più co' primi disii, i quali esser possono non meno temperati che altramente e, così presi, comunque poi vada l'opera, esso pure se gli ritiene, aiutato dalla sciocca e bamba oppenione de gli uomini che, senza discrezion fare alcuna con diverse appellazioni alle diverse operacion loro, così chiamano amanti quelli che male hanno disposti gli affetti dell'animo loro nelle desiderate cose e cercate, come quelli che gli han bene. Ahi come agevolmente s'ingannano le anime cattivelle de gli uomini, e quanto è leggiera e folle la falsa e misera credenza de' mortali. Perottino, tu non ami; non è amore, Perottino, il tuo; ombra sei d'amante, più tosto che amante, Perottino. Perciò che se tu amassi, temperato sarebbe il tuo amore, e essendo egli temperato, né di cosa che avvenuta ne sia ti dorresti, né quello che per te avere non si può desidereresti tu o cercheresti giamai. Perciò che, oltre che soverchio e vano è sempre il dolore per sé, stoltissima cosa è e fuori d'ogni misura stemperata, quello che avere non si possa, pur come se egli aver si potesse, andare tuttavia desiderando e cercando. La qual follia volendo significarci i poeti, fecero i Giganti che s'argomentassero di pigliare il cielo, guerreggianti con gl'Idii, a cui essi non erano bastanti. Che se la fortuna t'ha della tua cara donna spogliato, dove tu amante di lei voglia essere, poscia che altro fare non se ne può, non la desiderare, e quello che perduto vedi essere, tieni altresì per perduto. Amala semplice e puramente, sì come amare si possono molte cose, come che d'averle niuna speranza ne sia. Ama le sue bellezze, delle quali tanto ti maravigliasti già e lodastile volentieri; e dove il vederle con gli occhi ti sia tolto, contentati di rimirarle col pensiero, il che niuno ti può vietare. E in fine ama di lei quello che oggi poco s'ama nel mondo, mercé del vizio che ogni buon costume ha discacciato, l'onestà dico, sommo e spezialissimo tesoro di ciascuna savia, la qual sempre ci dee esser cara, e tanto più ancora maggiormente, quanto più care ci sono le donne amate da noi; sì come io m'ingegnai di fare già, che ella fosse a me cara nella persona della mia donna, non men di quello che la sua bellezza m'era graziosa,

quantunque ne' primi miei d sii, sì come veggiamo tutto di a' cavalli non usati essere la sella e il freno, ella dura e gravetta mi fosse alquanto nell'animo a sopportare.

CAPITOLO II.18

[...] Allora Lisa, prima che egli andasse più avanti, tutta piena di dolce vezzo, più per tentarlo che per altro: —A mal tempo —disse— lasci tu, Gismondo, i tuoi ragionamenti primieri, dopo il caso, che ci ha ora tutti tenuti sospesi, lasciandonegli. Perciò che se dolore è questo che noi sentiamo, d'avere in piè alla sua nimica la nostra misera bestiuola veduta, e amore quell'altro, che della sua vaghezza n'avea presi, assai pare che ne segua chiaro che insieme e amare e dolere ci possiamo; e potrassi qui contra te dir quello che si dice tutto di, che di gran lunga il più delle volte sono dal fatto le parole lontane—. Quivi Gismondo verso le donne sorridendo disse: —Vedete argomento di costei. Ma non sei però tu per levarmi la verità di mano, Lisa, così agevolmente come la nostra semplice colomba l'aquila di testé fece, ché io ne la difenderò. Tuttavolta tu mi ritorni in quelle siepi, delle quali n'eravamo usciti pur dianzi, quando io ti conchiusi che del perdere delle cose che noi amiamo, non è Amore, che di loro vaghi ci fa, ma la fortuna, che ce ne spoglia, cagione. Per che e amare e dolere, come tu di', bene ci possiamo, ma dolerci per cagion d'Amore non possiamo. Oltra che l'amore, che tra le passioni dell'animo si mescola, non è amore, come che egli sia detto amore e per amore tenuto dalle più genti. Per che non sono io per disposto di più oltra distendermi da capo nelle già dette ragioni d'intorno a questo fatto o in simili, di quello che allora mi stesi, come che io molte ve n'avessi dell'altre. Elle assai essere ti possono bastanti, dove tu per avventura in su l'ostinarti non ti mettesti; il che suole essere alle volte difetto nelle belle donne, non altramente che soglia essere ne' be' cavalli il restio. —Se solamente ne' be' cavalli —rispose Lisa tutta nel viso divenuta vermiglia— cadesse, Gismondo, il restio, io che bella non sono —e era tuttavia bella come un bel fiore— mi crederei dover potere ora parlare a mio senno, senza che tu per ostinata m'avessi. Ma perciò che ancora ne' mal fatti cotesto vizio, e più spesso per

avventura che ne gli altri, suole capere, sicuramente tu hai trovata la via da farmi oggi star cheta; ma io te ne pagherò ancora.

CAPITOLO II.21

Quivi, prima che altro si dicesse, trapostasi madonna Berenice e con la sua sinistra mano la destra di Lisa, che presso le sedea, sirochievolmente prendendo e strignendo, come se aiutar di non so che ne la volesse, a Gismondo si rivolse baldanzosa e sì gli disse: —Poscia che tu, Gismondo, così bene dianzi ci sapesti mordere, che Lisa oggimai più teco avere a fare non vuole, e per avventura che tu a questo fine il facesti, acciò che meno di noia ti fosse data da noi, e io pigliar la voglio per la mia compagna, come che tuttavia poco maestra battagliera mi sia. Ma così ti dico che, se Amore è cagione di tutte le cose, come tu ci di', e che per questo ne segua che egli sia di tutti i beni, che per tutte le cose si fanno, cagione, perché non ci di' tu ancora che egli cagion sia medesimamente di tutti i mali che si fanno per loro? la qual cosa di necessità conviene essere, se il tuo argomentare dee aver luogo. Che se il dire delle orazioni, che io fo, dee essere scritto ad Amore, perciò che per Amore io son nata, il male medesimamente, che io dico, dee essere a lui portato, perciò che se io non fossi nata, non ne 'l direi. E così de gli altri uomini e dell'altre cose tutte ti posso conchiudere ugualmente. Ora se Amore non è meno origine di tutti i mali, che egli sia di tutti i beni fondamento, per questa ragione non so io vedere che egli così nocevolissimo come giovevolissimo non sia. —Sì sapete sì, Madonna, che io mi creda —rispose incontanente Gismondo— Perciò che non vi sento di così labole memoria, che egli vi debba già essere di mente uscito quello che io pure ora vi ragionai. Ma voi ne volete la vostra compagna vendicare di cosa in che io offesa non l'ho, in quelle dispute medesime, delle quali n'eravamo usciti, altresì come ella ritornandomi.

CAPITOLO II.22

Il che avendo detto Gismondo, con un breve silenzio fatta più attenta l'ascoltante compagna, così incominciò: —Non sono

come quelle de gli altri uomini le viste de gli amanti, o donne, né sogliono gl'innamorati giovani con sì poco frutto mirare ne gli obbietti delle loro luci, come quelli fanno, che non sono innamorati. Perciò che sparge Amore col movimento delle sue ali una dolcezza ne gli occhi de' suoi seguaci, la quale, d'ogni abbagliaggine pu gandogli, fa che essi, stati semplici per lo adietro nel guardare, mutano subito modo e, mirabilmente artificiosi divenendo al loro ufficio, le cose che dolci sono a vedere essi veggono con grandissimo diletto, là dove delle dolcissime gli altri uomini poco piacere sentono per vederle e il più delle volte non niuno. E come che dolci sieno molte cose, le quali tutto di miriamo, pure dolcissime sopra tutte le altre, che veder si possano per occhio alcuno giamai, sono le belle donne, come voi siete. Non per tanto elle dolcezza non porgono se non a gli occhi de gli amanti loro, sì come que' soli a' quali Amore dona virtù di passar con la lor vista ne' suoi tesori. E se pure alcuna ne porgono, che tuttavolta non è uom quegli a cui già in qualche parte la vostra vaga bellezza non piaccia, a rispetto di quella de gli amanti ella è come un fiore a comperazione di tutta la primavera. Perciò che avviene spesse volte che alcuna bella donna passa dinanzi a gli occhi di molti uomini, e da tutti generalmente volentieri è veduta: tra' quali, se uno o due ve n'ha che con diletto più vivo la riguardino, cento poi son quelli per avventura che ad essa non mandano la seconda o la terza guatatura. Ma se tra que' cento l'amante di lei si sta e vedela, che a questa opera non suole però essere il sezzaio, ad esso pare che mille giardini di rose se gli aprano allo 'ncontro e sentesi andare in un punto d'intorno al cuore uno ingombro tale di soavità, che ogni fibra ne riceve ristoro, possente a scacciarne qualunque più folta noia le possibili disventure della vita v'avessero portata e lasciata. Egli la mira intentamente e rimira con infingevole occhio, e per tutte le sue fattezze discorrendo, con vaghezza solo da gli amanti conosciuta, ora risguarda la bella treccia, più simile ad oro che ad altro, la quale sì come sono le vostre, né vi sia grave che io delle belle donne ragionando tolga l'esempio in questa e nelle altre parti da voi, la quale, dico, lungo il soave giogo della testa, dalle radici ugualmente partendosi en el sommo segnandolo con diritta scriminatura, per le deretane parti s'avolge in più cerchi; ma

dinanzi, giù per le tempie, di qua e di là in due pendevoli ciocchette scendendo e dolcemente ondeggianti per le gote, mobili ad ogni vegnente aura, pare a vedere un nuovo miracolo di pura ambra palpitante in fresca falda di neve. Ora scorge la serena fronte, con allegro spazio dante segno di sicura onestà; e le ciglia d'ebano piane e tranquille, sotto le quali vede lampeggiar due occhi neri e ampi e pieni di bella gravità, con naturale dolcezza mescolata, scintillanti come due stelle ne' lor vaghi e vezzosi giri, il dì che primieramente mirò in loro e la sua ventura mille volte seco stesso benedicendo. Vede dopo questi le morbide guancie, la loro tenerezza e bianchezza con quella del latte appreso rassomigliando, se non in quanto alle volte contendono con la colorita freschezza delle matutine rose. Né lascia di veder la sopposta bocca, di picciolo spazio contenta, con due rubinetti vivi e dolci, aventi forza di raccendere desiderio di basciargli in qualunque più fosse freddo e svogliato. Oltre a ciò quella parte del candidissimo petto riguardando e lodando, che alla vista è palese, l'altra che sta ricoperta loda molto più ancora maggiormente, con acuto sguardo mirandola e giudicandola: mercé del vestimento cortese, il quale non toglie perciò sempre a' riguardanti la vaghezza de' dolci pomi che, resistenti al morbido drappo, soglion bene spesso della lor forma dar fede, mal grado dell'usanza che gli nasconde. —Trassero queste parole ultime gli occhi della lieta brigata a mirar nel petto di Sabinetta, il quale pareva che Gismondo più che gli altri s'avesse tolto a dipignere, in maniera per avventura la vaga fanciulla, sì come quella che garzonissima era, e tra per questo e per la calda stagione d'un drappo schietto e sottilissimo vestita, la forma di due poppeline tonde e sode e crudette dimostrava per la consenziente veste. Per che ella si vergognò veggendosi riguardare, e più arebbe fatto, se non che madonna Berenice, accortasi di ciò, súbitamente disse: —Cotesto tuo amante, Gismondo, per certo molto baldanzosamente guata e per minuto, poi che egli infino dentro al seno, il quale noi nascondiamo, ci mira. Me non vorrei già che egli guatasse così per sottile. —Madonna, tacete, —rispose Gismondo— ché voi ne avete una buona derrata. Perciò che se io volessi dir più avanti, io direi che gli amanti passano con la lor vista in ogni luogo e, per quello che appare, agevolmente l'altro veggono, che sta nascoso. Per

che nascondetevi pure a gli altri uomini a vostro senno, quanto più potete, ché a gli amanti non vi potete voi nascondere, donne mie belle, né dovete altresì. E poi dirà Perottino che ciechi sono gli amanti. Cieco è egli, che non vede le cose che da veder sono, e non so che sogni si va, non dico veggendo, ché veder non si può ciò che non è, anzi pure ciò che non può essere, ma dipingendo: un garzone ignudo, con l'ali, col fuoco, con le saette, quasi una nuova chimera fingendosi, non altramente che se egli mirasse per uno di quelli vetri che sogliono altrui le meraviglie far vedere.

CAPITOLO II.24

Deh perché vo io nelle cose che, o poco o molto che piacciono altrui, pure e piacevoli sono da sé in ogni modo e come che sia piacciono elle sempre a chiunque le mira, il tempo e le parole distendendo, quando ancora di quelle che, vedute, affanno sogliono recare all'altre persone, a gli amanti alcuna volta sono dolcissime oltra misura? O care e belle giovani, quanto sono malagevolissime ad investigarsi pure col pensiero le sante forze d'Amore, non che a raccontarsi! Senza fallo quale più affannosa cosa può essere che il veder piagnere i suoi più cari? e chi e di sì ferigno animo, che nelle cadenti loro lagrime possa tener gli occhi senza dolore? Non per tanto questo atto tale, quale io dico, del piagnere, vede fare alle volte l'amante alla sua donna, la quale egli ha più cara che tutto il mondo, vie maggior diletto e festa sentendone, che d'infiniti risi non sogliono tutti gli altri uomini sentire. — Tosto che così ebbe detto Gismondo, e madonna Berenice così disse: —Cotesto non vorrei già io che a me avvenisse, che il mio signore festa e diletto delle mie lagrime si prendesse. Anzi ti dico io bene che io mi credo, Gismondo, se io il risapessi, che io ne gli vorrei male e per avventura, se io potessi, io darei a lui cagione altresì di piagnere e ridere'mi poscia di lui allo 'ncontro—. Appresso alle cui parole seguirono le due giovani, quello a Gismondo raffermando che ella avea detto, aggiugnendo oltre a ciò che egli cortesia farebbe a spesso piagnere dinanzi alla sua donna, per darle quel piacere; e tutte insieme ne ragionavano scherzevolmente, alla nuova occasione di motteggiarlo appigliatesi con gran festa. Ma egli,

che in quest'arte rade volte si lasciava vincere, poscia che alquanto le ebbe lasciate cianciare e ridere, in viso madonna Berenice guardando, le disse: —Molto dovete esser cruda e acerba voi, Madonna, e poco compassionevole, poscia che voi il vostro signore vorreste far piagnere. Ma io non vi veggo già così fiera nel volto, se voi non m'ingannate, anzi mostrate voi d'essere la più dolce cosa e la più piacevole che mai fosse. E certo sono che, se il romitello del Certaldese veduta v'avesse, quando egli primieramente della sua celletta uscì, egli non avrebbe al suo padre chiesto altra papera da rimenarne seco e da imbeccare che voi—. Tacque a tanto madonna Berenice, mirando con un tale atto mezzo di vergogna e di meraviglia ne' volti delle sue compagne. E Lisa ridendo ver lei, come quella che stava tuttavia aspettando che Gismondo co' suoi motti alcun'altra ne toccasse, per avere nel suo male compagnia, veggendola in quella guisa soprastare, tutta si fe' innanzi e sì le disse: —Madonna, e' mi giova molto che in sul vostro oggimai passi quella gragniuola, la quale pur ora cadde in sul mio. Io non mi debbo più dolere di Gismondo, poscia che ancor voi non ne sete risparmiata. Ben vi dico io, Madonna, che egli ha oggi rotto lo scilinguagnuolo. Di che io vi so confortare che non lo tentiate più, ché egli pugne come il tribolo da ogni lato. - Già m'accorgo io che egli così è come tu mi di', Lisa —rispose madonna Berenice. —Ma vatti con Dio, Gismondo, che tu ci sai oggi a tua posta fare star chete. Io per me voglio esser mutola per lo innanzi.

LIBRO TERZO

CAPITOLO III.1

Non si può senza meraviglia considerare, quanto sia malagevole il ritrovare la verità delle cose che in quistion cadono tutto 'l giorno. Perciò che di quante, come che sia, può alcun dubbio nelle nostre menti generarsi, niuna pare che se ne veda sì poco dubbiosa, sopra la quale e in pro e in contro disputare non si possa verisimilmente, sì come sopra la contesa di Perottino e di Gismondo, nelli dinanzi libri raccolta, s'è disputato. E furono già di coloro, che, di ciò che venisser dimandati, prometteano incontanente di rispondere. Né mancarono ingegni, che in ogni proposta materia disputassero e all'una guisa e all'altra. Il che diede per avventura occasione ad alcuni antichi filosofi di credere, che di nulla si sapesse il vero e che altro già che semplice opinione e stima avere non si potesse di che che sia. La qual credenza quantunque e in que' tempi fosse dalle buone schuole rifiutata, e ora non truovi gran fatto, che io mi creda, ricevitori, pure tuttavia è rimasto nelle menti d'infiniti uomini una tacita e comune doglianza incontro la natura, che ci tenga la pura midolla delle cose così riposta e di mille menzogne, quasi di mille buccie, coperta e fasciata. Per che molti sono che, disperando di poterla in ogni quistion ritrovare, in niuna la cercano e, la colpa alla natura portando, lasciata la cognizione delle cose, vivono a caso; altri poi, e vie più molti ancora ma di meno colpevole sentimento, i quali, dalla malagevolezza del fatto inviliti, o ad altrui credono ciò che ciascuno ne dice e, a qualunque sentenza udire sono quasi dall'onde portati, in quella sì come in uno scoglio si fermano, o essi ne cercano leggiermente e di quello, che più tosto viene loro trovato, contenti, non vanno più avanti. Ma de' primieri non è da farne lungo sermone, i quali a me sembrano a male recarsi che essi sieno nati uomini più tosto che fiere, poscia che eglino, quella parte che da esse ci discosta rifiutando, privano del suo fine l'animo e del nostro maggiore ornamento spogliano e scemano la loro vita. A quest'altri si può ben dire primieramente che egli non si dee così di leggiero a rischio dell'altrui erranza porre e mandar la sua fede, quando si vede che alcuni da

particolare affezione sospinti, altri dalla istituzione della vita o dalla disciplina de' seguitati studi presi e quasi legati, a ragionare e a scrivere d'alcuna cosa si muovono, e non perché essi nel vero credano e stimino che così sia (senza che si suole egli eziandio non so come alle volte avvenire che, o parlando o scrivendo d'alcuna cosa, ci sott'entra nell'animo a poco a poco la credenza di quello medesimo, che noi trattiamo); e poi, che egli non basta, poscia che essi ne cercano, leggiermente cercarne e d'ogni primo trovamento contentarsi; perciò che se a gli altri, che ne hanno cerco, non si dee subitamente credere tutto quello che essi ne dicono, perché si sono ingannar potuti, né a noi doveremo credere subitamente, che ingannare altresì ci possiamo; e si ancora perciò che la debolezza de' nostri giudicii è molta, e di poche cose avviene che una prima e non molto considerata e con lunghe disputazioni esaminata opinione sia ben sana. Che se alla debolezza de' nostri giudicii s'aggiugne la oscurità del vero, che naturalmente pare che sia in tutte le cose, vedranno chiaro questi cotali niuna altra differenza essere tra essi e quelli che di nulla cercano, che sarebbe tra chi, assalito da contrari venti sopra il nostro disagevole porto, non sperando di poterlo pigliare, levasse dal governo la mano e del tutto in loro balia si lasciasse, né di porto né di lito procacciando, e chi, con speranza di doverlo poter pigliare, pure al terreno si piegasse, ma dove fossero i segni che la entrata dimostrano non curasse di por mente. La qual cosa non faranno quegli uomini e quelle donne che me ascolteranno; anzi, quanto essi vedranno essere e maggiore la oscurità nelle cose e ne' nostri giudicii minore e meno penetrevole la veduta, tanto più né agli altri quistionanti ogni cosa crederanno, senza prima diligente considerazione avervi sopra, né, quando del vero in alcun dubbio cercheranno, appagheranno se stessi per cercarne poco, e meno a quello, che trovato averanno ne' primi cercari, comunque loro paia potersene sodisfare, si terranno appagati, estimando che se più oltre ne cercheranno, altro ancora ne troverranno, come quel tanto hanno fatto, che più loro sodisfarà. Né essi della natura si verranno dolendo, come quelli fanno, perciò che ella non ci abbia in aperto posta la verità delle conoscibili cose, quando ella né l'argento, né l'oro, né le gemme ha in palese poste, ma nel grembo della terra per le vene de' gli aspri monti e sotto la rena

de' correnti fiumi e nel fondo de' gli alti mari, sì come in più segreta parte, sotterate. Che se ella questi più cari abbellimenti della nostra caduca e mortal parte ha, come si vede, nascosi, che dovea ella fare della verità, non bellezza solamente e adornamento, ma luce e scorta e sostegno dell'animo, moderatrice de' soverchievoli disii, delle non vere allegrezze, delle vane paure discacciatrice e delle nostre menti ne' suoi dolori serenatrice e d'ogni male nimica e guerriera? Le cose da ogniuno agevolmente possedute sono a ciascuno parimente vili, e le rare giungono vie più care. Quantunque io stimo che saranno molti che mi biasimeranno in ciò, che io alla parte di queste investigazioni le donne chiami, alle quali più s'acconvenga negli uffici delle donne dimorarsi, che andare di queste cose cercando. De' quali tuttavia non mi cale. Perciò che se essi non niegano che alle donne l'animo altresì come a gli uomini sia dato, non so io perché più ad esse che a noi si disdica il cercare che cosa egli sia, che si debba per lui fuggire, che seguitare; e sono queste tra le meno aperte quistioni, e quelle per avventura d'intorno alle quali, sì come a perni, tutte le scienze si volgono, segni e berzagli d'ogni nostra opera e pensiero. Che se esse tuttavolta a quegli uffici, che diranno que' tali esser di donna, le loro convenevoli dimore non togliendo, ne gli studi delle lettere e in queste cognizioni de' loro otii ogni altra parte consumeranno, quello che alquanti uomini di ciò ragionino non è da curare, perciò che il mondo in loro loda ne ragionerà quando che sia. E ora le quistioni eziandio di Lavinello, il terzo giorno a maggior corona, che quelle de' suoi compagni non furono, recitate, ascoltiamo.

CAPITOLO III.2

Perciò che, cercandosi il dì dinanzi delle tre donne per quelle che dimorar con esso loro soleano, nello andare che elle fecero nelle feste, e trovato che elle erano nel giardino e la cagione risaputasi, pervenne la novella di bocca in bocca a gli orecchi della Reina, la quale ciò udendo e sentendo che belle cose si ragionavano tra quella brigata, ma più avanti di loro non sapendole perciò alcuna ben dire, mossa dal chiaro grido che i tre giovani aveano di valenti e di scienziati, ne le prese talento di

volere intendere quali stati fossero i loro ragionamenti. Per che la sera, poscia che festeggiato si fu e cenato e confettato, né altro attendendosi che quello che la Reina comandasse, avendo ella tra le più vicine a sé madonna Berenice, il viso e le parole verso lei dirizzando lietamente disse: - Chente v'è paruto il nostro giardino, madonna Berenice, questi dì, e che ce ne sapete dire? perciò che noi abbiamo inteso che voi con vostre compagne vi sete stata. —Molto bene, Madama —rispose la donna, al dire di lei levatasi inchinevolmente. —Egli m'è paruto tale, quale bisognava che egli mi paresse, essendo di Vostra Maestà—. E quivi dettone quello che dir se ne poteva cortesemente, e talvolta il testimonio di Lisa e di Sabinetta mescolandovi, che molto lontane non l'erano, fece tutte l'altre donne, che l'udivano e veduto non l'aveano, in maniera disiderose di vederlo, che loro si facea già tardi che la Reina si levasse, per potervi poi andare quella sera ancora col giorno, il quale tuttavia di gran passo s'inclinava verso il Marrocco per nascondersi. Ma la Reina leggiermente avedutasene, poi che madonna Berenice si tacque: —Nel vero —disse— egli ci suole essere di diporto e di piacere assai. E perciò che buoni dì sono che noi non vi siamo state, e queste donne per avventura piglierebbono un poco d'aria volentieri, noi vi potemo andaré tutte ora per lo fresco—. E così levatasi e presa per mano madonna Berenice, con tutte l'altre scesa le scale e nel bel giardino entrata, lasciatene molte andare chi qua chi là sollazzandosi, con lei ad una delle belle finestre riguardanti sopra lo spazievole piano si pose a sedere e sì le disse: —Voi ci avete ben detto di questo giardino molte cose, le quali noi sapevamo, come che voi ce l'avete fatte maggiori che elle non sono. Ma de' vostri ragionamenti, che fatti v'avete, de' quali niuna cosa sappiamo e nondimeno intendiamo che sono suti così belli e così vaghi, non ci avete perciò detto cosa niuna. Fatecene partecepa, ché egli ci sarà caro—. Per che ella non sapendo come negargliele e, dopo altre parole e dopo molte lode date a' tre giovani, fatta dolcemente sua scusa, che ella pure a ripensare tra se stessa il tutto di tanti e tali ragionamenti non si sarebbe di leggiero arrischiata, non che di raccontargli a Sua Maestà si fosse tenuta bastante, dalla maggioranza data primieramente a Gismondo e dalla sua cagione cominciata, non ristette prima di

dire, che ella, tutte le parti de' sermoni di Perottino e di quelli di Gismondo brevemente raccogliendo, la somma delle loro questioni al meglio che ella seppe le ebbe isposta, avendo sempre riguardo che come donna e come a Reina gli esponea. La Reina, uditola e parendole la macchia e l'ombra aver veduta di belle e convenevoli dipinture, sentendo che Lavinello avea a dire il dì seguente, si dispose di volerlo udire ancora essa e d'onorare sì bella compagnia, quel dì che ella potea, con la sua presenza; e dissegliele. Il che alla donna fu molto caro, parendole che, se la Reina vi venisse, ogni materia dovesse potere essere tolta via a chiunque di così fatti ragionamenti e di tale dimora fosse venuto in pensiero di parlarne meno che convenevolmente. Erasi già col fine delle parole di madonna Berenice ogni luce del dì partita dal nostro hemispero, e le stelle nel cielo aveano cominciato a riprendere da ogni parte la loro; per che, con quella di molti torchi, la Reina e l'altre donne, risalite le scale, s'andarono alle loro camere per riposarsi. Nelle quali come fu con le sue compagne madonna Berenice, detto loro ciò che con la Reina ragionato avea tanta ora e il suo pensiero, mandarono di presente per li tre giovani; i quali venuti, disse madonna Berenice a Lavinello: —Lavinello, egli t'è pure venuto fatto quello, di che oggi Gismondo ti minacciò: sappi che ti converrà dire in presenza di madonna la Reina domane—. E fatto loro intendere come la cosa era ita e alquanto sopra ragionatone, licenziatigli, a' bisogni della notte e al sonno diedero le sue ore.